

GWENDOLEN HOPE

SALVAJE



SALVAJE

GWENDOLEN HOPE

Copyright © 2024 Gwendolen Hope

Traducción: Tra Parole Traduzioni

All rights reserved.

Una mujer bonita no es sólo aquella a quien se le elogian las piernas o los brazos, sino aquella cuya apariencia completa es de tal belleza que no deja posibilidades para admirar las partes aisladas.
Séneca

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, utilizarse o transmitirse sin autorización del autor.

El contenido de esta novela es producto de la imaginación, cualquier referencia a hechos realmente ocurridos, a cosas o personas, vivas o muertas, debe considerarse pura casualidad.

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Agradecimientos](#)

[Il Capo](#)

Prólogo

Charlotte - Carolina del Norte

—¡Quieres darte prisa!

Lucy estaba de pie en medio del pasillo. La tentación de dar un paso hacia delante parecía muy fuerte, pero al mismo tiempo temblaba de miedo. Lo leía en su rostro con claridad. No estaba del todo equivocada. Si nuestros padres nos pillaban, nos meteríamos en un buen lío. Nos estaba prohibido entrar en el sótano de Villa Ross. Se trataba de una prohibición absoluta, sobre la cual no era posible negociar. Sin embargo, después de todo se suponía que aquella era su casa, ¿no debía tener tanto miedo!

—No exageres, ya hemos bajado más de una vez —dije, tratando de restarle importancia al asunto.

—Sí, lo sé —respondió Lucy y su voz se quebró ligeramente—, pero si nos descubren, nos tendrán encerradas para toda la vida. ¡Y yo, al concierto de los Cloud Nothings, quiero ir!

—Y lo harás, siempre y cuando te apures —le contesté, implacable—, de lo contrario, nos volveremos viejas aquí abajo.

Sin esperar su respuesta, le di la espalda y avancé por el pasillo. Teníamos doce años, ya no éramos esas niñitas que solo obedecían. Al menos yo lo tenía claro, pero Lucy aún no lo veía así.

Sin embargo, estaba segura de que me seguiría. No era mi hermana, pero era como si lo fuera; nuestras familias estaban tan unidas que tenía más confianza con Lucy que con mis primos de sangre. Los Kent y los Ross tenían un vínculo indisoluble, el de nuestros padres, unidos en el trabajo y en la amistad. Era algo que no se rompía fácilmente, y ese lazo se había transmitido, de

alguna forma, también a nosotras.

Lucy vacilaba, su pie se extendía hacia adelante y luego se retraía. La cobardía luchaba contra la curiosidad, pero al final, la curiosidad siempre ganaba. No se quedaría en el pasillo. Pondría los pies uno delante del otro y me seguiría. Efectivamente, sin siquiera darme vuelta, escuché el sonido de sus pasos y el murmullo apagado de una frase del tipo, “*yo creo que deberíamos regresar*”.

Naturalmente también yo sentía miedo, al igual que ella, pero la tentación de descubrir qué había allá abajo era demasiado fuerte.

Nuestros padres se encontraban en el piso de arriba, seguro habían pasado a la sala a tomar café y a tener esas interminables charlas que de tan aburridas podían llegar a matar a alguien. Esa habría sido la parte más tediosa de los domingos que nuestras familias pasaban juntas, si no hubiéramos tenido nuestra propia diversión. Mía y de Lucy. De hecho, era también la parte más emocionante, porque cuando estábamos invitados a la casa de los padres de Lucy, podíamos bajar a los laboratorios, donde estaba estrictamente prohibido ir. Al menos, oficialmente.

Para nosotras no era insólito escuchar hablar de laboratorios, ya que nuestros padres eran médicos. Pero no médicos de esos que trabajaban en el hospital curando enfermos, sino de los que pasaban días enteros encerrados en habitaciones enormes con luces artificiales, estudiando y experimentando. Nos habían enseñado una respuesta estándar para dar en la escuela o a cualquiera que nos preguntara: nuestros padres trabajaban en investigación.

Pero aquel laboratorio, el que estaba en el sótano de Villa Ross, tenía una fascinación especial. Empujé la puerta vaivén de dos hojas mientras Lucy llegaba junto a mí con una expresión que debía ser un espejo de la mía. Arrobadada y extasiada al mismo tiempo.

— ¿Oyes el sonido que hacen?

Sonreí.

—Sí.

Los animales nos habían escuchado y se habían agitado. Los gatos empezaron a maullar y los ratones a moverse frenéticamente. Nos recibió un escenario que conocíamos por las incursiones precedentes y por su olor amargo. Era una habitación grande, con piso de linóleo gris y paredes de un tono verdoso. No había ventanas, sino un sistema de ventilación y luces de neón siempre encendidas. A lo largo de las paredes, alineadas una junto a la otra, había una quincena de jaulas de modestas dimensiones. Contenían pequeños animales cautivos. Había un gato de pelaje gris atigrado, otro completamente negro, un cachorrito de tamaño pequeño y varios perros y gatos, todos de dimensiones pequeñas. A otros de los animales que estaban allí no los habíamos visto nunca; se asemejaban a grandes ratones. Algunos lucían tristes y particularmente delgados, otros en cambio estaban como revolucionados.

Lucy y yo observamos, apenas, las jaulas donde estaban encerrados aquellos que siempre parecían dormir. Pero también estaban esos otros, excitados y despiertos. Nos gustaba muchísimo bajar y jugar con los animales: mirarlos, aproximarnos, estudiar las reacciones a nuestras muecas. Lucy acercó la mano a la jaula del gato negro y éste adelantó su nariz. Nuestra llegada había causado estragos en la pequeña comunidad. Dejé a Lucy allí y seguí adelante

—Isabelle, no vayas, sabes que me da miedo cuando te acercas. — Su voz se había vuelto débil, como una súplica.

Pero yo no podía evitarlo, me sentía inexorablemente atraída. Por él.

—Sólo un minuto, quiero verlo, ver cómo está hoy.

—No te acerques mucho, creo que la última vez quería morderte.

Tragué el nudo de miedo que se formó en mi garganta al recordar lo que pasó. Era cierto, la semana anterior, Lucy y yo habíamos bajado al laboratorio como siempre y, cuando me había acercado a la jaula, él de repente había golpeado los barrotes, como si hubiera querido atacarme.

Crucé el umbral de la pequeña habitación, que estaba separada de la sala donde nos encontrábamos solo por la apertura de un arco sin puerta. En el centro, una pequeña cama de

acero con correas, causaba escalofríos de solo verla. Era una jaula también, aunque de mayores dimensiones que las demás. Porque en lugar de un animal, allí había un ser humano. Un chico.

Lo encontré como siempre: acurrucado, con las rodillas contra el pecho y la frente apoyada en el brazo. Era tan flaco que parecía que los huesos podrían atravesar la piel. Me miraba. Había escuchado nuestros pasos y nuestras voces, a pesar de que susurrábamos, y sabía que iría a verlo. La profundidad de esos ojos oscuros me asombró, como siempre, dejándome sin aliento. Parecía que el iris se había tragado la pupila. Como de costumbre, tenía un aspecto desaliñado, con el cabello largo hasta los hombros, todo enredado y despeinado. Llevaba una camiseta gris de talla grande y un slip. Sus piernas, aunque encogidas, eran largas y huesudas

Esa vez no se quedó quieto, como ocurría habitualmente, en cuanto me vio, se colocó a gatas y comenzó a avanzar hacia mí hasta llegar al límite de la jaula.

Mi corazón empezó a latir con fuerza. La última vez se había acercado poco a poco y luego, al final, había dado un salto casi cojeando. En ese momento, sentí que mi corazón iba a estallar de terror en mi pecho. Lucy creía que quería morderme, pero yo sabía que solo quería asustarme. Intenté permanecer impasible mientras él se acercaba a las rejas. Si retrocedía, pensaría que era débil, y no quería que me viera como una cobarde. Quería que pensara que era valiente. Pero lo cierto era que me aterraba, y mientras más se acercaba, más deseaba que hubiera algo de distancia entre nosotros, una distancia que me hiciera sentir segura. Qué tonta. Ya estaba a salvo porque él estaba enjaulado, como un animal, mientras yo era libre.

Se acercó a las rejas y las rodeó con sus manos. Podía ver sus dedos largos, con las uñas negras y mordisqueadas, aferrándose al hierro. Permanecí inmóvil, observando cómo esos ojos oscuros como el ónix se acercaban cada vez más, mientras yo me obligaba a quedarme quieta.

Era terrible y, a la vez, fascinante. Bajaba allí cada domingo desde hacía muchos meses y lo veía siempre ahí, en su jaula. Cada vez más delgado y sufriente. Sentía miedo, pero al mismo tiempo, me atraía.

— ¡Apúrate, vamos Isabelle, nos estarán buscando!

Las palabras de Lucy me sacaron de mi trance. Poco después, su voz se volvió más cercana: estaba justo detrás de mí.

—Sabes que no debes acercarte a él, estamos aquí solo para ver a los animales.

El chico giró el rostro hacia ella, sin soltar las rejas. No supe si había comprendido el significado de esas palabras o si para él la nuestra era una lengua desconocida. Observó a Lucy solo un instante y luego posó nuevamente sus ojos en mí. En su mirada no había rastro de súplica ni de resentimiento, solo un vacío absoluto.

Sentí que era arrastrada.

— ¡Ven, vamos!

Saqué del bolsillo el sándwich que había robado de la mesa y lo pasé entre las rejas, como hacía cada vez que podía. A regañadientes, dejé la habitación y luego el pasillo. Mientras subíamos, escuché la voz de Lucy quien, como siempre, me regañaba y me decía que no deberíamos volver a hacerlo porque era demasiado peligroso.

Subimos las escaleras a toda prisa y nos dirigimos al comedor, solo para percatarnos de que nuestros padres ya se habían trasladado a la sala para tomar café. Diálogos insípidos para una tarde sin emoción.

Miré a Lucy con una mezcla de reproche y frustración; era la misma cobarde de siempre. Ni siquiera nos estaban buscando, podríamos habernos quedado más tiempo abajo. El próximo domingo no le prestaría atención y me quedaría mucho más.

Pero no hubo otra ocasión.

Esa fue la última vez que vi al chico. La semana siguiente, cuando bajamos al laboratorio, la jaula de la habitación del fondo estaba completamente vacía.

Capítulo 1

—¡Alguien quiere explicarme qué estaba haciendo!

—Simple, recorría un tramo del camino de los Apalaches cuando fue agredido por un ejemplar de oso negro.

Negué con la cabeza, incrédula mientras intentaba mantener el ritmo y seguir a la camilla que viajaba a velocidad constante por el pasillo del Charlotte Medical Center. Eran numerosos los turistas que se aventuraban en ese sendero y, muchos de ellos, carecían por completo de preparación. Creían que podían encontrar solo ciervos de cola blanca y wapitis. Sin embargo, para amenizar la fauna local también había osos negros. Y toparse con ellos no siempre era divertido.

El paramédico que le había brindado los primeros auxilios al herido exponía los signos vitales con la calma de alguien que ya está preparado para lo peor. Y lo que relataba no era nada alentador

Me detuve junto a la camilla en cuanto entramos en la sala de emergencias. Me hubiera correspondido hacer la evaluación de la urgencia, y en este caso, tenía que admitir que había poco que evaluar, dado que la situación era clara e inequívoca. Cualquier persona agredida por un oso podía considerarse un caso urgente

Me giré hacia Wang, el enfermero que me acompañaba en el turno.

—¡Toma gasas para taponar el tórax, Clelia!

Otra enfermera se materializó junto a mí.

—Haz que preparen el quirófano número tres para trauma torácico. Urgentísimo.

Con el estetoscopio ausculté los sonidos provenientes del maltrecho tórax de ese excursionista, imprudente o desafortunado, o tal vez ambas cosas. Eran muy débiles.

Eché un vistazo a la herida, separando ligeramente la toalla ensangrentada que alguien había presionado sobre su vientre. El oso le había dado un zarpazo muy fuerte. Los haces musculares estaban desgarrados, exponiendo otros tejidos. La herida era profunda y extensa, y la sangre manaba a borbotones. Sinceramente no sabía si ese tipo conseguiría vivir. Con un leve gesto de la cabeza, asentí a los dos asistentes que ya se apresuraban a trasladar la camilla hacia los ascensores. No había más que pudiera hacer por él, excepto enviarlo al quirófano en un último intento desesperado. Siendo honesta, no sabía si lograría salir, ni cómo. La probabilidad de sobrevivir era mínima; necesitaba un milagro. Me hundí en el taburete que se encontraba a mis espaldas, completamente agotada.

—¿Crees que lo logrará? —Wang se acercó a mí, se quitó los guantes de látex y los lanzó al cesto de basura, acertando en el objetivo.

—Lo dudo —murmuré afligida.

—Llegó en condiciones desastrosas, Isabelle. —Su mano cayó sobre mi hombro, firme y segura. Levanté la mirada, en ese momento no era mi enfermero, sino mi amigo, el que me consolaba y me aseguraba que había hecho todo lo posible por mi paciente. Casi nada, en ese caso.

Era una médica de urgencias, acostumbrada a lidiar con cortes, heridas, accidentes. Pero cuando la naturaleza imponía su ley, sentía una impotencia abrumadora

—¿Qué más tenemos?

—Por ahora, diría que un café. Luego verás que llegará alguna otra urgencia.

Wang guiñó uno de sus alargados ojos, revelando un destello de picardía que lo caracterizaba, y yo sonreí. Era un chico guapísimo, de padre americano y madre japonesa. Su mezcla de rasgos asiáticos y occidentales le confería un aire exótico que lo hacía irresistible para

muchas. A diferencia de él, yo era más bien discreta, con mi cabello rubio oscuro y mis ojos color miel. Las otras enfermeras y varias de las médicas lo adoraban por su humor y su optimismo. Yo, por mi parte, reconocía su innegable encanto pero no me sentía atraída por él. Con Leonard bastaba para cubrir cualquier necesidad de presencia masculina.

La pequeña habitación para el café tenía luz cálida y una mesita redonda en el centro. Wang se acercó a la máquina y empezó a manipular dos vasos grandes de cartón. El sonido del líquido al caer y el aroma intenso que se esparció llenaron el aire.

—La noche es larga —comentó, tendiéndome uno de los vasos.

—No creo que pueda llegar algo peor. —Tomé un sorbo de café, cálido y perfumado.

—¿Quieres decir peor que lo del oso? No, no creo, al menos no por esta noche.

Bebimos en silencio, agradecidos por ese instante de paz. Estar con Wang era placentero porque no necesitábamos hablar para estar bien. Él no quería impresionarme, yo no quería impresionarlo. Simplemente estábamos relajados.

Pero duró poco.

La puerta se abrió de golpe, y en ese instante irrumpió en la habitación la rojiza melena de Patricia. Como siempre, su presencia llenó el espacio y nuestras miradas la siguieron atentamente, mientras ella avanzaba a paso firme hasta posicionarse en el centro de la pequeña sala.

—Isabelle, hay un mensajero para ti. ¡Flores nocturnas! —guiñó un ojo de manera cómplice y luego miró a Wang. Sabía quién me enviaba las flores. Seguramente, hacerlas llegar a esa hora había tenido un costo mayor. Aturdida, bebí otro sorbo de café, como si la destinataria de esa entrega no fuera yo.

—Vamos, mueve el culo o las cogeré yo y las llevaré a mi piso, ¡quedarán perfectas!—dijo Patricia, estaba convencida de que mi falta de entusiasmo se debía a un exceso de estupor.

Ignoraba que la inesperada dedicatoria floral estaba provocando en mí una reacción completamente opuesta a la que podría haber imaginado. Y a la que probablemente esperaba también Leonard.

—En cualquier caso, date prisa que el mensajero está esperando su propina y aquí nadie tiene cambio—dijo antes de desaparecer, cerrando la puerta tras ella.

—Muévete y ve a reclamar tu botín.

—¿Botín? ¿Pero qué dices? Ni mi abuelo usa esa palabra.

—¡Ve!

—Voy —respondí, resignada, dejando el vaso sobre el estante de la cocinita.

—Sí, pero no te entusiasmes tanto, doctora. Debo admitir que estoy casi impresionado por tu vitalidad.

Me giré hacia él, con una mano ya en la puerta.

—Vete a la mierda Wang —levanté el dedo medio en su dirección, sonriendo.

—Así está mejor. ¿De verdad no te interesa en absoluto?

—¿Se nota tanto?

—A kilómetros de distancia. Pero, ¿qué haces entonces con Leonard?

En lugar de responder, me dirigí al mensajero, que sostenía un enorme ramo de rosas rojas que bien podrían haber formado parte de una exposición floral.

¿Qué hacía con Leonard? Era una buena pregunta, con muchas respuestas posibles, pero ninguna que encajara en un cuento de hadas. Las rosas eran espectaculares, lo que cualquier novia habría soñado recibir de su amado. Cualquier novia, menos yo.

Cogí las flores, cometiendo el error de no buscar el dinero primero. Lo localicé después de

hacer malabares con las manos, pero al final logré entregárselo al repartidor. Al dejar el ramo en la recepción del hospital, sentí que todos los ojos estaban sobre mí. Sin embargo, no me atreví a levantar la vista para comprobarlo. Me centré en la tarjeta adherida al arreglo floral, tratando de hallar la fuerza para mantener la calma, aunque lo que realmente quería era gritar.

Evité mirar a mi alrededor, aunque sabía que todos me estaban estudiando. Me encontraba justo en el centro del hospital, una isla en un mar de miradas curiosas. Respiré hondo. Estaba acostumbrada. A Leonard le gustaba hacer las cosas a lo grande. Era un ingeniero biomédico y trabajaba en la industria farmacéutica. Así fue como nos conoció a mi padre y a mí. Luego había surgido el amor, o al menos eso creímos al principio. Leonard era culto, interesante y, sobre todo, me prestaba atención. Sin embargo, con el tiempo, todo cambió. Poco a poco, empezó a dar por sentada nuestra relación y ahora estábamos tan distantes como una pareja casada desde hacía años. Hoy en día, lo nuestro se había vuelto algo incierto. Cada uno se sumía en su propio mundo, sin puntos de conexión. El deseo que al principio había sido tan intenso se apagó rápidamente, desvaneciéndose después de unas pocas semanas. Fue una chispa débil que apenas duró, antes de extinguirse por completo.

Leonard parecía más el hombre de mi padre que el mío. Trabajaban codo a codo, y él había llegado a convertirse en su mano derecha. Mi padre, junto con su viejo amigo Bartolomew Ross, había fundado la Chemist Corporation, y Leonard era su gerente general. Un trío perfecto: dos médicos y un ingeniero biomédico unidos para conquistar el mundo. Para mí, encontrar mi lugar en todo eso había sido casi imposible.

A veces me surgía la pregunta de si Leonard había entrado en mi vida, me había cortejado y conquistado sólo para llegar a mi padre. De tanto en tanto, me asaltaba la duda de haber sido solo el medio para alcanzar un objetivo. Sin embargo, prefería no pensar en ello, o al menos me esforzaba por evitarlo.

De repente, el teléfono en el bolsillo de mi uniforme comenzó a sonar.

Estaba completamente segura de que era Leonard, comprobando que la entrega hubiera llegado a su destino. Era algo típico de él: siempre quería tener todo bajo control.

Sin embargo, para mi sorpresa, era mi madre. Algo extraño, porque rara vez me llamaba al trabajo. Al contestar, me di cuenta de que ya era de noche. Nadie solía llamar por la noche, a menos que fuera una emergencia. Mi corazón empezó a latir con fuerza en mi pecho.

—Mamá ¿qué sucede?

La voz de mi madre llegó débil y llena de dolor, como si le costara trabajo respirar.

—¡Isabelle, ven a casa ahora mismo! —El corazón se hundió en mi estómago.

—¿Qué pasó, mamá, te sientes mal?

—Tu padre, tu padre... —su voz se apagó entre lágrimas, intentando decirme algo. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y una extraña certeza se instaló en mí: una sensación densa y oscura que me decía que una gran tragedia se cernía sobre mi familia.

Dio por finalizada la llamada y levantó la mirada. A su alrededor, todos habían vuelto a sus rutinas de trabajo, ajenos a lo sucedido. Solo Wang mantenía los ojos fijos en los míos, esperando que dijera algo.

—Debo ir a casa —logré farfullar.

—Voy contigo —respondió sin vacilar ni por un momento.

Capítulo 2

Que Wang se hubiera ofrecido a acompañarme fue una suerte. Nunca habría logrado concentrarme lo suficiente para conducir y llegar sana y salva a casa de mis padres. Dejamos atrás el centro de la ciudad y nos dirigimos hacia el campo. Wang no conocía la zona, así que le di las indicaciones con prisa, dominada por una ansiedad febril.

Mi amigo colocó su mano sobre la mía. —No te preocupes. Verás que se trata solo de un malestar pasajero, lo asistiremos para que se recupere y pronto volverá a estar como nuevo.

—Espero que sí —Había llevado conmigo mi maletín médico, por si resultaba de utilidad. Sentía la boca seca, el amargo sabor de la angustia y nervios de no llegar a tiempo.

A pesar de todo, sentí cierto alivio al saber que Wang estaba conmigo. Cualquiera fuera la emergencia, no era aconsejable para un médico socorrer a sus propios familiares, se estaba demasiado implicado y se corría el riesgo de perder la lucidez necesaria para actuar adecuadamente. En eso, él había sido mucho más previsor que yo. No era médico pero tenía años de urgencias en sus espaldas y, de ser necesario, habría sabido colaborar, estaba segura.

Al acercarnos a la propiedad familiar, saqué el control remoto del bolsillo y presioné el botón. Para mi sorpresa, el portón no se abrió de inmediato. Si esperaban mi ayuda, era extraño que la verja estuviera cerrada. Lo normal habría sido encontrarla abierta de par en par, con mi madre o el guardia esperándome en la entrada. Pero quizás la situación era tan grave que nadie había pensado en esos detalles.

Sumida en esos pensamientos angustiantes, literalmente me lancé hacia la puerta mientras el auto de Wang seguía con el motor encendido. Violet me recibió con los ojos llenos de lágrimas y, al verme, se apartó sin decir una palabra, dejándome pasar.

Mi madre estaba sentada en el sofá con un pañuelo en la mano y la cabeza gacha. Su cabello rubio, corto y rizado, siempre tan perfectamente arreglado, ahora era una maraña sin forma, como si hubiera hundido sus dedos en él y hubiera tirado con desesperación.

—¿Dónde está? ¿Dónde está papá? —Pregunté, mirando a mi alrededor con desesperación. Pero mi madre, incapaz de responder, estalló en un llanto incontenible, cubriéndose el rostro con sus manos huesudas. Wang estaba detrás de mí y cerró la puerta con cuidado. Me giré hacia él, buscando una respuesta, pero él solo me devolvió la misma mirada de incertidumbre. Violet tenía la cabeza baja mientras mi madre continuaba llorando.

—¡Oh, Isabelle, sabía que no debía ir! ¡Ese lugar era demasiado peligroso!

La presión era tan grande que sentía que me volvería loca de un momento a otro. Me dejé caer de rodillas frente a ella, intentando que me viera, y tomé sus brazos delgados con fuerza, sintiendo cómo su fragilidad se transmitía a través de ellos. La sacudí con desesperación, esperando que algo, cualquier cosa, me ayudara a comprender lo que estaba pasando.

—¡Mamá, por favor, deja de llorar y dímelo! ¿Qué le ha pasado a papá? ¿A qué lugar te refieres? —mi voz temblaba de angustia mientras la miraba, buscando en su rostro alguna pista que diera sentido a todo lo que estaba sucediendo.

Mi voz pareció arrancarla de su trance. Levantó la cabeza lentamente, y lo primero que vi fueron dos oscuras manchas de rímel que caían en líneas gruesas por sus mejillas, junto con una boca que se curvaba en una expresión de desesperación.

—Lo han secuestrado... secuestrado... secuestrado... —repetía, como si esas palabras no pudieran dejar de resonar en su mente, una y otra vez, como un eco que se intensificaba con cada repetición.

No lograba comprender lo que me estaba diciendo. Seguí sacudiéndola, mi voz estaba llena de confusión y desesperación cuando volví a tomar la palabra. —¿Qué estás diciendo? ¿Dónde está? Secuestrado, pero ¿dónde?

Mi madre sorbió por la nariz, en un gesto torpe y poco elegante, y luego me miró con los ojos desbordados de una súplica dolorosa, como si su alma estuviera implorando por ayuda.

—Hace dos días, tomó un vuelo a Daintree.

—¿Daintree? ¿Y ahora dónde está? —Pregunté, intentando conectar las piezas de un rompecabezas imposible.

—Australia —respondió Wang desde detrás de mí, su voz clara y fría como un golpe.

—¿Australia? —Repetí, sin poder creer lo que acababa de oír.

—Sí, uno de esos viajes de trabajo —continuó mi madre, con su mirada perdida en el vacío, como si las palabras le costaran más de lo que imaginaba—. Mencionó que tenía un proyecto en marcha con una empresa local como potencial socia. Algo relacionado con el bosque de Daintree. Sabes cómo es tu padre, y sabes cómo soy yo... No suelo hacerle muchas preguntas sobre la Chemist, no es mi mundo, nunca lo ha sido.

Era cierto. Mi padre y Bartolomew se enriquecían con la industria química y farmacéutica y mi madre y Candace Ross gastaban el dinero de sus respectivos maridos. Dicho así parecía sórdido pero, al menos el de mis padres era un matrimonio a la antigua entre personas ricas.

—Yo no sabía que se había ido... —murmuré, sin poder evitar la sensación de desconcierto. Mi madre, sin embargo, pareció no escucharme.

—Todo estaba bien, él había llegado y me había telefoneado para hacermelo saber. Luego, hace una hora, recibí una llamada.

La mirada de mi madre se deslizó lentamente hacia el teléfono inalámbrico, que descansaba olvidado sobre el almohadón del sofá.

—¿Quién llamó, mamá? —pregunté, tratando de controlarme, aunque me costaba. Un impulso feroz y desesperado recorría mis venas, deseando sacudirla, obligarla a soltar las palabras que tanto necesitaba escuchar. Pero no lo hice, porque Wang, en ese preciso instante,

intervino. Sentí el peso de su mano cálida sobre mi hombro, una presencia tranquila que me instó a levantarme en silencio. Con un gesto suave, me apartó de mi madre, ocupando mi lugar frente a ella. Su voz, suave y tranquilizadora, llenó el aire, como una caricia que intentaba calmar el torrente de angustia que nos envolvía.

—Señora Kent, ¿qué fue precisamente lo que sucedió? ¿Recibió una llamada?

—Sí. —Mi madre lo miró con los ojos muy abiertos y la mirada vidriosa, como si la salvación pudiera llegar de un enfermero mestizo.

—¿Quién la llamó?

—Era la voz de un hombre que me decía que mi marido había sido secuestrado.

La sangre se me heló en las venas. —¿Secuestrado? ¿En Australia? —grité.

Pero mi madre miraba solo a Wang, en ese momento no existía nada más que él y su voz tranquilizadora.

—Dijeron que no llamara a la policía, porque si lo hacía, lo matarían. —Las palabras de mi madre se quebraron en un sollozo, y su cabeza cayó, vencida, sobre sus brazos delgados y huesudos.

—¿Y usted llamó a la policía, señora Ross?

—Oh, no, claro que no... —respondió mi madre, como si despertara de repente de un letargo, sus ojos buscando algo de claridad en medio de la tormenta.

—¿Y luego, mamá? ¿Qué ocurrió después?

En ese momento mi madre se giró hacia mí, como si notara por primera vez que yo también estaba ahí.

—Él dijo que se contactaría nuevamente en una hora.

Me giré hacia Wang, captando su expresión atónita. Luego hacia Violet, que permanecía inmóvil junto a la puerta, como si no supiera qué hacer. Finalmente, hacia mi madre que era el

vivo retrato del desconcierto y la confusión.

Abrí la boca para pedirle a mi compañero su opinión. Después de todo, era el único que parecía mantener algo de compostura en medio de ese caos. Precisamente en ese momento, el sonido del teléfono de la casa nos interrumpió. Un estremecimiento invadió mi cuerpo, y salté de manera involuntaria. Todos nos giramos hacia el aparato, que reposaba solitario sobre el diván. El teléfono emitía un tono monótono, casi hipnótico, que parecía absorber toda nuestra atención. En el tercer timbre, tomé el auricular con manos temblorosas y respondí. Mi corazón golpeaba con fuerza en mi pecho, de una manera que rara vez experimentaba. Ni siquiera durante las peores emergencias en el hospital había estado tan nerviosa.

—¡Hola!

—¿Llamaron a la policía? —Era la voz de un hombre de acento extranjero. Tenía un tono pastoso, como si se hubiese despertado en ese momento o como si tuviera algo en la boca. Sentía la garganta completamente seca, ardiendo, pero sabía que tenía que responder.

—No, no hemos llamado a nadie. —Mi voz sonó temblorosa, y el silencio que siguió me atravesó como una puñalada. Mi mente se llenó de inquietantes imágenes sobre lo que podría haberle sucedido a mi padre—. ¿Qué le han hecho? Quiero escuchar su voz en el teléfono —contraataqué, intentando contener la desesperación. No estaba seguro de que esa fuera la mejor manera de actuar, pero en ese instante, las certezas eran escasas. Mientras aguardaba una respuesta del otro lado de la línea, comprendí que no era tan simple como en las películas. Era increíblemente complicado mantener la calma y hacer lo correcto. Los segundos se deslizaban con una lentitud desesperante. Cada latido de mi corazón resonaba en mis oídos mientras esperaba una señal, una pista que me indicara qué hacer, qué estaba ocurriendo.

—Lo único que escucharás serán las instrucciones que te proporcionaré, y deberás cumplirlas al pie de la letra. Tomarás el vuelo a San Francisco a las catorce cincuenta. Desde allí, continuarás hacia Sídney y, finalmente, llegarás a Cairns. Estarás aquí alrededor de las diez de la

mañana. Deberás venir sola, solo tú, sin policía. Llevarás un pañuelo rojo al cuello. Nada de efectivo, solo los códigos necesarios para realizar una transferencia de un millón y medio de dólares.

La llamada se interrumpió abruptamente y las palabras que había escuchado seguían retumbando en mi cabeza: un millón y medio de dólares. Dios mío, esa cifra era desmesurada, casi imposible de concebir. Sentí cómo las fuerzas me abandonaban y, sin poder evitarlo, me dejé caer sobre el sofá junto a mi madre, con la adrenalina aún corriendo a toda velocidad en mi interior, como una descarga eléctrica.

—Quieren un millón y medio de dólares. Tendré que llevarlos a Cairns... —mi voz salió temblorosa. Miré a Wang, quien enseguida comprendió la magnitud de lo que acababa de decir y, con calma, respondió: —Australia.

Mi madre pareció sacudirse de repente, como si el sonido de esas palabras la despertara del trance en el que se hallaba sumida.

—¡Un rescate! ¡Pidieron un rescate! Solo tenemos que pagar y... —pero no terminó la frase. Violet, que hasta ese momento se había mantenido en silencio, se levantó rápidamente y se dirigió hacia la puerta.

¿Habían llamado? Ni siquiera me había percatado del sonido del timbre, tan absorta estaba en el torbellino de pensamientos que se agolpaban en mi mente. Acababa de hablar con uno de los secuestradores de mi padre, y no podía evitar preguntarme qué le habrían hecho. Mi corazón latía con fuerza, pero el dolor en mi pecho era aún más intenso, como si alguien me lo hubiera arrancado y me lo hubiera dejado vacío, sangrante.

Bart y Leonard entraron en la sala de la casa, invadiendo la habitación y hablando uno sobre el otro. La atmósfera cambió ligeramente cuando mi madre vio a Bartholomew Ross, su rostro reflejando una leve mejora en su ánimo. Bartholomew, o simplemente Bart, era el padre de Lucy, un hombre entrañable que había sido íntimo amigo de la familia durante años, además de

socio de negocios de mi padre. A pesar de su avanzada edad, Bart mantenía una cabellera plateada, cuidadosamente arreglada, que le otorgaba un aire de distinción, haciéndolo parecer un caballero elegante y apuesto. Para mí, Bart siempre había sido como un tío, alguien cercano y querido. Lo conocía desde que era niña, y recordaba con nostalgia aquellos domingos en los que, junto a Lucy, solíamos reunirnos en la villa de su familia para disfrutar de un almuerzo. Esos eran tiempos de paz, en los que nuestra amistad con Lucy se fue consolidando entre risas y charlas interminables. Esos recuerdos parecían de otro mundo ahora, como si estuvieran envueltos en una niebla distante, pero al ver a Bart, una parte de esa calma del pasado parecía regresar, aunque sólo fuera por un momento.

Con él estaba Leonard Greenford, mi novio. Le dirigió a Wang una mirada hostil que no pude ignorar. Con dos firmes zancadas se acercó a mí, y, con un gesto casi mecánico, depositó un casto beso en mi mejilla. Estaba impecable, como siempre: su cabello rubio perfectamente peinado, los ojos de un azul claro que reflejaban una serenidad artificial, y un traje azul oscuro de excelente confección que resaltaba su porte elegante. Sin embargo, esa fachada pulida no lograba disimular la tensión que se palpaba en el aire.

—Acabo de hablar por teléfono con los secuestradores. Exigen un rescate —dije con mi voz temblando por la angustia. La impotencia me recorría como una corriente fría, y me costaba mantener la calma.

Les relaté la conversación, dejando que las palabras salieran casi como una necesidad compulsiva, como si necesitara que cada detalle quedara grabado en mi memoria: la suma impensable que exigían y la complicada ruta que debíamos seguir para llegar al destino.

—¿Pero por qué está pasando todo esto? —preguntó mi madre, mirándome con una mezcla de desesperación y esperanza, como si en mis palabras pudiera encontrar una respuesta más sensata que la que ella misma podía ofrecerse.

—Papá siempre gestionó sus negocios en el extranjero, y en ocasiones también en

Australia, pero siempre lo hizo con mucha discreción y seguridad —Leonard dirigió una mirada firme hacia Bart—. Debemos llamar a la policía de inmediato.

Aquella afirmación desató en mi interior una tormenta de emociones desconocidas. ¿Qué era? Más allá de la rabia, sentí un fuego ardiente de indignación y despecho que me consumía.

¿Cómo era posible que Leonard consultara y tomara decisiones sobre el destino de mi padre con Bart, en lugar de hacerlo conmigo? ¿Cómo podía dejarme fuera de todo esto?

—No, no lo haremos. Seguiremos las instrucciones, les entregaremos el dinero que piden y traeremos a mi padre de regreso a casa —respondí, tratando de mantener la calma, aunque mi voz temblaba con la presión.

Leonard me miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Pero qué estás diciendo, Isabelle? Tenemos que dar aviso a la policía, no podemos manejar esto por nuestra cuenta.

—¡Estoy segura de que podremos reunir el dinero! —exclamé, con más determinación de la que sentía.

En ese momento, Bart dejó a mi madre y se acercó a Leonard, colocándole una mano en el brazo, como un padre tratando de hacer entrar en razón a su hijo.

—Muchacho, creo que Isabelle tiene razón. Debemos mantener a la policía fuera de esto. ¿Dijeron Cairns? Estaremos listos. Tengo suficiente dinero. Si unimos el mío con el de vuestra familia, lo conseguiremos.

Leonard asintió débilmente, no estaba completamente convencido. Aún así, parecía que las palabras de Bart tenían más peso que las mías.

—Seré yo quien vaya a Cairns —declaré con calma. No podían impedírmelo, no tenían ninguna autoridad sobre mí, ninguno de los dos. Además, se trataba de mi padre.

Todos los ojos de los presentes se giraron hacia mí.

—¿Qué? —mi madre fue la primera en reaccionar—. ¿Te has vuelto loca?

—No, mamá, no estoy loca. Estoy preocupada, y no me quedaré aquí, con los brazos cruzados, esperando noticias.

—De ninguna manera —replicó, rechazando la idea con un firme movimiento de cabeza.

—No es prudente, Isabelle —dijeron Leonard y Bart al unísono.

Fijé mi mirada en Wang, quien, por primera vez en toda la conversación, bajó la mirada, asintiendo en silencio. Parecía ser el único con algo de cordura en esa habitación.

—Por el contrario, es precisamente lo que debo hacer. El hombre con el que hablé me dio instrucciones específicas y me dijo claramente que debía ir. Siempre se dirigió a mí, y no pienso pasar por alto ese hecho. Yo iré y, si queréis acompañarme, podéis hacerlo, no me importa. Pero si lo hacéis, manteneos alejados, como nos indicaron, y aseguraos de no ser vistos. Dijeron que solo una persona debía ir, y esa persona seré yo. Subiré en ese jodido avión y seré la que lleve ese maldito foulard rojo.

Capítulo 3

Australia, vista desde las alturas, era un espectáculo impresionante. Si no fuera por la angustia que me carcomía por dentro como un animal salvaje, habría disfrutado del del panorama que quitaba el aliento mientras el avión planeaba hacia la pista de aterrizaje. El terreno se extendía como un tapiz de verdes, azules y celestes, una paleta de colores que cautivaba la vista. Los tonos del océano brillaban con tal intensidad que parecían pintados a mano, y la costa se delineaba como un boceto trazado por un artista experto. Sin embargo, nada de lo que veía tenía belleza para mí. Mi único pensamiento era que mi padre debía estar vivo. Me aferraba a esa esperanza con todas mis fuerzas, aunque sabía que no había nada que pudiera convertirla en certeza, al menos no hasta que tuviera ocasión de verlo sano y salvo con mis propios ojos.

Durante el vuelo, no dejé de estar inquieta. En varias ocasiones sentí que el desmayo me acechaba. Estaba atrapada entre Leonard a mi derecha y Bart a mi izquierda. Cuando me levanté para ir al baño, pedí a Leonard que me cediera el asiento junto a la ventana. Era la única forma de aislarme de mis compañeros de viaje y encontrar un breve respiro de tranquilidad.

Al final, había conseguido salirme con la mía, pero solo en parte, ya que ambos insistieron en acompañarme... y no pude negarme. Wang me había asegurado que podía irme tranquila, él se encargaría de coordinar cómo me cubrirían en el hospital. Candace había decidido mudarse temporalmente a casa de mi madre. Todos estábamos más tranquilos sabiendo que no estaría sola y que siempre habría alguien disponible para atender las posibles llamadas de los captores. Además, mamá tenía un carácter frágil, y dejarla sola habría sido irresponsable.

Durante los apresurados preparativos para la partida, discutimos mucho. Después de sopesar todas las opciones, llegamos a la conclusión de que mi padre probablemente había caído en manos de una banda de saqueadores, individuos que habían visto en él una oportunidad fácil para obtener dinero. Según Leonard, se trataba de ladrones improvisados, gente común, no

bandidos profesionales. Sin embargo, nosotros no estábamos dispuestos a correr ningún riesgo innecesario. Estábamos decididos a entregarles el dinero que pedían y terminar de una vez por todas con esta horrible pesadilla.

Cairns era el destino ideal para quienes deseaban explorar la majestuosa barrera de coral y la exuberante selva tropical, un sitio declarado patrimonio de la humanidad. Recordaba haber leído en la guía que el aeropuerto se encontraba a apenas diez minutos del centro de la ciudad.

—Llegamos. —Me dirigí a Leonard, quien me devolvió la mirada, nublada por la preocupación. Saqué el foulard rojo del bolsillo de la cazadora y lo apreté con fuerza en mi puño. Era un pedazo de seda que había sido el cinturón de uno de los elegantes vestidos de mi madre. Al haber tenido que ocuparme de ello en el último momento, no encontré nada mejor. Leonard me miró con desaprobación, pero intenté ignorarlo. Ya habíamos discutido bastante y estaba cansada. Habían ganado ellos: sería Leonard quien llevara el pañuelo, mientras que Bart y yo nos mantendríamos a distancia. No estaba contenta con esa solución, pero no me dejaron opción.

—No deberías haber venido, Isabelle.

—Es demasiado tarde para arrepentimientos y tú también lo sabes.

Bart intervino.

—Siempre has sido una chica obstinada, Isabelle. Incluso cuando eras pequeña.

En cierto modo tenía razón. Mi fuerte sentido de independencia había sido lo que me impulsó a forjar mi carrera por mí misma. Hasta ahora, mis decisiones no me habían llevado demasiado lejos, sólo hasta la sala de emergencias de un hospital. Pero lo importante era que esas decisiones eran mías, tomadas sin nadie más que yo misma para guiarlas, apoyada únicamente en mis capacidades.

—Te quedarás al margen hasta que todo esto termine. ¿Está claro?

Asentí, más por evitar la discusión que por estar de acuerdo, aunque en el fondo hubiera

preferido tomar un mechón de su cabello y tirar con fuerza. Leonard y Bart repasaron una vez más el procedimiento para transferir el dinero a la cuenta que nos indicarían. Seguramente todo estaba cuidadosamente planeado para que el dinero viajara a través de servidores, rebotando de un lugar a otro del mundo, hasta terminar en una cuenta perdida que nadie podría rastrear. Al menos, no nosotros. Tal vez la policía podría haberlo hecho, pero, por mi insistencia, nos habíamos atendido estrictamente a las instrucciones de los captores.

Y cuando la policía hubiera podido rastrear el dinero, este ya se habría desvanecido en la nada. El avión aterrizó y comenzamos a levantarnos. Tomé del porta equipaje el maletín médico del que no me separaba nunca. Lentamente, junto a los otros pasajeros, nos dirigimos por el pasillo central hacia la salida. La azafata sonriente nos auguraba una buena estadía mientras pisábamos tierra australiana.

Leonard se puso la cinta roja al cuello, ajustándola para que quedara bien visible, y los tres salimos del avión. Leonard al frente, Bart detrás y yo, la última. Tenía la sensación de que todo lo que estaba haciendo no era real, como si alguien viniera a sacudirme de los hombros, despertándome de un sueño en el que había caído en alguna camilla del hospital, durante mi turno. Pero no fue así. Continué avanzando, un paso tras otro, bajo la sombra de Leonard, mientras pensamientos aterradores hacían que mi corazón se encogiera.

Avanzamos por la pista, dejándonos llevar por la multitud de pasajeros que se encaminaban hacia la salida. Dos puertas corredizas se abrieron ante nosotros y fuimos catapultados a un ambiente apacible. Avanzamos hacia el área donde recogeríamos nuestras maletas, siempre observando con atención a nuestro alrededor. Mi corazón latía con tal fuerza que sentía que me desbordaría. En ese momento, sentí la mano de Bart sobre mi brazo, un gesto que me dio algo de seguridad en medio del caos.

—Déjalo ir adelante —susurró, su voz apenas un susurro en el bullicio del aeropuerto. Leonard asintió con la cabeza y se alejó unos pasos, acercándose a la cinta transportadora para reclamar nuestro equipaje.

Me quedé inmóvil, los brazos cruzados sobre el pecho, observando cada movimiento. Leonard, rodeado por la multitud que se agitaba alrededor de la cinta transportadora, escaneaba el entorno con nerviosismo. La cinta comenzó a moverse, arrastrando consigo maletas y bolsos, pero nada parecía fuera de lo común. Miraba frenéticamente a la derecha y a la izquierda y él también hacía lo mismo. Sus ojos y los míos se cruzaron brevemente, comunicando una misma inquietud. Pero nada sucedió. Todo parecía proceder de manera regular, ningún individuo sospechoso, ninguna situación que pudiera llamar nuestra atención.

Una mujer vestida con el uniforme de una aerolínea se abrió paso entre la multitud y se dirigió directamente hacia Leonard. Su sonrisa era amplia y sus ojos, maquillados con cuidado, recorrieron su figura. "¿Usted es el señor Greenford?", preguntó, su voz clara y profesional. Bart y yo nos acercamos, intrigados por la situación. ¿Era esa nuestra conexión?

—Sí, soy yo.

—Se lo requiere en el mostrador de check-in de nuestra compañía, señor —La mujer se giró indicándole con una seña que lo siguiera. Pero Leonard, presa del nerviosismo, estaba demasiado nervioso como para comportarse normalmente. La cogió por un brazo y ella lo miró, alarmada.

—¿Qué debo hacer en el check-in? —balbuceó.

—¡Suélteme, señor! —exclamó la presunta empleada de la aerolínea. Su sonrisa se había desvanecido por completo.

Leonard, avergonzado, liberó su brazo. —Perdone, estoy un poco nervioso —murmuró, esbozando una de sus típicas sonrisas, de esas que seducían a las mujeres.

—Alguien me dejó un sobre y me pidió que lo interceptara y se lo entregara —explicó la azafata, visiblemente turbada. Luego, sin preocuparse por si él la seguía, dio media vuelta. Leonard se giró hacia nosotros, y los tres avanzamos detrás de ella.

En el check-in, con un movimiento rápido, la mujer se situó detrás del mostrador, creando

una distancia segura entre ella y Leonard. Luego sacó un acolchado sobre blanco.

—Aquí está —dijo entregándoselo.

—¿Cómo supo que era el señor Greenford? —pregunté, incapaz de quedarme callada. La azafata me lanzó una mirada desconcertada, probablemente estaba preguntándose quién demonios era yo. Tal vez mi acento americano la hizo suponer que estaba con Leonard.

—La persona que me entregó el sobre me indicó que de su vuelo bajaría alguien con un foulard rojo al cuello —respondió la joven con aire inocente. Luego se alejó, pero esta vez fue Bart quien la detuvo, con amabilidad y delicadeza.

—Perdone, señorita, si estamos abusando de su paciencia, pero queremos saber quién le entregó el sobre.

A la chica, los modales un tanto anticuados pero corteses de Bart parecieron causarle menos molestia que la brusquedad de Leonard.

—Un mensajero me entregó el sobre y las instrucciones. Ahora, si me disculpan, debo volver a mi puesto —dijo, y antes de que pudiéramos preguntar más, se alejó.

Nos quedamos observando a Leonard, que con dedos ansiosos abría el sobre.

Mi corazón latía con fuerza mientras observaba cómo extraía un viejo teléfono móvil, de esos desechables, y lo examinaba con cautela. Los tres fijamos nuestra mirada en el objeto, como si de una bomba de relojería se tratase. Y justo en ese instante, el estridente sonido del teléfono rompió el silencio, sobresaltándonos a todos.

—Hola... —La voz de Leonard, siempre tan firme y segura, ahora sonaba débil y dubitativa.

—Siga las instrucciones —ordenó la voz masculina, clara y nítida a través del teléfono, que Leonard tenía pegado a la oreja. Estaba tan cerca de él que podía oírlo todo.

—Salga del aeropuerto por la terminal C. En cuanto se abran las puertas corredizas,

encontrará un sedán negro. Quédese delante de la puerta, pero no se acerque. —La comunicación se interrumpió.

Intercambiamos una mirada rápida, cargada de incertidumbre. Sin vacilar, Leonard se dirigió hacia las puertas automáticas. Al cruzarlas, la vista del estacionamiento se desplegó ante nosotros. Mi mirada se desplazó rápidamente por los vehículos estacionados hasta que se detuvo en un punto preciso: un sedán negro, solitario y elegante, tal y como había sido descrito en la llamada.

Los tres nos detuvimos a la distancia establecida, inmóviles como estatuas. A nuestro alrededor, la gente se movía con naturalidad, algunos se alejaban, otros llamaban taxis o simplemente continuaban su camino sin prisa.

La puerta delantera se abrió y una mujer apareció, completamente vestida de negro, desde la camiseta sin mangas y escotada hasta los pantalones ajustados y las botas. Había algo extremadamente sensual y agresivo en ella. Tal vez era el cabello rubio, corto y perfectamente peinado al estilo de Marilyn Monroe, o el lápiz labial rojo carmín que delineaba con precisión sus labios. No estaba segura de qué exactamente, pero algo en su mirada hizo que la identificara como una mujer dominante. Y peligrosa. Inmediatamente localizó a Leonard, gracias al foulard rojo, y luego a mí y a Bart. Levantó una ceja, claramente contrariada por nuestra desobediencia. No uno, sino tres de nosotros habíamos desafiado sus instrucciones. Y por primera vez comencé a considerar el peligro de esa transgresión.

Dio dos pasos rápidos hacia nosotros y, en un abrir y cerrar de ojos, una pequeña pistola apuntaba directamente a mí.

—Tenemos los códigos para el pago. —La voz de Leonard me llegó como un murmullo distante, pero toda mi atención estaba atrapada en ese frío y letal fierro negro que podría habernos matado a los tres al instante.

—Pequeño cambio de planes —canturreó la mujer, con una voz aguda y perfectamente

femenina.

Sonreía, como si ninguno de los presentes, ni ella ni nosotros, estuviera en peligro. Como si toda esa tensión en el aire fuera, en realidad, algo profundamente excitante.

—La chica tomará los códigos y nos la llevaremos con nosotros.

Capítulo 4

Todo ocurrió a gran velocidad. A través de la ventanilla polarizada del auto, vi la expresión atónita de Leonard y el rostro aterrorizado de Bart. Bajo ese extraño filtro, sus caras adquirirían un tono casi amarillento. Se quedaron inmóviles, como si todavía los estuvieran apuntando con la pistola. Pero ya no era así. Aun así, permanecían rígidos, como dos estatuas de sal en la acera.

La puerta se cerró con un chasquido, y la rubia, sin inmutarse, ordenó al conductor que pusiéramos en marcha.

—Arranca Shein. Esos dos idiotas están tan asustados que no se atreverán a nada, pero no los subestimemos demasiado.

Shein, el conductor, era un energúmeno de cabeza cuadrada, cabello muy claro y rapado. Más ruso que australiano, obedeció como un autómatas, sin hacer preguntas. El auto arrancó con un rugido, despegándose de la acera y adentrándose en el caos del tráfico.

—¿Qué llevas ahí dentro? —inquirió la rubia, señalando mi maletín médico.

—Soy médica. Siempre lo llevo conmigo.

Se encogió de hombros, dándome a entender que mi maletín no representaba ninguna amenaza. Era una tonta si no se daba cuenta de que, además de lo que veía, llevaba un par de bisturís afilados. O tal vez comprendía perfectamente que, en el estado en el que me encontraba, no tendría tiempo de usarlos antes de que me dejara fuera de combate con su pistola.

Sacó una tablet de su estuche y, con un gesto rápido, la encendió sobre sus piernas. Luego, la deslizó sobre mi regazo. Su peso me quemó como una piedra al rojo vivo.

—Ahora es tu turno. Solo tienes que ingresar los datos de tu cuenta y realizar la transferencia.

Sentía los dedos rígidos mientras tecleaba de memoria el número de cuenta e introducía la contraseña. Lo había repasado una y otra vez durante el vuelo, pero nunca imaginé que sería yo quien tendría que hacerlo. No podía permitirme equivocarme. No debía. Un solo error podría hacer que la rubia, nerviosa, decidiera dispararme a quemarropa. La pistola aún estaba fresca en mi memoria.

—Y asegúrate de no cometer ningún error. —La mujer se giró y me lanzó una mirada fría y calculadora, una que recordaría durante mucho tiempo. Mis dedos parecían haberse vuelto tan rígidos como ramas secas, sin embargo de alguna manera logré no cometer ningún fallo. Ella volvió a tomar la tablet, la dejó sobre sus piernas y presionó la tecla de envío. La pantalla se iluminó con una señal naranja, como un cursor saltando rápidamente de un lado al otro. Instintivamente supe que esa línea era la ruta que nuestro dinero —el de mi familia y el de Bart — había seguido hasta llegar a esas manos criminales. Sin embargo, en ese momento, no me importaba. Lo único que me importaba era encontrar a mi padre. Con vida.

—¿Dónde está mi padre? —murmuré, con la voz quebrada. El miedo comenzaba a transformarse en rabia, una rabia contenida, pero latente, siempre al acecho.

—Lo verás pronto. —La rubia parecía satisfecha.

Desde ese momento, reinó un silencio absoluto en la cabina del auto. Habíamos dejado atrás la carretera principal y nos internábamos en una ruta desierta, sin otro vehículo a la vista. El sol brillaba alto en el cielo, y la interminable extensión de verde que se desplegaba a través de la ventanilla era tan vasta que resultaba sobrecogedora.

Avanzamos sin intercambiar ni una palabra durante más de dos horas. Mis piernas estaban entumecidas, pero lo que más me agitaba era una sensación extraña en mi interior. Tal vez, ahora que había cumplido con mi parte, me matarían y se desharían de mi cuerpo en algún rincón perdido de esa inmensa extensión verde. Nadie me encontraría jamás. Estaba demasiado aterrorizada para llorar, demasiado angustiada para pensar en algo más allá de la posibilidad de

mi muerte.

Continuamos por la ruta que conectaba Port Douglas con Daintree, luego tomamos una bifurcación que nos llevó hacia Cape Tribulation. Todos esos nombres me eran ajenos.

Finalmente, dejamos el auto en lo que parecía un estacionamiento vacío, sin otro vehículo a la vista. El asfalto terminaba abruptamente y daba paso a un vasto descampado. Mis captores bajaron del auto, y yo los seguí, con la mano firmemente sujeta al asa de mi bolso.

En ese lugar apenas había algo más que vegetación, una maraña infinita de plantas que se extendía hasta donde la vista alcanzaba. Era un arcoíris de naturaleza que, en ese momento, solo me causaba una angustia insoportable, una sensación de desamparo que nunca había experimentado. Era un sitio tan hermoso, tan perfecto, que parecía haber sido diseñado para morir en él.

Tragué un bocado de venenosa angustia.

—Grace, vigílala mientras voy a mear. —Eran las primeras palabras que pronunciaba el vikingo de cabeza cuadrada. Y su voz, tan cavernosa, imponía miedo. Con una última mirada amenazadora, nos dio la espalda.

Grace me miró con aire desafiante y esa sonrisita rojo carmín estampada en la cara. Con el rabillo del ojo vi a la bestia alejarse.

Me encontraba sola con esa mujer. La única posibilidad que tenía estaba al alcance de la mano y debía aprovecharla. El miedo me estaba jodiendo el cerebro, pero aún más grande era el terror a morir. —También yo tengo que hacerlo —le dije con toda la calma que pude reunir. Grace me estudió por un instante, luego se encogió de hombros.

—Agáchate aquí —me ordenó.

No quiero morir, no quiero morir, no quiero morir. Las palabras daban vueltas en mi cabeza, repitiéndose como un mantra mientras trataba de reunir el valor necesario para hacer lo

único que podía para intentar salvar mi vida. Llevé las manos a mis pantalones, mis ojos fijos en el cañón de la pistola. Era un círculo oscuro apuntado hacia mí. Un instante de distracción habría sido suficiente para darme una oportunidad, pero esa maldita puta estaba tan concentrada en mí que parecía casi obsesionada. La suerte no estaba de mi lado. Tendría que buscar mi propia oportunidad. Me volteé hacia el lugar donde el hombre había desaparecido y, con la expresión más sorprendida que logré componer, exclamé:

—¡Mierda, ya regresó! ¡Qué rápido ha sido!

Esperaba que se diera vuelta para verificar la veracidad de mis palabras. Solo podía esperar que lo hiciera, porque si no lo hacía, estaría en serios problemas. Fue una fracción de segundo. Grace se giró brevemente, apartando la mirada de mí, y aproveché el momento: le di un codazo directo en la nariz. La mujer gritó mientras la sangre comenzaba a brotar en abundancia. Y en ese mismo instante, empecé a correr.

Delante de mí, sólo se extendía el bosque. Corrí con la desesperación impulsando cada paso, como si mi vida dependiera de llegar a una meta. Y, en realidad, esa meta era salvarme.

Sabía que el disparo de la pistola estaba por llegar, que era solo cuestión de segundos. Y llegó. El sonido del disparo cortó el aire, y mi corazón latía con fuerza, como si quisiera salirse de mi pecho. ¿Me había alcanzado? No, mientras pudiera seguir corriendo, significaba que no.

Me adentré entre los árboles, enormes y majestuosos, que dominaban el paisaje. Esperaba ser atrapada de un momento a otro, pero hasta que eso sucediera, no iba a detenerme. Yo quería vivir.

Y entonces, el bosque me tragó.

Capítulo 5

La vegetación formaba una barrera tan densa que parecía infranqueable. Me refugié detrás de un tronco gigantesco, solo para recuperar el aliento. Si no me hubiera detenido, seguramente habría caído. No estaba acostumbrada a correr, y mucho menos durante tanto tiempo. El dolor en mi costado era insoportable.

Escuché en silencio, atenta a cualquier ruido que pudiera delatarme. Si mis perseguidores seguían mis huellas, seguramente oiría sus pisadas entre los helechos. Pero, afortunadamente, no había más sonido que el murmullo constante de la naturaleza.

Presioné mi mano contra el costado, justo donde la sensación de un cuchillo atravesaba mi carne. Sabía que era el bazo, ese dolor agudo que me recordaba que mi cuerpo no estaba en condiciones de seguir mucho más. Y el dolor en mi pecho, tan punzante, podría ser señal de algo aún peor: tal vez un infarto inminente.

Me limpié la frente empapada en sudor con el brazo y me separé, a regañadientes, del tronco. No podía permitirme quedarme quieta. Llevaba ya unos veinte minutos corriendo, sin tener idea de dónde o a qué distancia se encontraban esos dos, pero sospechaba que no estaban demasiado lejos. Al menos podía caminar. Intenté correr, pero el dolor se intensificó de inmediato. Por el momento, tendría que conformarme con avanzar lentamente.

No tenía ni la menor idea de qué dirección tomar, pero me esforcé por alejarme de aquel sendero y adentrarme en la zona más densa y salvaje. Sería más difícil para ellos dar conmigo allí.

Las raíces de los árboles eran los obstáculos a los que debía prestar más atención. Se extendían largas como tentáculos, listas para hacerme tropezar. La humedad era tan intensa que me faltaba el aire. No me atrevía a pensar en los reptiles que podrían estar ocultos entre la densa

vegetación, seguramente había infinitas especies. Pero por el momento, ese pensamiento era lo último en mi mente.

Caminé durante lo que me pareció un tiempo infinito, tal vez un par de horas, tal vez más. Sentía los pies ardiendo y las piernas destrozadas. Pero lo peor no era eso. Lo peor era algo contra lo que no podía luchar: la oscuridad se cernía sobre mí. El sol se estaba ocultando lentamente, convertido en una esfera de fuego tragada por las copas de los árboles. Y con él, mi último vestigio de coraje se desvaneció.

Al borde del colapso, me desplomé, cayendo sentada sobre el suelo cubierto de hojas. Aterricé sobre una raíz puntiaguda y contuve un grito de dolor. Inspiré con desesperación. Me asombraba que no me hubieran localizado todavía. Probablemente pensaron que había seguido el sendero y concentraron su búsqueda en esa dirección. Había ganado algo de ventaja, pero esa ventaja pronto desaparecería, porque yo estaba agotada, y la sed me consumía. A pesar de que ya no tenía fuerzas, me obligué a levantarme y continuar, más por desesperación que por voluntad. Justo cuando estaba a punto de desplomarme de nuevo, escuché el inconfundible sonido del agua corriendo. Parecía un sueño.

Apuré el paso, impulsada por un deseo irracional de sentir la frescura del agua en mi garganta reseca. Era un río, un torrente, no sabría cómo definirlo, no era experta en eso. ¡Pero era agua! A pesar de que la oscuridad ya había caído, me lancé hacia la orilla y comencé a beber. No me hice ninguna pregunta: si estaba limpia, fresca, si era potable. Nada importaba, excepto saciar mi sed.

Hasta que algo heló la sangre en mis venas, una visión que jamás olvidaría y que me quitó el aliento. Algo se movía lentamente en el agua, algo largo y oscuro. En la oscuridad de la noche, apenas alcanzaba a distinguir la sombra que avanzaba perezosamente hacia mí, cada vez más cerca y más amenazante. En un parpadeo, entendí lo que estaba frente a mí: un cocodrilo.

Salté hacia atrás, tropezando con una de esas malditas raíces. Sentí que el corazón me subía

a la garganta mientras hundía las manos en la tierra, luchando por retroceder mientras esa criatura monstruosa se acercaba con cada segundo. Vi con claridad cómo abría las fauces, y tuve una visión nítida de sus filas de dientes: eran tantos, increíblemente afilados, listos para desgarrar el primer trozo de mi cuerpo que alcanzaran, y luego atacar todo lo demás.

Pero algo sucedió.

Un golpe seco resonó y la boca del cocodrilo fue alcanzada por un bastonazo. La bestia forcejeó mientras yo intentaba no morir de un ataque cardíaco. Un brazo musculoso cubierto de vellos oscuros entró en mi campo visual y, con una fuerza sorprendente, dio otro golpe al hocico del caimán con un gesto rápido y seco. La bestia retrocedió retirándose, vencida por ese asalto que no le había dejado elección.

Había observado esa escena con el corazón detenido en mi pecho y la boca seca. Mis ojos siguieron el brazo musculoso que había propinado los golpes que hicieron que el cocodrilo se retirara. Pertenecía a un hombre alto y robusto, con todo el aire de un salvaje. Lo único que delataba algo de humanidad era su ropa: un par de pantalones y una camiseta verde militar, ya descolorida. En los pies, unas botas negras y gastadas. Aparte de ese mínimo rastro de civilización, todo lo demás en él lo hacía tan peligroso como el cocodrilo que acababa de enfrentar. Sus cabellos largos caían hasta sus hombros, sus ojos eran más oscuros que una noche sin luna, la nariz recta y prominente, y la boca carnosa, marcada por pliegues duros.

—¡De pie!

Su voz resonó como un trueno. Aún aturdida por la muerte que había estado tan cerca, obedecí al instante, saltando a pesar de que mis piernas se sentían débiles, como si fueran de gelatina.

Estaba tan oscuro que apenas podía verlo, aunque él sostenía una antorcha. —¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Esas dos preguntas seguidas fueron como dos disparos de fusil.

—Me están persiguiendo —le susurré. Toda esa conmoción me había hecho olvidar por un instante que era una fugitiva.

El hombre me observó de arriba a abajo, su mirada recorrió cada rincón de mi cuerpo con una frialdad calculadora. Cuando sus ojos se detuvieron en mi pecho, mi piel se erizó. Volvió a elevar la mirada, esta vez a mis ojos. No había ninguna emoción en su rostro, su expresión era un enigma. No podía leer ni un atisbo de lo que pensaba. Ese hombre podría clavarme un cuchillo en el pecho en un suspiro o extenderme su mano para ayudarme. La incertidumbre se apoderó de mí.

—¿Quién te está persiguiendo?

—Un hombre y una mujer —dije, con la voz quebrada por el miedo. Me aproximé a él, aunque la presencia de aquel salvaje me aterraba tanto como la de mis perseguidores. —Te lo ruego... —mi voz se suavizó con desesperación—, si me das refugio por esta noche, sabré recompensarte.

Era una mentira, por supuesto. No tenía nada que ofrecerle, salvo mis palabras vacías. Después de vaciar todas nuestras cuentas, lo único que me quedaba era un puñado de promesas imposibles de cumplir.

La luz titilante de la antorcha reflejaba en sus ojos duros, y por un breve instante, una oleada de pánico me invadió. ¿Y si me rechazaba? ¿Si me dejaba aquí, perdida y sola, en medio de esta vasta oscuridad?

Si no era asesinada por mis perseguidores, los animales que rondaban el lugar no tardarían en devorarme. Estaba atrapada en un país extranjero, rodeada por una naturaleza salvaje e implacable. En ese momento, sentí que mi destino estaba sellado.

—No me interesan tus ofertas. —El hombre me dio la espalda y comenzó a caminar.

No, no, no, si hacía eso era el fin. —Te lo ruego, no me abandones.

En ese preciso instante, escuché voces. Me giré y vi los destellos de luz que cortaban la oscuridad del bosque, acercándose rápidamente hacia nosotros. Estaba acabada. Sin pensarlo, salté hacia él y me aferré a su brazo, deteniéndolo en seco. Se giró hacia mí, sus ojos se entrecerraron, dejando entrever una red de pequeñas arrugas. ¿Cuántos años tendría? Tal vez treinta o treinta y cinco, aunque su actitud dura y su manera áspera de moverse lo hacían parecer mucho más viejo, como un hombre que había vivido demasiados inviernos. Traté de leer su expresión, preguntándome si de alguna manera estaría considerando no dejarme morir como un animal. Siempre había sido buena interpretando los rostros ajenos, descifrando a las personas, pero esta vez no podía comprender lo que sus ojos oscuros me decían. Era tierra y fuego juntos, potencia y determinación.

—Me encontraron —imploré, con la voz quebrada—. Me asesinarán.

Pasaron unos segundos que parecieron eternos, y en ese instante todo pasó por mi mente. No sobreviviría, no si mi destino dependía de esos ojos, tan llenos de una cruda determinación que parecían no dejar espacio a la piedad.

El hombre frunció aún más el ceño en una expresión sombría, sus ojos expresaban todo el fastidio y la impaciencia que podía sentir. Me había salvado la vida, pero no quería tener nada que ver conmigo. Estaba claro. Cuando ya casi había perdido las esperanzas, sentí su agarre firme en mi muñeca. Tiró con fuerza de mí y comenzó a arrastrarme, conduciéndome hacia el corazón del bosque.

Capítulo 6

Si creía que ese hombre me había salvado de mis perseguidores, pronto me di cuenta de que había subestimado lo que implicaba esa "salvación". El lugar al que nos dirigíamos estaba mucho más lejos de lo que había imaginado. No veía más luces a nuestras espaldas, ni escuchaba voces, así que debía suponer que habíamos logrado perder a la rubia y al tipo de la cabeza cuadrada. Sin embargo, orientarse en esa vegetación espesa y tupida era casi imposible. Lo único que me tranquilizaba un poco era que ya no tenía que correr, solo seguir el paso constante y firme de mi "salvador", que avanzaba en la oscuridad sin volverse a mirar. Debía estar seguro de que, si no lo seguía, no sobreviviría. Y no tenía otra opción, no si quería seguir viva.

Él avanzaba con una antorcha que iluminaba su camino, y aunque estaba oscuro, podía distinguir su figura: sus hombros anchos y poderosos, su cintura estrecha, un trasero que parecía tan duro como una roca y unas piernas musculosas que se movían con la certeza de alguien acostumbrado a la selva. Hice una mueca, consciente de la inconsciencia con la que observaba su cuerpo, como si me pudiera permitir el lujo de admirarlo en medio de esta pesadilla. Pero ese hombre, que había sido mi salvador en el momento preciso, podía ser el mismo que me llevara a la muerte más adelante. Una muerte diferente, tal vez, pero muerte al fin.

De repente, ese encuentro no me pareció tan milagroso como antes. El miedo comenzó a calar más profundo en mi pecho, hasta los huesos, como un veneno. Pero ya no había vuelta atrás. No tenía elección. O enfrentaba la muerte de inmediato o me exponía a que llegara más tarde.

Caminamos por un tiempo que me pareció infinito, hasta que el sendero comenzó a subir. No, en ese momento no podía soportar otro esfuerzo. Ya no podía más. Estaba agotada y creía que me derrumbaría de un momento a otro.

—No puedo más —exhalé deteniéndome repentinamente. No me importaba lo que pasara, el corazón me estallaba y mis piernas parecían de gelatina. El hombre se giró y enfocó la luz hacia mí. Aunque estaba a oscuras, pude percibir su rostro: era implacable, sin rastro alguno de compasión.

—Si querías rendirte, lo hubieras pensado antes. Mi casa está a veinte metros, al final de este sendero. —Dicho esto, se dio la vuelta y siguió caminando, dejándome atrás, atrapada en la oscuridad. Cojeé, desesperada, pero era lógico: una casa en lo alto para poder vigilar mejor a las visitas no deseadas. Sea como fuere, logré alcanzarlo, forzándome a seguir su ritmo hasta que, finalmente, una construcción de madera emergió ante mí. En la penumbra, bañada solo por la luna y el resplandor tenue de la antorcha, parecía más un espectro que una casa, erigiéndose en medio de la selva oscura y misteriosa, como si fuera un lugar del que uno podría entrar... y no salir jamás.

El hombre abrió la puerta y la dejó entreabierta, quedándose allí, como si esperara algo. Me acerqué, tragando saliva, pero no me atreví a cruzar. Él permaneció inmóvil, su ancha espalda presionada contra la madera, su rostro perdido en la oscuridad. Cruzó los brazos sin emitir un solo sonido. Era como una presencia sólida, casi inhumana, que esperaba mi movimiento, que no respiraba, que no hacía un solo ruido.

—¿Prefieres morir aquí afuera? —sus palabras, cortantes como cuchillos, me hicieron saltar, clavándose en mi pecho como una advertencia.

—¿Puedo elegir entre morir dentro o afuera? —No supe por qué lo dije. Era una broma tonta, o tal vez no lo era. Algo que me pareció la sombra de una sonrisa se abrió paso en ese rostro duro. Pero no estaba segura, tal vez era solo una mueca o la contracción involuntaria de un músculo facial. Esa cara no parecía capaz de sonreír, era solo un rostro duro e inflexible.

—La elección es tuya. Afuera no morirás precisamente a manos de los murciélagos y los marsupiales. Además de los cocodrilos del río, aquí no hay nada mortal.

—Ah, bueno, ahora me siento más tranquila, gracias.

—Haz lo que te plazca. Si quisiera matarte, lo hubiera hecho durante el trayecto, no había un alma viva en kilómetros.

Eso no me tranquilizaba en lo más mínimo. Podría ser uno de esos maniáticos que disfrutaban torturando a sus víctimas en la comodidad de su hogar, rodeados de todas las herramientas y el confort necesarios para hacerlo. Esa idea me rondaba la mente mientras cruzaba el umbral, preguntándome qué me habrían hecho la rubia a la que le rompí la nariz y el conductor de cara cuadrada, si hubiese caído en sus manos.

Apenas puse un pie dentro del refugio, el olor a madera me golpeó la nariz, fuerte y terroso. De inmediato, una vela se encendió frente a mí, seguida por una lámpara, tal vez de aceite, y a continuación otra similar. Nada de electricidad. El hombre se movía con seguridad en la oscuridad de ese espacio que claramente conocía bien. Ahora estaba frente a mí, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas abiertas, mostrando una postura de dominio. Estábamos en lo que parecía un espacio multifuncional: una mezcla entre ingreso, cocina y salón, todo concentrado en una sola habitación.

Un sofá viejo y desgastado ocupaba una esquina, mientras que en el centro, una mesa de madera y dos sencillas sillas. No había televisor, lo cual, en un lugar como ese, resultaba completamente irrelevante. ¿De qué serviría un televisor sin electricidad? La habitación estaba desordenada, sin lujos, pero funcional. No parecía que recibiera muchos huéspedes, si el estado de las cosas y la organización del lugar eran indicativos de algo. Y tampoco lo hacía el carácter de su dueño: sombrío, reacio a hablar y con un aire que, de inmediato, evocaba la sensación de estar frente a alguien poco civilizado.

—Te ofrezco solo un refugio para pasar la noche. Mañana por la mañana, deberás irte. — Sus palabras fueron firmes, casi frías, mientras sus ojos oscuros, iluminados solo por la luz vacilante de la vela, parecían dos pozos insondables, de los cuales no se veía el fin. Maldición,

era increíblemente atractivo, pero a la vez tan inaccesible y enigmático que resultaba desconcertante.

La cortesía no parecía formar parte de su repertorio; no había ni el más mínimo intento de ser agradable. Su presencia era tan imponente que, por un momento, me pregunté si su bondad era tan limitada como su conversación.

—Perfecto —balbuceé, casi sin pensar. Él se detuvo un instante, su mirada clavada en mí, inmóvil como una estatua. Su rostro, ligeramente inclinado hacia arriba, parecía dominar la oscuridad con una presencia imponente. Si no hubiera sido el doble de mi tamaño, si el miedo no me hubiera atenazado el pecho, habría dado un paso hacia él. Tal vez habría alzado la cabeza, a pesar de que apenas llegaría a su barbilla, y le habría pedido que dejara de poner ese aire tan sombrío, que no me asustaba. Pero no podía. Porque, en realidad, me aterraba

Finalmente se movió y no pude evitar sobresaltarme. Sin previo aviso, me dio la espalda y se acercó a un armario. Sacó una manta y, con un gesto brusco, me la lanzó encima.

—Acomódate en el sofá —ordenó. Llevé ese paño pesado a mi nariz mientras él me reservaba una última larga mirada. Olía a encierro. Me dejó sola y subió las escaleras con paso pesado. Una puerta en el piso de arriba se cerró. Luego, nada más.

Me hundí en el sofá, con los ojos bien abiertos, mirando fijamente el techo. ¿En qué clase de lío me había metido? Y mi padre... ¿dónde estaba él ahora? Y ese hombre... ¿qué me haría? Cerré los ojos con fuerza, sintiendo que mi cabeza estaba a punto de estallar. No tenía la más mínima intención de apagar la vela esa noche. Peor para él, que tendría que comprar más

Capítulo 7

Esa noche dormí como si estuviera esperando que alguien me asaltara en cualquier momento, con el corazón apretado por la preocupación y una angustia que subía desde lo más profundo de mis entrañas hasta ahogarme. Me desperté en medio de la oscuridad, tal vez por décima vez, sobresaltada. Me senté de un salto, tratando de acostumbrar mis ojos a esa penumbra desconocida. Por un momento, me pareció estar en una cama de hospital, en medio del turno de noche. Pero en el trabajo nunca había tanta oscuridad; siempre había esas luces de cortesía, discretas, marcando los pasillos. Estaba en la casa del hombre solitario, el habitante de la selva australiana que me había rescatado de mis perseguidores. Pero la razón por la que me desperté no fue otra que un sueño. Nadie me estaba atacando, seguía entera. Sin embargo, todo estaba oscuro. Él debía haber bajado a apagar las velas y las luces.

El pensamiento se dirigió de inmediato a mi padre. Lo había visto solo por un fugaz instante durante el intercambio, cuando el dinero y yo, por él, nos cruzamos en ese momento tan tenso. Había algo en su aspecto: estaba delgado, cansado, pero en un estado general aceptable. Desde entonces, no había tenido más noticias de él, pero eso no importaba tanto. Me bastaba con saber que estaba vivo. Mi situación, en cambio, era otro asunto completamente diferente, pero igualmente dramático. Estaba tan lejos de casa que ni siquiera podía permitirme pensar en ello, sola, perseguida por dos delincuentes que, ahora que ya no tenía nada de valor para ellos, seguramente querían eliminarme. En cuanto amaneciera, debía irme, aunque no sabía a dónde. El hombre había sido claro: no tenía mucho tiempo.

Una brisa fría me hizo estremecer. Me incliné sobre el sofá, haciendo crujir uno de los resortes. La pesada puerta de madera que separaba la habitación del exterior estaba entreabierta, y por una pequeña rendija entraba una corriente de aire nocturno, penetrante. Puse los pies en el suelo y envolví la manta alrededor de mis hombros. Aunque el piso era de madera, estaba

helado, y crujió bajo mi peso. Me acerqué a la puerta, espiando al otro lado, pero desde esa sutil rendija no lograba ver nada claro. La abrí apenas un poco más y, en medio de la oscuridad, con la densa vegetación de fondo, lo vi. Estaba allí, el salvaje, sentado en los escalones de madera, mirando al frente con una intensidad que no dejaba lugar a dudas. Me quedé unos instantes observándolo. Tenía una presencia tan dura que casi se podía tocar. Su perfil estaba esculpido por rasgos tan definidos que parecían tallados a mano: la nariz afilada, la boca dura y sin suavidad. Me concentré en ese detalle, como si observarlo más de cerca pudiera revelar algo más. No era un hombre tierno. Sus labios no parecían hechos para sonreír ni para pronunciar palabras dulces. Quién sabe cómo sería acercarse a él e intentar descubrir si bajo ese aspecto duro había algo humano, un lado débil. Quién sabe si algo alguna vez había logrado hacer mella en él. La idea me desencadenó una visión ardiente, un beso presionado sobre esas dos medialunas de carne que parecían hechas sólo para desafiar, para castigar con palabras hirientes...

—¿Piensas quedarte ahí mirando?

Su voz rompió el silencio y me arrastró en un brusco despertar. Me había descubierto. Ya no tenía más sentido estar ahí, semi oculta en la casa. Abrí más la puerta y salí. Las tablas de madera del exterior eran ásperas, mucho más que las del interior de la casa y el frío que se colaba entre mis dedos y mis pies se sentía como agujas. Me envolví en la manta, apretándola en mi cuerpo, mientras cerraba la puerta a mis espaldas.

—No te estaba espiando —respondí, a la defensiva.

Él se giró lentamente, clavándome una mirada aún más oscura que la noche que nos envolvía. Seguía vestido como antes, completamente despierto, con una expresión tan seria como la de un depredador. Su cabello largo caía desordenado sobre la frente y descendía hasta el cuello, dándole un aire aún más imponente.

—¿Ah, no? —murmuró con sarcasmo.

Me miró de arriba abajo, recorriéndome con una lentitud casi deliberada. Al igual que antes, se tomó su tiempo para observarme, sin el menor remordimiento, completamente ajeno a cualquier consideración de delicadeza o pudor. Ese escrutinio me hizo sentir expuesta. De repente, la intensidad de su masculinidad me alcanzó, fuerte, incisiva, casi dominante. Sin decir una palabra, volvió a mirar al frente, su presencia todavía pesando en el aire.

—No, pero dudo que alguien pueda descansar después de haber pasado por lo que yo viví.

—No es agradable ser cazado —murmuró, como si las palabras fueran más para él que para mí. ¿Qué podría saber él sobre eso?

—Es una historia larga —respondí, sin ganas de contarla, especialmente a un desconocido. No es que me hiciera mal compartirla, pero no íbamos a ser grandes amigos. Al día siguiente me iría, como me había ordenado, sin saber ni cómo ni dónde. Y no lo volvería a ver jamás.

—¿Cómo te llamas?

Me miró como si hubiera osado desafiar a un oráculo, pero finalmente respondió.

—Alec.

—Yo soy Isabelle. —Lo dije casi en un susurro, sabiendo que a él no le importaba lo más mínimo.

Lo vi extender la mano y hurgar en su bolsillo con desprecio. Sacó un paquete de cigarrillos maltrecho, extrajo uno y lo encajó entre sus labios sin prisas.

—No debe ser muy divertido vivir solo —comenté, buscando romper el silencio. Ni yo misma entendía por qué intentaba hacer conversación.

Alec encendió el cigarrillo y dejó escapar el humo por la nariz, sus fosas nasales se expandieron. —No soporto a la gente.

—Ah, qué encantador. —Lo miré, y me di cuenta de inmediato que no estaba bromeando. Sus palabras eran sinceras. Realmente no soportaba la compañía de los demás.

—¿Y cómo te las arreglas? Quiero decir, ¿de qué vives?

—Madera. La corto, la empaqueto, la transporto, la entrego.

—Ah, interesante. ¿Y de dónde la sacas?

—De mi propiedad. Todo lo que ves alrededor de esta casa es mío. —Lo dijo sin arrogancia, sin esa jactancia típica de los terratenientes, más bien con un tono relajado y sin preocupación.

—Yo soy médica, trabajo en urgencias.

—Vi tu maletín. Odio a los doctores.

Alec me miró con la misma indiferencia que uno podría reservar para un insecto, y en ese momento me di cuenta de que no se debía tanto a lo que decía, sino a lo que yo representaba. A mi presencia. Quizás, pensándolo bien, mi aspecto era tan deplorable que no lograba sorprenderme por su falta de interés. Me pasé las manos por el cabello, que era una maraña enredada de nudos y sudor. El olor que me rodeaba no era mucho mejor, una mezcla de miedo, angustia y polvo. Bajo su mirada, me sentí vulnerable, incómoda, y por un instante deseé poder ocultar lo lamentable de mi estado. Pero no podía. Decidí enderezar la espalda, recogí lo poco que quedaba de mi dignidad y me enfrenté a él con una expresión que solo podría describirse como estoica.

—Mañana quisiera darme una ducha antes de irme, si no te molesta.

—Estoy de acuerdo, apestas tanto que tus perseguidores te localizarían solo con el rastro de olor a tu paso. —Esas palabras me hicieron arder las entrañas. Era la frase más larga que le había escuchado pronunciar a esos labios y definitivamente no resultaba para nada halagadora. Me enfadaba el hecho de que yo no lograba dejar de mirarlos y, maldita sea, sólo habían sido capaces de escupir insultos en mi contra.

Me puse de pie y lo observé de arriba abajo, la única forma en la que podía intentar

sentirme superior. Sabía perfectamente que si él también se levantaba, la parte superior de mi cabeza quedaría a la altura de su cuello.

—Tuve un día complicado, Alec, o como demonios te llames. Vengo de otro continente, mi padre fue secuestrado y yo también. No sé qué haré ni si algún día regresaré a casa, así que discúlpame si no estoy precisamente fresca como una rosa.

Le di la espalda sin darle oportunidad a replicar y me dirigí rápidamente hacia dentro de la casa, para tirarme de nuevo sobre ese incómodo sofá. Aún podía descansar un poco, tal vez. En mi cabeza, no lograba dejar de pensar en esos ojos penetrantes que me habían observado con una mirada larga y severa. Nada de piedad, nada de compasión. Alec, el salvaje, solo me había ofrecido un lugar donde dormir, nada más. Tenía que mantenerlo claro en mi mente.

Capítulo 8

Me quedé dormida nuevamente.

En ese tenue límite entre el sueño y la vigilia, en un instante, algo me hizo sobresaltar. No sabía exactamente qué era, pero mi instinto me alertaba con una claridad aterradora: estaba en peligro. Una voz. Eso era.

Acurrucada en el sofá y cubierta hasta los ojos, me apresuré a jalar las mantas hacia arriba, como si al hacerlo pudiera esconderme mejor de la dueña de esa voz

—Hola... —escuché susurrar. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral y la piel de mi nuca se erizó. Ese tono, tan dulce y sin embargo cargado de veneno, lo recordaría siempre. Grace, la rubia que me había secuestrado, estaba en esa habitación. Solo procesar esa información hizo que mi corazón latiera con fuerza y que las palmas de mis manos se empaparan en sudor frío. ¿Cómo era posible? ¿Se conocían? ¿Alec me había capturado sólo para entregarme a ella? ¿A ellos? Meforcé a mantenerme completamente quieta, los ojos cerrados, fingiendo estar muerta. La manta que me cubría hasta el rostro era lo único que me separaba de ese peligro.

—Hola. —La voz de Alec sonó menos entusiasta, más fría. Provenía de la zona de la cocina, en el extremo opuesto de la habitación.

—¿Quién es? —Debía referirse a mí. Esperé la respuesta con el corazón subiendo por mi garganta para detenerse ahí, precisamente donde hubiera tenido que pasar el aire. Me pareció que transcurrió una eternidad antes de que él respondiera con tono aburrido:

—Un huésped.

Volví a respirar. No tenía intención de traicionarme, al menos no en lo inmediato. Los pasos se alejaron mientras intentaba regular mi respiración. Subían las escaleras. Habían ido arriba, a lo que debía ser el dormitorio principal. Exhalé lo que me pareció un suspiro de alivio, o

tal vez era angustia mezclada con desesperación. Salí de debajo de la manta, pues me estaba ahogando. La habitación parecía muy diferente ahora que la luz de la mañana iluminaba cada rincón. Había una puerta; debía ser el baño. ¿Qué más? Apoyé los pies en el suelo y literalmente corrí hacia ella. Cerré la puerta a mis espaldas. Era un aseo pequeño, algo anticuado, con azulejos beige y sanitarios inmaculados. Aunque no estaba decorado como en las revistas, al menos estaba limpio. ¿Pero qué me importaba en ese momento si estaba limpio o sucio? ¡Estaba en juego mi vida! La bruja me había encontrado. ¿Qué hacía esa mujer en casa de Alec? Se conocían, seguro. Eran amigos... o más que eso. Dos amigos no iban juntos a una habitación. Una amiga no emitía ese sonido que provenía claramente de arriba, un gemido ahogado, no precisamente amigable. No, definitivamente, ¡se lo estaba tirando!

¿También él estaba involucrado en el secuestro de mi padre? Me senté en el váter, aunque, a pesar de la agitación, la vejiga amenazaba con estallarme. Tenía que mantener la calma y, al mismo tiempo, encontrar una forma segura y eficaz de salir de allí, llegar al aeropuerto y marcharme a Estados Unidos. Tal vez pasando antes por la policía para denunciar a esa banda en cuyas manos había caído. Alec, cualquiera fuera el rol que tenía en esa historia, no me querría más a mí que a alguien que le calentaba la cama, rol que Grace desempeñaba a la perfección. Esa mujer había tratado de asesinarme, no podía olvidarlo.

El picaporte bajó interrumpiendo mis planes de fuga. Había dado una vuelta de llave, por lo que el intento fue vano. Pero hizo galopar aún más mi corazón y la necesidad de salir de allí se volvió más urgente. ¿Por la ventana? Imposible. Era un agujero diminuto.

—Está ocupado —la escuché quejarse. Pero no hablaba conmigo sino con Alec, quien le respondió con un gruñido—. Puedes ir al del piso de arriba. —¿Era el murmullo seco de un hombre que acababa de experimentar un orgasmo? ¿Se la había tirado con ganas? Seguro. Quién sabe cómo se sentiría ser poseída por ese cuerpo macizo y masculino, tan primitivo, poco civilizado, rudo. No lo sabría nunca porque no me interesaba en lo más mínimo. Tenía otras preferencias, me gustaban los hombres sofisticados y gentiles, los que me prodigaban miles de

atenciones y sobre todo, los que conocían los buenos modales.

Tenía que permanecer concentrada en mi misión de sobrevivir. La ventana era alta y estrecha, estaba ubicada justo encima del váter. Pero era pequeña, casi un agujero, nunca podría...bam, bam, bam...

—No quiero ir al baño de arriba, ya bajé.

Esa maldita no iba a desistir. Nuevos golpes en la puerta me hicieron saltar. Alec no dijo nada. Estaba completamente abandonada a mi suerte. Tragué saliva, subí los pies sobre el inodoro y abrí la ventana. El aire fresco me acarició el rostro. Tenía que huir, era mi única opción.

Hice fuerza con los brazos, elevándome. En el primer intento, cedieron. Tuve que hacer un segundo esfuerzo, rogando que mi cuerpo resistiera el dolor. Me arrastré por el estrecho espacio. Sentí que terminaría como un animal atrapado, con las caderas encajadas en ese maldito agujero. Empujé con toda mi fuerza, hasta que mi busto pasó, y luego las piernas lo siguieron. Comprimí el pecho con todo lo que pude, haciéndome daño, pero preferí morderme la mejilla antes que dejar escapar un solo sonido.

Aterricé en la tierra batida con un golpe sordo. A mi alrededor, la vegetación densa y exuberante me rodeaba. Estaba detrás de la casa. Aún podía oír los golpes de esa puta en la puerta.

Capítulo 9

Había corrido durante lo que me pareció una eternidad entre la vegetación. No tenía puntos de referencia con los que orientarme; el paisaje era siempre el mismo: una selva densa y exuberante que se extendía sin fin. No tenía la más mínima idea de adónde iba, pero me negaba a rendirme ante esos canallas. Combatiría hasta el final. Seguiría luchando hasta el final. En el hospital cada día me enfrentaba a la muerte, la lucha era parte de mi vida. Pero con las cartas en contra, todo cambiaba. Mi inseguridad venía de saber que no tenía control.

Estaba agachada junto a un torrente, inclinada para beber, cuando sentí el frío cañón de una pistola presionado contra mi sien. El aire se me congeló en el pecho. Mi libertad no había durado tanto como había creído.

—Es lindo volvernos a ver, perra.

No tuve que girarme para saber quién era: *Cara cuadrada*. Me empujó con brusquedad, forzándome a ponerme de pie. —Cometiste un gran error al negarte a colaborar con nosotros.

—¿Colaborar? ¡Vaya tontería! Ya habéis recibido dinero, y mucho. Dejadme ir y olvidemos todo esto.

—Las reglas no las pones tú. Nos has causado demasiados inconvenientes; lo justo sería que acabes en un pozo. —Me estremecí por dentro, pero me aseguré de no dejarme ver vulnerable.

Un jeep aguardaba en el camino de tierra. Me obligó a subir, cerró la puerta detrás de mí y se ubicó al volante. Puso en marcha el motor y me miró con una expresión llena de desprecio.

—No intentes nada raro. Juro que no tendría ningún inconveniente en meterte una bala en la espalda y luego le diría a los otros que fue un accidente. —El brillo cruel en sus ojos me dijo que no estaba jugando. ¿Los otros quiénes? ¿Alec y Grace, su puta, tal vez?

Después de un viaje lleno de sacudidas, llegamos finalmente frente a una enorme finca. Era

una granja, pero de una magnitud impresionante, casi como una mezcla entre una fábrica perfectamente organizada y un refugio enclavado en el corazón de la selva. Cruzamos un portón de hierro y el jeep se detuvo en un amplio patio. En el centro, una fuente con dos delfines arrojaba agua al aire, añadiendo una extraña sensación de lujo en medio de la vegetación agreste.

Fui empujada hacia la entrada de la propiedad, donde dos tipos de mirada feroz se mantenían alerta junto a la puerta principal. Sus rostros, oscuros y amenazantes, eran todo lo que necesitaba para entender que no dudarían en usar las armas que llevaban escondidas bajo sus uniformes de camuflaje. Aunque, pensándolo bien, no habría sido necesario; sus enormes manos habrían hecho el trabajo igual de bien. *Cara cuadrada* me empujó dentro después de dirigir un breve saludo a los dos guardias. El vestíbulo era grande y bonito, con una estética rústica que invitaba a sentirse cómodo, incluso acogedor. Sin embargo, no pude admirarlo demasiado, ya que rápidamente me condujeron hacia la sala de estar contigua.

Grace se encontraba cómodamente sentada en una de las butacas, la nariz vendada y un odio palpable en su mirada. Si hubiera tenido poder sobre mí, me habría arrancado los ojos con la intensidad de su mirada. No estaba sola. En la otra butaca se hallaba un hombre de unos cincuenta años, con el cabello negro salpicado de canas y un rostro curtido por el sol, como si cada arruga hubiera sido grabada por años de lucha. Su figura era robusta, de alguien que no se dejaba doblegar, y sus ojos, oscuros como la más profunda de las noches, me resultaban inquietantemente familiares, aunque no podía precisar por qué.

—Tú... —La mujer avanzó hacia mí, sus labios carmín curvándose en una sonrisa feroz, como si quisiera desgarrar mi piel con esos dientes—. Te haré lamentar profundamente haber destrozado mi imagen.

El impulso de escupirle en la cara era fuerte, pero el miedo me dominaba. La rubia se levantó con tranquilidad, plantándose frente a mí con la sonrisa altiva de quien guarda un as bajo la manga. ¿Por qué tenía esa expresión de triunfo? Lo descubrí enseguida. Porque me asestó una bofetada tan potente que sentí su cosquilleo por toda la mejilla, desde la oreja hasta el ojo. Ni

siquiera pude llevar la mano a la zona dolorida, porque el simio ese me tenía sujeta por las muñecas. —Te haré pasar las ganas.

Me miraba con un fuego en los ojos que parecía lava y tenía la boca curvada en una sonrisa burlona cuando dijo: —Me gustaría comenzar una buena cacería.

Un murmullo de aprobación surgió del hombre que estaba junto a ella y de *Cara Cuadrada*, quien me tenía sujeta. ¿Qué demonios quería decir con eso?

—¿Realmente queremos que termine tan rápido? —Le preguntó *Sienes de plata*. ¿Acaso hablaban de mí? ¿Qué debería terminar rápido?

—No será rápido. Sufriré.

Me era imposible entender sus intenciones. ¿Por qué hacían esto, por qué tanto odio hacia mí y mi familia? ¿Eran asesinos sádicos, o simplemente monstruos sin alma?

Grace se dio la vuelta y se alejó hacia una de las paredes, ignorándome por completo. —Te daré algo de ventaja, empieza a correr. —La vi estirar el brazo y acariciar una fila de rifles colgados en la pared. La sensación de pavor se apoderó de mí al darme cuenta de que esta locura era real e inevitable. Esa mujer me veía como una presa, dispuesta a cazarme, atraparme y matarme.

—¿Lo has oído? No es una broma. —Grace tomó el fusil con calma, abrió la recámara con un sonido metálico, cargó el cartucho y lo cerró con un golpe sordo. Miré al hombre sentado en la butaca y luego a cara cuadrada, quien había dejado de sujetarme y se encontraba ahora directamente frente a mí.

El instinto de supervivencia se impuso al terror. Si no corría, mis sesos terminarían esparcidos sobre la alfombra en ese mismo momento. Le di la espalda y salí disparada por la puerta abierta, como un rayo. Ninguno de los guardias se movió. Salté los escalones y con un par de zancadas me vi envuelta por la espesura de la vegetación. Comencé a correr, el aire frío quemándome los pulmones, mientras una angustia casi irreal me apretaba el pecho. Las hojas

golpeaban mis brazos desnudos con la furia de un látigo, cortándome la piel.

No tuve el valor de mirar atrás, temerosa de que una bala perforara mi espalda en cualquier instante. Paré solo un momento, apenas lo suficiente para recuperar el aliento y escuchar el rugido de un motor a lo lejos. Era un jeep. Esa maldita me estaba siguiendo, y con ella, el peso de mi destino. No había salida. En ese preciso instante, un silbido cortante atravesó el aire, rozando mi oreja. La muerte estaba cerca, tan cerca que podía olerla, y sentí que ese día, en esa maldita selva, iba a ser el último de mi vida.

Corrí, porque el instinto de supervivencia aplastaba cualquier vestigio de cansancio o miedo. Corrí hasta que mi nombre se desvaneció de mi mente, hasta que olvidé quién era y por qué estaba en ese lugar maldito, hasta que el impacto me detuvo en seco.

No era el tronco de un árbol. Era un hombre. Un hombre grande, corpulento, un bloque de músculos tensos y vibrantes. Un muro de carne y fuerza.

Era Alec.

Lo primero que vi, al levantar la vista desde la tela verde de su camiseta en la que había estrellado mi rostro, fueron sus ojos. Negros. Tan oscuros y profundos que sentí que podía ahogarme en ellos.

Agarré sus bíceps, aferrándome con todas mis fuerzas a esa masa de músculos duros y calientes. Eran un refugio, un bastión sólido en medio de la tormenta que estallaba en mi vida. Mi vida, suspendida de un hilo tan frágil que un solo soplo bastaría para destruirlo.

—¿Qué sucede? — Su voz sonó como un trueno en medio del caos. Por un breve instante, una chispa de esperanza se encendió en mi pecho. Tal vez, solo tal vez, algo de mi sufrimiento le importaba.

—Me están cazando — jadeé, mirando sus ojos como si esperara que leyera mi desesperación—. Me atraparán, te lo ruego...

Era una estúpida. La desesperación me había llevado a rogarle a uno de los secuestradores de mi padre que me salvara. El sonido de las ruedas del jeep aplastando la maleza a su paso resonó detrás de mí, cortando el aire con su fuerza. No tuve el valor de girarme cuando escuché el familiar ruido de la puerta abriéndose y cerrándose. Unos segundos después, el sonido metálico de un rifle al ser cargado perforó la tensión del aire. Apreté los ojos hasta que me dolieron y encogí mi cabeza entre mis hombros, como si eso pudiera hacer alguna diferencia.

—Alec, así me quitas toda la diversión. —La voz de la perra de Grace se coló en el aire como una serpiente venenosa. Me giré, los ojos ardiendo de furia y miedo. ¿Es posible sentir

terror y odio al mismo tiempo? Sí, a juzgar por cómo me sentía.

—¿Qué piensas hacer, Grace? —La voz de Alec resonó como un trueno. Y, aunque no lo quería admitir, yo también temblé bajo su tono.

—Déjala ir, solo quiero divertirme un poco. Si la sujetas no tiene gracia, la atrapo en un parpadeo —la escuché quejarse, su voz arrastrada por el capricho.

Por algún inexplicable motivo, me apreté al cuerpo de ese hombre rudo y desconocido. Ni yo misma sabía qué esperar. No era nada para él, seguramente me daría como alimento a esa mujer con la que había compartido la cama. Alec no me rechazó ni me acogió. Y eso ya era algo. Dejé que me aferrara al calor de su cuerpo. Era grande, ancho y caliente.

—Déjala, Grace. —Me volteé apenas.

La perra arqueó una de sus perfectas cejas con desdén. —¿Por qué? —Su tono era más de curiosidad que de indignación.

El silencio se alargó, y el temor se apoderó de mí: ¿y si Alec cambiaba de idea? ¿Y si me entregaba a ella de nuevo? Pero no. Su voz cavernosa resonó de nuevo entre la vegetación.

—Porque la quiero para mí.

Esas palabras hicieron que las piernas se me aflojaran. Alec debió notarlo, porque con un solo brazo me sostuvo, evitando que cayera. El movimiento nos acercó aún más, nuestros cuerpos casi fusionándose.

—¿La quieres? —También Grace tenía que estar incrédula, sobre todo considerando que le había calentado la cama esa misma mañana.

—Sí. Es mi mujer.

— ¿Tu mujer? ¿Y desde cuándo?

—Desde ahora.

Me giré y me apreté contra él, rodeando su cintura con los brazos. Esa declaración alivió un

peso en mi pecho, como si, por fin, tuviera algo a lo que aferrarme. Tal vez, solo tal vez, aún había esperanza de salvarme.

—¿Pero te das cuenta de lo que estás diciendo? ¡Es la hija de Gregory Kent! ¡Moses logró extorsionar a su familia: a cambio del viejo, una suma que nos asegurará para toda la vida! Y ella no es más que... —Grace parecía buscar palabras que pudieran describir lo repulsiva e insignificante que yo le resultaba—... ¡ella no entiende nada! ¿Lo comprendes? ¡Nada!

Alec no mostró ningún cambio en su rostro, su expresión permaneció inmutable, como si las palabras de Grace no hubieran tenido ningún efecto en él. Grace no se detuvo. —¡Tú también deberías querer lo mismo, Alec!

—¡He dicho que es mía y que nadie le hará daño! —Su voz retumbó, clara y firme, alcanzando a todos los presentes: Grace, *Cara Cuadrada*, y los dos matones que se habían quedado en la parte trasera del jeep. Luego, Alec redobló la apuesta, apretándome contra su cuerpo con tal fuerza y posesividad que me quitó el aliento. Su calor me envolvía por completo, de la cabeza a los pies. Y no solo eso. Después del secuestro de mi padre, del linchamiento al que había sobrevivido y de todo lo que había soportado, estar en sus brazos, tan cálidos y protectores, me dio una sensación de bienestar que jamás habría imaginado. Un extraño, un enemigo, pero en ese momento, ese abrazo me resultó inesperadamente reconfortante, aunque inquietante.

—Trata de no meterte en problemas, Grace —dijo Alec, su tono intransigente, casi amenazante—. No seré tolerante si desobedeces mis órdenes.

La mujer no respondió de inmediato. Su mirada desafiante no vaciló, sin embargo, no se atrevió a replicar. Sus ojos se clavaron en mí con una furia silenciosa, como si estuviera dispuesta a matarme solo con la mirada. Finalmente, se dio la vuelta y subió al jeep. El grupo se alejó, dejando atrás el tenso silencio.

Una vez fuera del alcance de sus ojos asesinos, me sentí empujada hacia el camino sin

mucha consideración. ¿Qué había sido del abrazo? Desvanecido, como un espejismo. Pero no importaba. Lo que quedaba en mi mente era la imagen de Grace, con el fusil en mano, lanzándome una mirada fulminante, la expresión más cruel que jamás hubiera visto.

Capítulo 11

—¿Por qué lo hiciste?—pregunté, con la voz quebrada, aunque no esperaba respuesta.

No hubo ninguna.

—¿Por qué me salvaste? —Exhalé con dificultad, luchando por mantener el ritmo a su lado mientras atravesábamos la densa selva. Cada paso era un desafío. El flequillo me caía constantemente sobre los ojos, y no dejaba de apartármelo, perdiendo tiempo, fuerza, y algo más. El terreno era accidentado, y yo no estaba segura de que pudiera seguir. No tenía fuerzas para continuar, para llegar a ningún lado. Quería regresar a casa, dejar atrás esa pesadilla que se me había hecho carne.

Mientras las piernas de Alec avanzaban con rapidez y precisión, las mías parecían encontrarse con un sinfín de obstáculos. Tropezaba con las raíces, perdía el equilibrio en cada paso, y mi torpeza era evidente. Pero lo que realmente me desestabilizaba, lo que me sacaba de quicio, era su comportamiento. ¿No estaba con ellos? ¿No pertenecía al mismo grupo de secuestradores y criminales? ¿No era Grace su mujer, su compañera? Todo en su actitud parecía indicar lo contrario, y me confundía aún más. ¿Qué significaba su intervención? ¿Qué quería de mí? ¿Cómo podía ser tan... diferente?

Concentrada en no tropezar de nuevo, no pude evitar estrellarme contra él. Su cuerpo era una muralla imponente, todos los músculos tensos bajo la tela de su camiseta, y ese olor a hombre que me envolvía. Se había detenido súbitamente sin que yo me diera cuenta. Levanté la mirada, y lo encontré nuevamente serio, casi inexpresivo, pero con algo oscuro y tenso en sus ojos. Era un hombre completamente diferente al que había visto antes, aquel que me había defendido con una audacia casi desconcertante. Ahora parecía estar luchando contra una cólera furiosa, y esa furia, para mi horror, parecía estar dirigida directamente hacia mí.

—No lo he hecho porque se trate de ti —su voz fue baja y firme, como una amenaza apenas contenida—. Lo he hecho solo para evitar que Grace cometa otra estupidez.

—¿Qué? ¿Cazar a las personas como si se tratara de bestias? —Recuperé un poco la distancia intentando mantener el equilibrio y mirarlo a la cara.

Él no respondió de inmediato. Se dio la vuelta y, con paso firme, continuó caminando hacia adelante, ignorándome por completo, como si mi pregunta fuera irrelevante.

—Exacto, más o menos —dijo, su voz grave flotando en el aire, mientras se alejaba de mí, dejando que mi mente intentara comprender la magnitud de sus palabras.

—¿Quiere decir que hubieras hecho lo mismo si hubiera sido otro el que estaba en la mira de su rifle? —Mi voz tembló ligeramente, aunque traté de disimularlo. La incertidumbre y el miedo se mezclaban con una rabia creciente.

Alec no se detuvo, siguió avanzando, su figura recortada contra la espesura de la selva. Por un momento, el silencio entre nosotros se hizo insoportable, solo interrumpido por el crujir de las hojas secas bajo nuestros pies. Cuando finalmente respondió, su tono era inexpresivo, distante, como si no le importara lo que yo pensara.

—Sí. Si no hubieras sido tú, habría sido otra persona. Lo hice porque no quiero que Grace gane. Eso es todo.

—Eres perspicaz. —El tono sarcástico de su voz hizo salir a la superficie todo el cansancio y la frustración acumulada, todo lo que había estado reprimiendo. No pude evitar apretar los puños, sentir cómo la impotencia se apoderaba de mí.

—No te agradeceré por esto. —Las palabras salieron de mis labios con más fuerza de la que esperaba. Era cierto. Me había salvado la vida nuevamente, pero no podía olvidar lo que había hecho, lo que él era. Había secuestrado a mi padre, era parte de esa maldita banda.

Alec me ignoró y siguió caminando, como si no existiera. Yo no tenía más opción que

seguirlo, aferrándome a la tenue esperanza de que si llegábamos a su casa, tal vez encontraría un respiro, aunque fuera por un instante. No podía arriesgarme a quedarme atrás, a tropezar con esa perra de Grace, que de seguro no me dejaría escapar. La imagen de su rifle y su mirada venenosa me mantenían alerta.

Finalmente, apareció ante mí la casa de Alec, una construcción aislada en medio de la selva, una especie de refugio. Al entrar, el aire fresco y algo más sombrío del interior me envolvió, como un alivio que no esperaba. A medida que mis pulmones absorbían la frescura de la penumbra, un suspiro involuntario escapó de mi pecho. Pero el cansancio y el agotamiento aún me aplastaban.

Me dejé caer en una de las sillas de madera, sin pensar en absolutamente nada. Ya no me importaba la compostura, ni siquiera mi orgullo. Estaba exhausta. Si hubiera tenido una manta o un rincón libre en el suelo, habría caído allí, no me habría importado. Mis piernas me dolían con cada respiro, mis pies ardían y cada paso se sentía como si me arrastrara a través del infierno.

Alec, por su parte, no me prestó atención. Se dirigió hacia la cocina con paso firme y regresó con una botella de agua. Sin más, comenzó a beber con avidez. Los sorbos eran largos y profundos, dejando que el líquido recorriese su garganta, haciendo surcos en su piel mientras caía por su torso. Algo en ese gesto tan simple me atrapó. Era un espectáculo primitivo, algo que no podía ignorar, que me dejó una extraña sensación en el estómago, un nudo incómodo que se fue expandiendo.

El sonido de su garganta tragando, de la botella vaciándose poco a poco, me hizo recordar de repente mi propia sed.

—¿Quieres beber? —me preguntó, extendiéndome la botella. Los buenos modales estaban a años luz, así como los vasos.

La tomé con la mano, consciente de cómo mis dedos temblaban al contacto, tratando de ocultar la urgencia que sentía por satisfacer esa sed. Pero, al rozar sus dedos, algo extraño

ocurrió. Fue como si una corriente eléctrica me atravesara de arriba abajo, un estremecimiento tan fuerte que me hizo retroceder mentalmente. Bajé la mirada, incapaz de sostener su mirada fija sobre mí. El peso de su presencia, tan cercana, era demasiado.

Debía concentrarme, recordarme que estaba prisionera de este hombre, pero mi mente no dejaba de desviarse. Pensaba en sus brazos musculosos, en su rostro endurecido, en la forma en que me había atrapado en su abrazo, un gesto lleno de fuerza y posesión. Y me preguntaba, aunque con cautela, qué habría sido de mí si realmente fuera suya, aunque sólo fuera por un fugaz momento. ¿Cómo habría sido? ¿Una sola noche, tal vez, entregándome sin reservas?

Mis pensamientos volvieron a Leonard, a su calma distante, a sus caricias suaves y casi frías. Estaba acostumbrada a ese toque refinado, a su abrazo sin necesidad de pasión. Pero Alec... Alec era diferente. Su contacto era rudo, viril, como si toda su esencia estuviera impregnada de fuerza bruta. Me preguntaba cómo sería estar en sus brazos, qué sentiría al ser tomada por él, sin dulzura, sin suavidad. Todo lo que imaginaba, me aterraba y a la vez me atraía de una manera extraña y desconcertante.

Tragué el agua con avidez, sintiendo cómo calmaba un poco la quemazón de mi garganta. Pero mi mente seguía acelerada, luchando por encontrar alguna forma de romper el hielo, de sacar alguna palabra, algún pensamiento coherente. Me sentía atrapada, arrastrada por algo que no podía controlar. Estaba sucumbiendo bajo su control, bajo la implacable presencia de su cuerpo, bajo la influencia de toda esa testosterona que ese hombre tan poco civilizado emanaba. Había algo primitivo, casi salvaje en él, algo que me atraía y me desbordaba, algo que me resultaba fascinante y aterrador a la vez.

Sus ojos no me dejaban en paz. Me miraba de forma tan directa, tan penetrante, que me sentí completamente expuesta, desprotegida. No había piedad ni suavidad en su mirada, solo una evaluación fría, calculadora. Como si fuera un objeto, como si fuera algo que podía juzgar, clasificar y desear. Era como si no estuviera viéndome a mí, sino lo que podía sacar de mí, lo que podría poseer. Estaba evaluando la mercancía. De nuevo. Vi su mirada detenerse en mi pecho y

luego en mis caderas, a la altura de la pelvis. Aunque estaba cubierta por la ropa, me parecía que me estaba mirando como si estuviera completamente desnuda. Es decir, lo que poco antes había hecho yo con él, ahora él lo estaba haciendo conmigo.

—Quiero regresar a mi casa. Podemos hacer un trato. —Mis palabras salieron con un toque de desesperación, pero también con un atisbo de desafío. Lamiéndome los labios, traté de mantener la compostura, aunque sabía que mi voz vacilaba.

Alec se quedó de pie, firme como una roca, sus brazos cruzados sobre el pecho, y pude ver cómo los músculos de sus bíceps se tensaban y se hinchaban bajo la tela de su camiseta. Cada pequeño movimiento suyo me parecía magnético, como si su presencia pudiera aplastarme sin esfuerzo.

Cuando lo miré a los ojos, su expresión no cambió. Esa sonrisa fría que apareció en sus labios no fue más que una curva insípida, sin ningún rastro de calidez. En cambio, lo que me heló por completo fueron sus ojos, esos ojos oscuros que parecían no reflejar ni una chispa de emoción. Era como si me estuviera observando desde un lugar distante, frío, calculador.

—¿Qué te hace pensar que yo quiero hacer un trato contigo, Isabelle? —dijo, su voz grave y suave, casi como un susurro, pero cargada de una amenaza implícita que no podía ignorar.

El aire entre nosotros se tensó, y aunque traté de mantenerme firme, una parte de mí temblaba ante la frialdad de sus palabras. ¿Qué estaba esperando de mí? ¿Qué tipo de trato pensaba que podría ofrecerle?

Me humedecí los labios, mi nombre en su boca parecía algo pecaminoso. No debía pensar en ello. —Mi familia es muy rica. Ya hemos hecho una transferencia a tu amiga, pero puedo organizar otra, directamente a ti, si así lo prefieres. No tomará mucho tiempo reunir una suma considerable. Podemos pactar una cifra que consideres justa... La estableceremos tú y yo, quedarás satisfecho, puedo asegurártelo. —Mis palabras parecían flotar en el aire, temblorosas, pero la mirada fija de Alec me atravesó como un rayo. La tensión entre nosotros se volvía

palpable, una electricidad densa que me dificultaba respirar. No era solo la oferta de dinero lo que estaba jugando aquí, sino algo mucho más primitivo, algo que ni siquiera podía entender del todo.

Cuando se separó de la mesa y dio un paso hacia mí, pude sentir su presencia a cada respiro que tomaba. Su olor, a hombre, a algo salvaje e incontrolable, me envolvió por completo, y me costó un esfuerzo sobrehumano no sucumbir a la sensación de que me estaba invadiendo. Era olor a hombre, a virilidad, un olor que me traía a la mente la idea de perderme entre las sábanas, al amanecer o bajo el cielo estrellado, sin prisas, rendida sobre ese cuerpo fuerte y dispuesto. Cerré los ojos con la esperanza de apagar ese pensamiento, pero su mirada fija me hizo intuir que, por alguna razón, había descifrado lo que me rondaba por la cabeza.

—¿Satisfecho has dicho? —La forma en que repitió la palabra me estremeció, como si estuviera evaluando algo mucho más allá de lo que yo intentaba ofrecerle.

—Sí... —jadeé. Mi voz salió más suave de lo que hubiera querido, y mis labios se sintieron extrañamente secos.

Alec sonrió, pero no era una sonrisa de satisfacción. Era algo mucho más peligroso, como si me estuviera evaluando con una mirada que sabía más de mí de lo que yo misma quería admitir.

—¿Qué sabes tú acerca de lo que me deja satisfecho? —Su tono era bajo, pero cada palabra resonó en mi pecho como un eco.

Era una pregunta inocente pero el tono con el que la formuló no tenía nada de casto. Era sexual, carnal, posesivo. ¿Qué sabía? Nada, pero hubiera querido hacerlo.

Me resistía a bajar al mismo nivel, aunque ya lo compartíamos, porque sentía en cada fibra de mi ser la intensidad de la energía que emanaba de él.

—Estoy segura que una fuerte suma sabría calmar tu apetito. —Mis palabras le hicieron estirar los labios en una sonrisa depredadora, los ojos más agudos y despiertos que nunca. Algo

se derritió dentro de mí, un deseo escondido que no pensaba poder experimentar, un deseo profundo de sentirme colmada por él que me hicieron humedecer en medio de las piernas. Por instinto las apreté y mi movimiento capturó su atención y la llevó a mi ingle. Estaba condenada.

—¿Qué te hace pensar que me interesa el dinero?

—El dinero les interesa a todos —farfullé con la boca seca.

Su mirada se volvió glacial, dejándome claro que había dicho lo que no debía.

—Ese es el problema de ustedes, los estadounidenses “civilizados”. Son arrogantes, se creen mejor y piensan que el dinero puede justificar cualquier acción.

—Si tuvieras mucho dinero, podrías vivir de otro modo.

—O no.

Estaba impacientándome por su continuo jugar al gato y al ratón y, también, por mi reacción. Mi cuerpo me traicionaba. En lugar de rechazarlo lo deseaba, quería rodar con él en cualquier sitio, meterle mano, tomar posesión de esa parte de su cuerpo que debía ser tan arrogante como él mismo se estaba mostrando... —¿Qué quieres entonces?

La pregunta pareció despertar algo en Alec, como si una bestia dormida se hubiera despertado a mi interrogante, algo salvaje y primitivo que había permanecido en silencio por demasiado tiempo. Me miró fijamente a los ojos, luego su mirada descendió hacia mi boca, y de reojo capté el contorno de sus labios, grandes, carnosos, severos. Entre nosotros, un extraño flujo de energía recorrió el espacio.

—Lo que quiero, lo tomaré. Y no serás tú quien me dé permiso para hacerlo.

Se separó unos pasos y lo sentí exhalar, como si estuviera recogiendo aire e ideas. ¿Lo confundía? ¿Lo irritaba? Tal vez ambas cosas.

—Vamos de cacería. Ponte algo más adecuado. Hay un armario en el piso de arriba, en el cuartito. Busca allí.

—No iré de cacería contigo. No haré nada contigo.

Se encogió de hombros con indiferencia. —Como quieras, quédate aquí a esperar a Grace. Viene a buscarme con frecuencia, ¿sabes?

Las últimas palabras las pronunció lentamente, como si se asegurara de que las comprendiera perfectamente. Desgraciado, hijo de puta.

A grandes zancadas, comencé a subir las escaleras. ¿Dónde había dicho que estaba el armario? Cada paso era una mezcla de rabia y urgencia. Mientras mis pies golpeaban los peldaños con furia, algo más se agitaba dentro de mí. No era sólo miedo lo que sentía.

Capítulo 12

Comencé a sentir un dolor de cabeza insoportable, y no hacía falta preguntarme por qué. Tenía razones más que suficientes para estar mal. Haber escapado de la cacería, mi padre -que esperaba que hubiese regresado a casa sano y salvo-, la preocupación que le estaba causando a mi familia, mi incierto futuro con ese hombre imposible que era Alec y la pandilla de psicópatas con la que me había topado. Mi vida, que solía ser tranquila y predecible como la de cualquier médico, se había transformado en un torbellino, en una tormenta perfecta de la que no sabía si lograría salir... viva.

Si había algo sorprendente en toda la historia, era el paisaje: nunca había visto tanto verde en mi vida. Plantas desconocidas, una vegetación nueva y exuberante. Vagué con la vista por todo el entorno hasta que finalmente la posé sobre Alec. Había salido con un arco que ahora se extendía frente a él. Estúpidamente, contra mi voluntad, la imagen me fascinó. El bíceps se hinchaba al tensar la flecha, su rostro se contraía en el esfuerzo de centrar la mira, y todos los músculos de su cuerpo estaban tensos, casi al límite. Hubiera sido una venganza perfecta gritar para hacer que la presa escapara, pero ese hombre era demasiado sombrío como para no temer su reacción. Aunque el deseo de desafiarlo era enorme, no podía arriesgarme demasiado. Disparó la flecha. Escuché el silbido y seguí su trayectoria con la mirada: la vi detenerse entre el verde. Alec se movió y me coloqué detrás de él, conteniendo la respiración para ver qué había cazado. Estaba segura de que ese maldito dardo mortal se había clavado en el tierno pecho de algún animalito inocente. Lo vi levantar dos largas orejas de conejo, con el cuerpo sin vida de la pobre criatura colgando de sus enormes manos. Asesino.

—¡Eres un monstruo! —chillé. Y era cierto: aborrecía cualquier forma de violencia contra los animales y encontraba repulsivos a todos los que la perpetraban.

—¡Y tú una estúpida! —El reproche llegó como una ducha de agua fría, con una voz baja

pero llena de autoridad. ¡Como si fuera yo a quien había que insultar!

—¿Cómo te atreves, asesino de conejos, de pobres y pequeñas bestias...?

No tuve tiempo de terminar la frase antes de que él estuviera encima de mí. Apenas dio dos pasos en mi dirección, pero fueron suficientes para eliminar por completo la distancia entre nosotros. Su cuerpo me sobrepasaba en altura al menos por dos cabezas. Sus ojos eran dos rendijas, pero, a pesar de eso, pude distinguir el mar negro que eran sus iris. El instinto me decía que retrocediera, pero no lo haría por nada del mundo. Todo en él era una amenaza: su postura, los músculos tensos, los labios contraídos. Meforcé a no dejarme amedrentar por esa presencia tan intimidante.

—Para tu información, los conejos no son parte de la fauna típica australiana. Pero eres tan arrogante que ni siquiera pensaste en ello, ¿cierto? —Elevó las cejas. Era cierto, en efecto, al pensar en Australia lo primero que me venía a la mente eran canguros, no conejos.

—No quiere decir nada —rebatí, tomada por sorpresa.

—Pero hay una razón por la que están aquí: un experimento de mierda que ha amenazado con destruir todo nuestro ecosistema.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Alguna vez oíste hablar de un tipo llamado Thomas Austin?

—No —respondí, porque era cierto.

—A finales del siglo XIX, tuvo la idea de liberar conejos salvajes en Australia. El resultado fue catastrófico: sin depredadores que los frenaran, se multiplicaron sin control y causaron un daño colosal al ecosistema. ¿Nunca has estudiado esto?

—No lo sabía —farfullé, irritada. ¿Cómo iba a estar al tanto de las dinámicas de la fauna de otro continente? Y, para ser un misántropo misógino, sabía bastante más de lo que me hubiera esperado.

—Para detener este desastre, se introdujeron enfermedades que redujeron su número considerablemente. Pero la batalla sigue, así que —levantó el cadáver por las orejas— no vengas a darme lecciones de moral sobre algo que no comprendes. —Se alejó, dejándome desconcertada. ¿Era real esa historia de los conejos? Quizá debería informarme, pero algo me decía que no estaba inventando. Alec no era el tipo de persona que contara cuentos. Tenía que ser cierto.

Lo seguí sin emitir una palabra, avanzando por la selva hasta llegar a las aguas cercanas de un arroyo. Lo observé mientras destripaba, pelaba y luego enjuagaba a la desafortunada criatura. Sus movimientos eran rápidos, hábiles, sus manos expertas y letales en el proceso. —No me gusta matar animales —dijo dándome la espalda, sin que yo le hubiera hecho ninguna pregunta. Lavaba la carne, que poco a poco tomaba un color rosado. —Pero los hombres comemos carne, y no voy a negar mi naturaleza. Sería absurdo.

—También como carne, no mucha, pero la como —respondí, casi como si tuviera que justificarme.

Alec me miró y asintió de forma brusca.

—Bien, porque la cena no ofrece otra alternativa.

Fantástico, la clásica hospitalidad australiana: cómo hacer sentir a gusto a una víctima de secuestro.

Avanzamos en silencio hasta la casa. Aunque todavía aturdida, sentía una mezcla de curiosidad y desconfianza. El silencio entre nosotros me había dado mucho en qué pensar, y aún no lograba entender qué quería de mí ni cómo podría salir de esa situación. Lo espíé mientras caminaba delante. Su paso era firme, el de alguien que conocía ese terreno como si fuera suyo. Ese hombre no temía la selva; era su hábitat natural. No parecía tener intención de hacerme daño, al menos no en ese momento. No me tragué la historia de que había salvado a alguien de las garras de Grace, la puta. Si lo había hecho, debía haber una razón y yo descubriría cuál era.

Tenía que comprender con exactitud qué quería de mí.

Una hora después, estábamos sentados en la mesa. Ya me había duchado y cambiado de ropa. A juzgar por sus cabellos mojados, él también había hecho lo mismo. Al estar el cabello recogido, su cuello quedaba expuesto, y, de alguna manera, una idea extraña se apoderó de mi mente. ¿Quién sabe si sería sensible detrás de la oreja, como yo? ¿Quién sabe cómo habría sido recorrer con la lengua esa parte tierna e indefensa de su piel? Inmediatamente me arrepentí; no podía haber nada tierno ni indefenso en ese hombre. Me miró fijamente con una expresión sombría, empujando un plato hacia mí. Había dos trozos de carne asada que, por su aroma y aspecto, me despertaron el apetito. Tan rudo en el lenguaje y en los modales, como educado y respetuoso frente a la comida y los comensales, aunque en ese momento la única allí era yo. De repente me habló y estaba tan distraída que casi me asusté al oír su voz.

—¿Por qué me miras de ese modo?

Lo observaba fijamente sin darme cuenta.

—No lo hacía a propósito. Solo pensaba que... no entiendo por qué no eres como ellos.

No hacía falta especificar a quiénes me refería. Era cierto, no comprendía qué diferencia había entre los captores de mi padre y los míos, y él. No formaban parte del mismo grupo. Él era respetado y temido. Cuando había amenazado a Grace, ella se había inclinado, y no solo por una cuestión de género. Había reconocido su autoridad.

—Soy alguien que prefiere estar solo —respondió él. No, no era solo eso.

—En parte no te culpo. Ellos son delincuentes, mientras que tú... eres diferente.

Él soltó un sonido desdeñoso, como si lo que acababa de decir fuera una tontería.

—No soy diferente, simplemente creo que ciertos comportamientos son una pérdida de tiempo. El pasado no regresa, nadie puede devolvernos lo que hemos perdido.

—¡Pero secuestrar a gente inocente los convierte en la peor clase de personas! —Intenté

moderar el tono de mi voz porque comenzaba a enfadarme.

—No soy responsable de las acciones de Moses.

—¿Quién es Moses?

—Mi hermano.

Así que ese hombre, que parecía una versión más envejecida de él, era su hermano. Era malvado, lo había intuido al ver la expresión en su rostro en el preciso instante en que permitió que Grace me cazara.

—¿Tu hermano y Grace están juntos? —Me miró con curiosidad y luego estalló en una carcajada. Al parecer, después de todo, sí sabía reír.

—No, Grace no está con nadie. Y tampoco con Shein, si es eso lo que te preguntas.

—Ah, ¿te refieres a Cara Cuadrada?

Arqueó una ceja. Cuando reía, era como si se transformara en otro hombre: más relajado, parecía incluso más joven. Y, Dios, se ponía tan guapo.

—No, no está tampoco con Cara Cuadrada. A decir verdad, creo que quiere estar conmigo.

Era la conclusión a la que cualquiera hubiera llegado al verlos. —Pero...

—Pero follamos, y eso es todo. —Adoptó nuevamente una expresión seria y, mirándome a los ojos sin parpadear, lo dijo con una simplicidad desarmante. Era algo primitivo, pero, si lo pensaba, me resultaba increíblemente excitante y esencial.

—Está bien, follas de vez en cuando con Grace y vives a distancia de ellos. Pero, ¿Por qué hacerme daño se volvió su principal objetivo? No, perdón, quieren acabar conmigo.

¿Y qué te lleva a intentar ahorrarme eso?

No contestó, pero su mirada desafiante hablaba por él. Con sus ojos penetrantes clavados en mí, parecía decir: “Te escuché, pero solo responderé a lo que yo decida”.

—Creen que hay una deuda que debe saldarse.

—Ya la saldamos pagando el rescate. De hecho, pagamos de más, fue una extorsión.

—Pero ellos sienten que no ha sido suficiente.

—¿Por qué me tomaste? —pregunté, presionándolo. No me daría por vencida hasta lograr alguna respuesta.

—Te habrían matado, ya te lo he dicho —respondió. Un escalofrío bajó por mi espalda, porque sabía que era cierto. La ira creció dentro de mí como una marea furiosa, y no pude contenerla. Me levanté bruscamente y empujé el plato, haciendo que los huesos cayeran. ¿Qué son, una pandilla de asesinos?

Alec permaneció en silencio, impasible, sin moverse de su asiento. —Hay razones por las que mi hermano se comporta de esa forma.

—Claro, seguramente son razones muy nobles. ¿Y Grace? ¿Qué hay de Grace? ¿Lo hace porque te quiere solo para ella?

No contestó, simplemente me miró fijamente. Me senté nuevamente, tratando de recuperar al menos un poco de control.

—¿Qué motivos?

—Personales.

—¿A qué te refieres?

—Tu padre cometió varios errores y causó mucho daño. Y eso, ellos no pueden perdonarlo. Nadie puede.

—¿Y tú? ¿Tú puedes perdonarlo? No sabía a qué errores se refería, pero en ese momento necesitaba saber de qué lado estaba: ¿del lado de los que querían mi cabeza o no?

No respondió. Me miró fijamente y siguió comiendo, dejándome claro que no me debía nada, ni siquiera explicaciones. Decidí cambiar de enfoque.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar contigo?

—Aún no lo sé, depende.

—¿De qué depende? —Mi paciencia ya había llegado a su límite, de hecho, había sido superada con creces.

—De cuán agradable me resulte tu presencia. O no. —Un destello apareció en sus ojos, y en ese instante, recordé lo que había dicho frente al clan. Que yo era intocable porque era suya. Suya.

—No estaré contigo —dije con convicción, sin apartar la vista de él. Me observó de tal modo que algo dentro de mí se retorció en una mezcla de vergüenza y confusión. No estaba segura de qué lo provocó, tal vez la forma tan directa en que me miró o esos ojos llenos de ferocidad que generaban una sensación turbulenta en lo más profundo de mi ser.

—Tienes a Grace si quieres follar. O puedes conseguirte una hembra de cualquier especie. Escuché que ustedes los salvajes lo hacen. —Quería ofenderlo, herirlo deliberadamente.

La sonrisa genuina que había mostrado antes se desvaneció, reemplazada por una mueca.

—Estás cambiando el favor que te hice salvándote el trasero, con sexo Isabelle. Cuando quiero una mujer la tomo. Y cuando sucede, te aseguro que no lo hago nunca por la fuerza. Si no opones resistencia será agradable también para ti. —La intensidad de su lenguaje y el tono de su voz me hicieron sentir una profunda vergüenza, y aún más, provocaron una sensación de incomodidad en mi interior. No podía negar que lo que decía era cierto, mi cuerpo lo sentía en cada palabra. Estaba en problemas. Me moví nerviosa en la silla, incapaz de permanecer quieta.

—Bien, pero creo que esto debe quedar claro, dado que tengo un novio que me espera. — No sabía por qué, pero en ese momento, la idea de Leonard ya no me resultaba tan atractiva. Su imagen me aparecía descolorida y carente de atractivos, si la comparaba con la insolencia de Alec. Con consternación, me di cuenta de que no había pensado en él ni una sola vez desde que había llegado a Australia. Lo había relegado a un rincón oscuro de mi memoria, olvidado y

distante.

—Nos casaremos —agregué, aunque no había necesidad de mencionarlo, ya que Alec no había hecho ninguna pregunta. Continuaba observándome en silencio. Algo movió sus labios, quizás el atisbo de una sonrisa. Mis orejas comenzaron a arder.

—¿Y cómo es follar con Leonard?

El tono crudo de sus palabras, provenientes de esos labios lascivos, debería haberme ofendido, haberme hecho sentir humillada como mujer. Pero no eran esos los sentimientos que experimentaba. Una sensación cálida y ardiente se apoderó de mi bajo vientre, algo que no lograba descifrar, pero que me dejaba con una necesidad tan profunda que rozaba el dolor.

—Muy satisfactorio —repliqué, aunque sabía que era una mentira. La sonrisa arrogante que tanto me irritaba se dibujó nuevamente en su rostro.

—Ahora sal de aquí —me indicó. Odiaba tener que acatar sus órdenes, pero la idea de quedarme en esa habitación después de todo lo que se había dicho me ponía nerviosa. Con irritación, me levanté y me marché.

Capítulo 13

—Grace está furiosa contigo.

—Lo sé.

—Y Shein también. No lo deja ver, pero no le agrada la idea de que tengas a la chica.

—También lo sé.

—Y tampoco yo, hermano. No entendemos por qué. Ninguno de nosotros ha sido capaz de hacerlo.

Moses quería una explicación, y tenía todo el derecho a pedirla. Llegó a mi casa esa tarde, cuando yo estaba sentado en una de las sillas del patio, manipulando el arco que utilizaba para cazar. Mi puntería había sido impecable, como siempre, pero eso solo se debía a la atención que le daba al mantenimiento del arma. Moses se acercó sin hacer el menor ruido, pero mi instinto me alertó de su presencia. Estaba solo y deseaba respuestas que ni yo mismo tenía.

—La afrenta de Gregory Kent es de tal magnitud que la sangre de su hija no bastaría para redimirla.

—Lo sé —gruñí con los dientes apretados. Lo sabía bien. Pero mi cuerpo se negaba a permitir que Isabelle fuera ejecutada. No podía permitirlo. El solo pensar en ello me hacía hervir la sangre.

—Nuestros padres murieron de pena, con el corazón destrozado al perderte. Cuando volviste, ya no estaban. ¿Lo has olvidado?

Mis ojos se clavaron con fuerza en los ojos de mi hermano. No podía echarme en cara algo así. El recuerdo seguía fresco, como si hubiese ocurrido ayer: el helicóptero de Kent aterrizando en el bosque, dejándome solo, desnudo, tembloroso y a punto de sucumbir. Estaba desnutrido,

me habían sometido a una serie de estudios de privación de alimentos. Había sufrido hambre hasta casi morir. Ella era la única esperanza que me mantenía con vida cada día. La idea de verla. Venía a intervalos regulares pero pasaban varios días entre una visita y la otra. Estaba siempre con su amiga, esa que tenía miedo. También ella lo sentía, pero se acercaba a la jaula y me llevaba pan. No olvidaría nunca esos ojos dorados como la miel. Pero luego me sacaron de allí, me llevaron a una prisión donde ella ya no venía a verme y donde nadie me traía pan. Fue allí cuando realmente creí que moriría. Cuando el helicóptero me dejó en el bosque y logré encontrar el camino a casa, todo había cambiado para mí. Mi familia ya no existía, solo quedaban Moses, Grace y Shein, con su sed de venganza.

—No podría olvidarlo nunca.

—Entonces trata de cambiar de idea acerca de ella y rápido. Todos estamos empezando a ponernos nerviosos.

Tenía razón, y yo no tenía forma de justificar mi comportamiento. ¿Cómo podía explicarles que, en lugar de querer matarla, lo único que deseaba era protegerla?

—Solo quiero divertirme un poco. Luego será toda suya.

Moses pareció contentarse con esa respuesta y se alejó, dejándome con esa enorme mentira en los labios y una fuerte opresión en el pecho.

Miré en dirección a la puerta. Isabelle se encontraba dentro, estaba seguro de ello. No sabía que estaba haciendo, tal vez había escuchado nuestra conversación. No me importaba, lo único que contaba era que no supiera que ejercía un poder tan grande sobre mí. Solo pensarlo hacía que me sintiera furioso. Respiré hondo para calmarme. Moses tenía razón, debía librarme de ella lo antes posible.

La selva podía ser bastante engañosa, especialmente para una mujer de ciudad como yo.

—Obviando el pequeño detalle de que me tienes prisionera contra mi voluntad, permíteme

decirte algo: no estás bien. Nadie en su sano juicio viviría confinado en un lugar como este, apartado de todo, sin las mínimas comodidades que la gente civilizada tiene.

Mi observación me valió una mirada cargada de desprecio, o algo que se le asemejaba. Alec me observó con tal profundidad que, por un instante, me hizo preguntarme si la que estaba fuera de lugar era yo.

—¿Qué es lo que me falta, dime: el smog de los autos que me obstruye los pulmones? ¿El ruido ensordecedor de las bocinas? ¿La comida chatarra? Ilumíname.

Esa condescendencia venenosa lo hizo parecer aún más odioso ante mis ojos. No solo era su prisionera, sino que además se burlaba de mí.

Mis pies cayeron sobre un tapiz de helechos, pisando algo blando cuya composición no quise indagar.

—¡Esas no son las únicas cosas! El agua caliente por ejemplo, ¿cómo puedes estar sin ella? La televisión, la calefacción... una computadora, un móvil. ¿Cómo te las arreglas sin todo eso? ¡Es como rechazar la civilización y retroceder en el tiempo!

De repente se detuvo, su cuerpo tenso, en sintonía con las palabras que pronunciaría a continuación.

—¿Qué sabes tú sobre la civilización? La civilización no puede separarse de la humanidad. ¿De verdad crees que tu mundo está lleno de ella? ¿Crees que ser civilizado es lo mismo que ser humano? —Su pregunta me pilló por sorpresa. ¿Qué demonios quería insinuar con eso?

—Trabajo en un hospital, en contacto con enfermos todos los días y te aseguro que una mínima dosis de humanidad es esencial en ese entorno. Si no la tuviera, no sería capaz de realizar mi trabajo. Gente de todo tipo llega allí, personas que a veces no querrías tocar, ni siquiera con guantes. Y sin embargo debes asistirlos, dar lo mejor de ti. Salvarlos, cuando es necesario.

—Te llenas la boca con palabras bonitas, pero no tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—Seguimos caminando, mientras sus palabras hacían hervir mi rabia. Su arrogancia era realmente insoportable.

Llegamos a un área circular, donde los árboles altos brillaban por su ausencia. El terreno había sido desforestado y, en el centro, había un enorme tronco talado, perfecto para cortar los troncos que descansaban a su alrededor. El trabajo estaba casi listo para retomarse y parecía que no tomaría más que unos segundos hacerlo.

Lo vi posicionarse junto al tocón, subirse las mangas de la camisa hasta los codos, posicionar un tronco pequeño en la gran base, alzar el hacha y luego golpear con vigor.

Una oleada de irritación subió desde mi estómago hasta mi pecho. Me había forzado a despertarme temprano para arrastrarme hasta lo más profundo de la selva, mientras él se dedicaba a su trabajo de forma salvaje y primitiva, sin preocuparse por lo que yo debería hacer mientras él... mientras él levantaba el hacha, hinchando los músculos de sus brazos, para luego dejarlos caer con pesadez, acompañado de un resoplido...

¿Cómo lograba esa bestia ser tan insoportable? Parecía tener el don de hacerme perder la paciencia. Podía fastidiarlo, eso es lo que podía hacer. Me acerqué a él, retomando la conversación interrumpida.

—Una cosa sé con certeza. Tu familia no es un ejemplo de civilización. ¿Qué clase de personas secuestran a un hombre y luego a su hija?

El hacha permaneció suspendida, a mitad de camino, y durante un largo instante temí que tuviera la intención de hacer algo desafortunado. Estábamos completamente solos, sin nadie en un radio de kilómetros, y en su mirada brillaba una chispa de lúcida cordura. Él hubiera podido hacerla girar horizontalmente en lugar de hacerlo en forma vertical y así me habría cortado la cabeza limpiamente. Un estremecimiento subió por mis piernas. Mantuve la posición, los hombros erguidos a pesar del hielo que se había condensado en mi espalda. Intenté leer lo que pasaba en esos ojos, pero eran imposibles de descifrar. El hacha descendió con fuerza sobre el

tronco, pero fue el último impacto antes de que descansara ambas manos en el mango, buscando recuperar el aliento.

—¿Y de tu padre, qué sabes? ¿Tienes idea de lo que hizo durante su vida?

La pregunta me tomó por sorpresa. Traté de formular una respuesta rápida, tajante, pero lo único que encontré en mi mente fue la verdad.

—Claro que lo sé. Ha construido un imperio económico, fundando una influyente farmacéutica, pero está en proceso de retirarse de los negocios. Leonard lo reemplazará.

—Leonard —me hizo eco con un tono insolente, sin separarse ni por un instante del mango del hacha.

—Sí, exacto, mi novio —precisé con orgullo. Esperaba que esa declaración lo sorprendiera, lo devastara, lo hiciera sentir loco de celos. ¿Dios mío, por qué deseaba algo así?

—Quizá Leonard pueda compartir contigo algunas anécdotas sobre tu padre y su forma de trabajar. Especialmente sobre cómo dirigía su empresa hace algunos años atrás. Estoy seguro de que no estarías tan orgullosa.

¿Qué demonios quería decir con eso? ¿Qué sabía él?

—No sabes de lo que hablas —le respondí, escupiendo mis palabras como si fueran veneno.

Él me ignoró, así que aproveché el momento para desahogarme.

—No sabes cómo justificar el comportamiento despreciable de tu familia y te atreves a lanzar calumnias sobre la mía. Eres como esos que no pueden soportar el éxito ajeno. Nunca vi nada más infantil y patético. ¡De verdad me das pena!

Estaba tan llena de rabia que simplemente le di la espalda y comencé a caminar. Me orientaría hacia su casa. La tentación de huir de esa maldita selva me atormentaba, pero no era tan ingenua como para creer que podría sobrevivir por mi cuenta. No con esa clase de

delincuentes acechando. Necesitaba trazar mi fuga con cuidado, porque cualquier error me pondría directo en sus manos, y eso solo significaría una cosa: la muerte. Y yo, sinceramente, no estaba dispuesta a morir.

Marché furiosa, segura de que hallaría el camino e igualmente convencida de que no me seguía. Si algo había aprendido de ese hombre, era que no se doblegaría jamás.

Capítulo 14

Moría de hambre.

Abrí uno de los gabinetes de la cocina en busca de algo para comer. La furia, aunque no se había desvanecido por completo, había sido reemplazada por una sensación mucho más terrenal de debilidad. Al hurgar, encontré varios tarros de sopa de verduras. Tenía una reserva. Dado que no había nada más disponible, calentaría uno. Y aunque no estaba segura de que pudiera terminarlo, eso no significaba que mi intención fuera dejarle una porción a él. Hubiera preferido tirar las sobras antes que prepararle algo.

La cocina estaba inusualmente limpia, lo que me pareció extraño. Los hombres que conocía no se encargaban personalmente de la limpieza. Ni Leonard, ni mucho menos mi padre. Alec, en cambio, parecía un tipo metódico, un hombre ordenado, organizado. Eso me agradó, aunque me reprendí de inmediato por esa idea inoportuna y carente de juicio. ¿Cómo podía gustarme algo de él? Si en mí había el más mínimo vestigio de falta de sentido común, debía extirparlo cuanto antes.

No se podía llamar cocina a un espacio donde faltaban el gas y la electricidad. Si había algo que cocinar, Alec lo hacía afuera, como había hecho con el conejo. No tenía intención de encender un fuego, así que comí directamente de la lata, a temperatura ambiente. La comida solo sirvió para reconfortar mi estómago, no mi ánimo.

Salí al pórtico y me acurruqué en una de las sillas. Era una tarde espléndida; se oían los pájaros y se respiraba bien, a pesar de que el aire estaba como siempre cargado de humedad. Ese lugar habría sido maravilloso... si no hubiera sido una prisionera. Por un momento, traté de imaginarme de vacaciones, disfrutando de una perfecta y despreocupada escapatoria. Hubiera sido un lujo sumergirme en las aguas tibias del río, pasear entre las plantas exuberantes, admirar

las especies exóticas de pájaros. Traté, por un momento, de imaginar que estaba de vacaciones, unas vacaciones perfectas y sin preocupaciones. Hubiera sido espectacular meterme en las aguas cálidas del río, pasear entre las exuberantes plantas, admirar todas las especies de pájaros exóticos.

Algo muy similar a un murciélago chilló cerca de mi cabeza y me arrancó un grito. Tal vez no todo era tan maravilloso. Cerré los ojos por un instante, y algo que nunca habría creído posible en esas circunstancias sucedió: me dormí.

El ruido de un auto acercándose hizo que todos mis sentidos se pusieran en alerta. Era un jeep. El jeep de ella. De repente, me di cuenta de que estaba aferrándome al brazo de la silla con todas mis fuerzas, como si fuera un salvavidas al que debía asirme en medio del océano. Relajé las manos, pero no pude calmar mi corazón. Latía desbocado, sin control. Encogí las rodillas junto a mi pecho y las envolví con mis brazos.

Era Alec. Caminaba hacia la casa, y por alguna razón, sentí que avanzaba específicamente hacia mí. Su paso era firme, como siempre, y su figura, imponente y gigantesca, se destacaba en la penumbra de la noche. Solo la luz suave de la luna iluminaba su sombra. Verlo acercarse me provocó una turbación difícil de describir, un nudo incómodo en la garganta que se negaba a subir o bajar.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para distinguir sus rasgos, me di cuenta de que sus ojos brillaban. Estaba vestido como aquella tarde, pero claramente había dejado el trabajo temprano para pasar por la ciudad. Olía a alcohol y humo.

—Deberías correr a esconderte cuando me acerco. —Había bebido, seguro como la muerte.

—No me asustas, ni siquiera borracho —repliqué mirándolo fijamente. Pero no era cierto. Tenía miedo y mucho.

Aunque no tanto de él, sino de mí misma, por desgracia. Me acomodé mejor en la silla de madera, intentando ocultar el temblor que recorría mi cuerpo.

Y no era por el frío.

Alec se acercó, inclinando su torso y haciéndome absurdamente consciente de su presencia. El alcohol lo había despojado de su habitual contención, liberándolo de esa coraza de orgullo y rigidez. Ahora, por primera vez, era completamente él mismo.

Su mandíbula, fuerte y cuadrada, junto con sus labios llenos, atraieron mi mirada sin que pudiera evitarlo.

Era cautivador; sentía un profundo deseo de acercar mis labios a los suyos y absorber ese aire de chico rebelde. Anhelaba aferrarme a sus hombros, desgarrar su camisa y explorar su torso musculoso, deslizar mis manos por su vientre plano, hasta llegar a su entrepierna, coger su polla con determinación y saborearla como si el mundo se fuera a acabar.

Alec debió leer mis intenciones en mis ojos.

—Tú me deseas... —sonrió de manera pícaro y satisfecha, perfectamente consciente, a pesar de la ebriedad que lo envolvía, del efecto que causaba en mí. Y era cierto, lo deseaba.

—No... —susurré con la voz áspera, sin que ni yo misma me creyera. Podía hacerlo mejor. ¿Cómo era que no lo conseguía?

—¿No? —Me miró, levantando las cejas. Tenía razón. Lo habría follado en ese mismo instante, pero él nunca debería saberlo.

—No estoy seguro. Estás deseando comprobar si lo que tengo entre las piernas es tan bueno como parece y si me merece la pena subir sobre mí para hacerlo. No lo niegues —me lanzó una mirada que me hizo arder. Sus palabras lascivas y llenas de sexo me quitaron el aliento. No quería que sus palabras me afectaran de ninguna manera; en realidad, deseaba que me causaran repulsión y asco. Sin embargo, no era eso lo que sentía. Intenté levantarme, pero de repente me lo encontré encima y quedamos de pie, pegados el uno al otro. En ese preciso momento, me besó sin previo aviso.

Una oleada de alcohol me golpeó y luego fue turno de su lengua, impetuosa, posesiva y arrogante, como era él. Fue un beso cálido y lánguido, sin prisas, como si no hubiera nada más en el mundo que nosotros dos en ese porche, en esa selva perdida en el medio de Australia. Me exploró, me registró sin restricciones, sin pedir permiso, sin reparos. Incluso borracho, me ofreció a mi boca una atención que nadie me había dado antes, y me encontré imaginando qué tipo de dedicación tendría para otras partes de mi cuerpo. Esa idea me golpeó con fuerza en la ingle, deshaciéndome al instante. Luego, se apartó abruptamente. —Estoy seguro de que buscas algo mucho más salvaje que ese niño bonito con corbata que tienes por novio.

¿Era mentira? ¿Era verdad? No sabría decirlo. Lo único que sabía era que me faltaba la saliva en la boca y el aire en los pulmones.

Y él continuó, aprovechando mi falta de palabras.

—¿Cómo te folla tu Leonard? ¿Te pone ahí abajo y te hace rebotar como una pelotita de ping pong? ¿Eso es lo que hace? ¿Y tú quieres probar algo diferente?

Sus palabras me irritaron. ¿Cómo se atrevía? Me retorcí contra ese cuerpo alto y musculoso que se presionaba contra mí, pero fue inútil. De hecho, mis intentos surtieron el efecto contrario: fui aún más consciente de que él estaba ahí. Me sostenía firmemente y mi intento de liberarme se reveló sólo como un lamentable fracaso.

Hice un esfuerzo para encontrar mi voz. —Lo que sucede entre mi hombre y yo no debe importarte...

—Y sin embargo, me importa... —susurró contra mi cuello, y algo en su voz, un tono casi desesperado, me recorrió como un escalofrío. ¿Qué era eso? ¿El síndrome de Estocolmo, quizás? Cuando la víctima empieza a sentir algo por su captor... No tenía ni claridad ni tiempo para pensar, porque mis manos ya se habían movido, casi por instinto, hacia esos brazos sólidos. Arañé sus bíceps, buscando algo en qué aferrarme. Una oleada de satisfacción me envolvió, acompañada por un deseo tan crudo y salvaje que me hizo perder la noción de todo lo demás.

Mis labios respondieron a su beso. Con desesperación. Lo escuché emitir un sonido de masculina satisfacción mientras yo, a mi vez, no conseguía contener un gemido ahogado. No lograba detenerme. No deseaba detenerme. No me permití cuestionarme si era correcto o incorrecto, porque sabía que la respuesta ya estaba decidida de antemano. Sus manos ásperas apresaron mi cuello. La certeza de que hubiera podido apretar y hacer lo que quisiera conmigo, me causó un estremecimiento y al mismo tiempo me excitó más aún. Pero él bajó con las palmas abiertas a lo largo de mis clavículas y luego, para mi sorpresa, me arrancó la camiseta. Literalmente la desgarró, abriéndola en dos. Buscó mis pechos y, cuando los encontró, los cogió y los apretó, apenas algo más fuerte de lo que hubiera debido, hasta que la sensación de placer se fusionó con la de dolor y luego de nuevo experimenté el placer. Cuando frotó sus pulgares sobre mis pezones, sentí ganas de gritar por la intensidad de esas nuevas sensaciones. ¿Dónde había estado hasta ese momento de mi vida? ¿Qué había conocido del sexo? ¡Prácticamente nada! Era como si estuviera atrapada en un torbellino de sensaciones desconocidas, un torrente de estímulos que mi cuerpo nunca antes había experimentado.

Algo irrumpió en la burbuja de lujuria en la que estábamos. Un ruido lejano, el rugido de un motor y luego los faros que cortaron la oscuridad de la noche. Hubiera querido separarme, pero Alec permaneció delante mío, las manos firmemente aferradas a mis pechos. Teníamos visitas. Oí el sonido del motor del auto apagándose y luego la puerta al abrirse. En pocos segundos, alguien estaría allí. Hubiera querido que Alec quitara las manos de mis senos, un sentimiento de vergüenza y de culpa se apoderó repentinamente de mí, como si me estuviera vendiendo al enemigo sin ningún pudor. Pero no osé decir una sola palabra, porque sabía que si lo hacía, solo provocaría el efecto contrario. Si le hubiese pedido que me quitara las manos de encima, ese salvaje habría sido capaz de darme la vuelta y tomarme delante de cualquiera que hubiera llegado a su casa.

—Alec, tienes que venir conmigo, los rebaños escaparon. Moses organizó una partida para recuperarlos. —Era Shein o, como me había acostumbrado a llamarlo, Cara Cuadrada. Se había

detenido a una distancia prudente, pero me era claro que, si no era completamente ingenuo, ya se había percatado de lo que estaba ocurriendo entre nosotros.

—Sí —respondió Alec, su tono tan animado como si le estuvieran sacando los dientes uno a uno.

—Entra en casa —me ordenó, separándose de mí. Tenía la mirada increíblemente límpida y tuve la certeza de que no estaba tan borracho como había supuesto. Intenté en vano acercar los colgajos de la camiseta, en un torpe intento para cubrirme, mientras él miraba primero mis pechos y luego a mí.

Cuando comprendí que no se movería hasta que lo hiciera, le di la espalda y me dirigí a la casa, cerrando la puerta con llave tras de mí.

Capítulo 15

Pensé que no lograría dormir después de lo que había sucedido. Estaba segura de que pasaría la noche dando vueltas y vueltas en ese sofá incómodo, con cada resorte clavándose en mi espalda y estómago. Pero, para mi sorpresa, caí en un sueño profundo e inesperado. No desperté hasta que el sol me deslumbró con su luz directa en los ojos. Comparado con ese sofá, la cama del hospital parecía un colchón de lujo. Mi espalda me dolía horriblemente por la mala postura, y al poner los pies en el suelo, sentí una necesidad urgente de ir al baño. Rápidamente me dirigí hacia la puerta. Al pasar cerca de la ventana, la miré de refilón. Estaba abierta, como siempre. Lo mismo que esa vez que había intentado huir. Pero al recordar el dolor y las consecuencias de mi intento, esa necesidad de escapar desapareció de inmediato. Afuera se escuchaba un ruido, como el agua cayendo. Mi curiosidad me llevó a subir al retrete para ver qué pasaba. Y al mirar, mi boca se secó de inmediato.

Alec estaba tomando una ducha detrás de la casa. Era una ducha improvisada, con un tubo que subía sobre un soporte de hierro y terminaba en una abertura de la cual el agua salía a presión. Y él estaba debajo. Desnudo. Me daba la espalda y lo que podía ver eran sus nalgas firmes, precisamente ahí donde terminaban los muslos musculosos. Inmediatamente, lo que había sucedido la noche anterior regresó a mi memoria. La cercanía de su cuerpo, el calor de su aliento, sus manos... Todo parecía haber quedado grabado a fuego en mi mente. Un leve temblor recorrió mi piel, y algo dentro de mí despertó, algo que intentaba ignorar, pero que, en ese momento, se hacía imposible de suprimir. El cosquilleo en medio de mis piernas crecía a cada segundo. El doloroso deseo de apretarlas, de colar una mano entre ellas, de hacer algo para aliviar lo que sentía, se apoderó de mí. Y precisamente en ese instante, él se giró. Si antes mi boca se había secado, ahora estaba completamente desierta, como si un viento cálido hubiera barrido todo lo que quedaba de mí. Cada parte de mi cuerpo parecía responder a su presencia de

manera casi incontrolable, y mi mente se debatía entre la necesidad de alejarme y la atracción que me atraía de forma imparable. Lo observaba desde la distancia, el agua resbalando por su piel, su figura tan inalcanzable y, sin embargo, tan cercana. El miembro flácido, largo y con la misma circunferencia de mi muñeca, colgaba en medio de las piernas, descansando sobre un respetable escroto, oscuro y lleno de pelos. No había visto nunca un miembro tan grande en reposo.

—Estás disfrutando el espectáculo, puta.

Por poco caigo del váter. Me giré rápidamente, pero mis pies no respondieron como esperaba, y terminé prácticamente de culo en el suelo. Era Grace, con sus rizos rubios, un labial rojo frío y la expresión más glacial aún. Me observaba desde lo alto, con ese desdén que solo ella sabía mostrar. Mientras tanto, yo estaba tirada en el suelo, atrapada entre la humillación de la caída y el hecho de haber sido descubierta espiando a Alec. No había nada peor que lo que estaba viviendo... o al menos eso pensaba en ese momento.

—Por cómo lo miras no consigo comprender si aún no la has probado o si ya te la hizo probar y no consigues olvidarla. Su polla, quiero decir.

Sentí como si una chispa encendiera un incendio en mi pecho, una rabia feroz, celos que me consumían y una necesidad de destrozarla, de arrancarle los ojos a esa bruja.

—Sí, hablo precisamente de esa cachiporra que tiene en medio de las piernas y que usa sin piedad haciendo puré a tu cerebro.

Que tenía una cachiporra acababa de verlo, que la usaba sin piedad, podía solo imaginarlo. El letal cóctel de odio y furia me dio fuerza para hablar, mientras intentaba ponerme de pie del modo más digno posible.

—¿No oíste lo que dijo delante de su hermano? ¿No te contó nada Shein de lo que estábamos haciendo ayer por la noche, antes de que lo llamara para recapturar el ganado? —La vi palidecer y esa fue mi mayor satisfacción. Se lo había contado, por supuesto.

El brillo de sus ojos desapareció, como si toda la arrogancia que la caracterizaba se desvaneciera en un segundo. La verdad, esa amarga verdad, había caído sobre ella como un golpe de agua helada.

—¿Te sorprende? —le solté con desdén, cruzando los brazos—. Es exactamente lo que pasa cuando te crees dueña de algo que no te pertenece.

La rabia que sentía me hacía hablar con una dureza que nunca antes había mostrado. No me importaba la vergüenza, ni la culpa que pudiera surgir. Lo que me importaba, lo único que me importaba, era ver cómo se desmoronaba esa fachada de perfección que había construido.

Pero el golpe dado terminó solo revigorizándola. —Tú crees que eres importante para él, crees que cuentas para algo —dijo, con una sonrisa que denotaba más rabia que satisfacción. Sus ojos brillaban con un fuego vengativo, como si cada palabra que pronunciara fuera un cuchillo afilado. Sabía que el diálogo estaba tomando un curso muy peligroso, pero la furia me nublaba el juicio. Apreté los dientes, intentando mantener la calma, pero la ansiedad comenzó a recorrerme, acelerando mi respiración. Mi cuerpo reaccionaba con una mezcla de impotencia y cólera. Ella estaba jugando con fuego, empujándome al límite, y, aunque no quería, había algo en su desafío que me hacía sentirme vulnerable.

—Lo que sucede entre Alec y yo no te compete.

Pero Grace avanzó hasta llegar cerca de mí y erguirse sobre mí. Podía ver el escote de su camiseta, sus abundantes pechos que subían y bajaban con la furia mantenida a raya. Su presencia era abrumadora, como si quisiera ocupar cada rincón del espacio, ahogarme con su arrogancia.

—Él te odia y cualquier cosa que te esté haciendo, lo hace solo para preparar el terreno para destruirte —dijo con una calma casi inquietante, sus palabras cayeron como gotas frías sobre mi piel.

Sentí cómo la tensión aumentaba, como si el aire mismo se hubiera espesado entre

nosotras. Intenté mantener mi compostura, pero sus palabras me golpearon más de lo que estaba dispuesta a admitir. ¿Era cierto?

—Puedes quedártelo si quieres, no me interesa para nada, mi vida no está aquí.

Grace sonrió con suficiencia, como si supiera algo que yo no. Como si estuviera disfrutando de mi incomodidad.

—Tu vida no estará más en ninguna parte.

Sus palabras sonaron como la condena a muerte que eran y lograron turbarme.

—Ahora ponte de nuevo frente a la ventana y mira bien. Podría ser instructivo para ti.

Me dejó sola en el baño. Resistí un par de minutos, rígida, de pie, con las manos apretadas en puños, luchando por mantenerme firme. Esa maldita tenía el poder de desestabilizar. No había conseguido ni un atisbo de equilibrio en esta maldita situación, y, sin embargo, ella lograba desbaratar todo mi control. Sabía que había ido con él, ahí afuera. Que Alec estaba desnudo, que en ese momento probablemente ella también se había desnudado y que estaban duchándose juntos. No tenía intenciones de quedarme mirando.

La simple idea me llenó de furia, sin razón alguna. Me dirigí a la cocina, buscando algo para desayunar. Necesitaba comer, llenar el vacío dentro de mí, ese vacío tan profundo que parecía imposible de colmar. Encontré unas galletas y las tomé con furia, sin querer dejar que una sola lágrima cayera por culpa de ese maldito. Pero no pude evitarlo. Las lágrimas comenzaron a surcar mi rostro, y la angustia me invadió por completo. Me repetía a mí misma que no era por él por lo que lloraba. Era por mi padre, porque no sabía cómo había acabado todo para él, por Leonard, que seguramente me estaba buscando. ¿Y yo? ¿Qué estaba haciendo? ¡Estaba cayendo en las redes de un hombre cuya familia era responsable de todas las desgracias que habían destrozado la mía! Me senté en la mesa, las galletas frente a mí. Tomé un bocado de esa comida insípida, ahogándola con más lágrimas. Ni siquiera yo sabía cómo hacía para comer y llorar al mismo tiempo. Ni bien metí otro bocado en la boca, la puerta se abrió y Alec apareció

ante mí. Estaba solo, con una toalla enrollada a su cintura, el nudo justo sobre su abdomen plano y musculoso. Su pecho, cubierto de vello oscuro, lo hacía aún más masculino, si eso era posible. O al menos, más de lo que mis ojos podían soportar.

¿Había pasado demasiado tiempo desde que Grace se había reunido con él? ¿O había sido demasiado poco? No tenía respuesta, ni ganas de buscarla. Solo sabía que la tristeza me estaba consumiendo, el peso de un fracaso que no lograba comprender, un dolor indescriptible que no sabía cómo manejar ni cómo nombrar.

—Deberías procurarte algo mejor que estas galletas apestosas —lo agredí.

—¿Qué tienes? —me preguntó con brusquedad, como si estuviera fastidiado. Absurdo, incluso parecía sentirse con el derecho a conocer mis sentimientos.

—Nada. —La respuesta de las mujeres podía ser siempre la misma, sin importar el continente. Pero mis sentimientos me traicionaron porque, simplemente el hablar, hizo que explotara y comencé a llorar sin ningún pudor, de un modo incontenible que no lo lograba detener. Y cuanto más intentaba contener ese dolor, más parecía multiplicarse dentro de mí al infinito. Mis brazos se deslizaron sobre la mesa y ahí se quedaron. Sepulté entre ellos mi rostro, que ya sentía congestionado, deseando que el mundo entero se desvaneciera. Pero entonces, un toque en mi brazo me hizo levantar la cabeza. Alec, había hecho buen uso del tiempo y, mientras yo me desahogaba, había abandonado la cocina y había vuelto a aparecer, ya vestido con unos jeans descoloridos y una camiseta negra gastada. Puso un móvil frente a mi cara.

—Llama —ordenó.

—¿Cómo? ¿Tienes un teléfono?

—No es mío y no es asunto tuyo —respondió con indiferencia, su tono cortante como siempre—. Llama a tu padre, a ese tal Leonard, y diles que sigues viva. Hazles saber que en poco tiempo estarás de vuelta en casa, sana y salva.

—¿Cuándo? —La pregunta salió de mis labios antes de que pudiera evitarlo, el tono

suplicante evidente, pero ya no me importaba.

—Cuando yo decida —respondió con una seguridad que me heló la sangre—. Ahora llama, antes de que cambie de opinión.

Aferré el teléfono con fuerza y marqué el número, mis dedos temblaban tanto que tuve que repetir la llamada. Finalmente, lo conseguí.

—Leonard, soy yo, Isabelle.

La reacción de él fue inmediata, como si al escuchar mi voz se desbordara toda su preocupación.

—¡Dios mío, Isabelle! ¿Estás bien? —Su tono chillón me dio la sensación de que había estado al borde de un colapso.

—Sí... ¿y papá? ¿Cómo está él?

—Bien, estoy aquí en su oficina, está bien. Todos estamos muy preocupados por ti. —Un nudo se formó en mi garganta, y una ola de ansiedad me recorrió, pero luché por mantener el control. No iba a llorar frente a él, no ahora.

—Estoy bien. No sé cuándo regresaré, pero espero que sea pronto.

Mis ojos volaron hacia Alec, que seguía allí, mirándome con esa intensidad desconcertante que solía tener, fijo, penetrante, casi como si estuviera esperando algo. Estaba apoyado contra la mesa, con los brazos cruzados y las piernas entrelazadas, como si todo esto fuera solo un espectáculo para él. Tragué saliva con dificultad y aparté la mirada. No podía soportar esa tensión.

En ese momento, las palabras de Leonard me distrajeron repentinamente de mis pensamientos.

—¿Quieren más dinero?

—¿Cómo? —En ese momento había recuperado la lucidez.

—Sí, los secuestradores. También tu padre está aquí y quiere saberlo. Intenta frenarlos Isabelle, de otro modo caeremos en la ruina.

—No entiendo qué dices. —Y verdaderamente no lograba comprender, me sentía disgustada. Sus palabras hicieron eco en mi cabeza como frases vacías y sin sentido.

—No podemos permitirnos más transferencias, tenemos que realizar un importante experimento a fin de año y necesitamos todo el capital posible.

—Entiendo —respondí cortante. Pero en verdad no entendía. No comprendía cómo podían hacerme un pedido de esa clase, él y mi padre. ¿No les importaba nada de mí? ¿Qué clase de comportamiento era ese?

—Suficiente —gruñó Alec extendiendo la mano para arrebatarle el teléfono.

—Regresa pronto con nosotros —me deseó lacónico Leonard, antes de que Alec me quitara el móvil. Levanté la vista y encontré de nuevo a Alec mirándome. En ese momento, sentí una mezcla de humillación y una extraña sensación de revelación. No había logrado oír lo que Leonard me había dicho, pero sabía bien qué había respondido yo, y había captado la decepción y el desconcierto en mi rostro. Hubiera querido desaparecer, ser absorbida por el suelo que pisaba, pero en lugar de eso, me vi atrapada por esa mirada intensa que parecía escudriñar lo más profundo de mi ser. En silencio.

Hubiera querido escuchar una voz amiga, la de Wang, que me decía cuánto me extrañaba y lo preocupado que estaba por mí. Habría sido el único consuelo que hubiera podido esperar en ese momento, el único bálsamo capaz de atenuar mi dolor.

—Quisiera hacer otra llamada —murmuré con la garganta cerrada. Pero Alec guardó el teléfono en su bolsillo y me dirigió una mirada que era hielo en estado puro—. Ya tuviste tu oportunidad hoy, podrías haberla aprovechado mejor.

Capítulo 16

Habían transcurrido dos días desde aquella llamada y mi mente no había dejado de girar en torno a lo dicho por Leonard. Sus palabras, el tono frío y calculador de su voz, seguían repiqueteando en mi cabeza como un eco constante, oprimiendo mi pecho cada vez más. ¿Qué significaba yo para él, para mi padre? ¿Acaso solo una pieza prescindible en un juego mucho más grande? Claro, me querían de vuelta en casa, pero era evidente que preferían que eso ocurriera sin tener que pagar un precio alto por mi regreso, sobre todo cuando todo el dinero debía destinarse a un “importante experimento”.

Para mantener mi mente ocupada, decidí ponerme a lavar la ropa. Lo cierto es que no tenía mucha y, si no la mantenía limpia, pronto estaría obligada a ir por ahí como una pordiosera. Aunque, para ser sincera, la combinación de una camisa a cuadros de mangas cortas, combinada con un par de pantalones como mínimo sin forma y cortados a la rodilla, no es que me dieran el aspecto más elegante del mundo.

Había invadido el armario que se encontraba en la habitación del piso de arriba, un lugar que Alec nunca me había invitado a usar, excepto esa vez que fuimos a cazar. Pero lo mismo yo había pescado ahí. Era una cuestión de supervivencia, si lo pensaba bien. Y para darme algo de consuelo, cada prenda que tomaba la sometía a mi ira: cortaba las mangas de las camisas, las piernas de los pantalones. No solo porque fueran largas y me incomodaran, sino porque era una manera de castigarlo, aunque él ni siquiera lo notara. Seguía tan indiferente como siempre.

—Vas a tener que ir al arroyo —me había dicho, observándome mientras ataba los bordes de un saco de arpillera lleno de ropa. Estábamos afuera, frente a la casa. Él, con una bota plantada en el tronco cortado de un árbol viejo, la otra firmemente en la tierra, como si fuera parte del paisaje. En su mano, el hacha, con el mango gastado de tantos años de uso.

—Bien, el trayecto es breve, será un paseo.

—Creo que te has equivocado con las cuentas —respondió él, soltando una risa baja, casi burlona, mientras dejaba caer el hacha sobre el leño con fuerza. Algo había en su tono que me hizo sospechar, pero preferí no hacerle saber que lo había notado.

—En la zona más cercana hay cocodrilos, deberás ir mucho más allá —dijo, señalando con un gesto vago hacia una zona en la dirección contraria a la que yo había pensado tomar. Luego, con calma, metió la mano en el bolsillo y sacó un cigarrillo, como si lo que acababa de decir no fuera más que una anécdota.

—¿Cocodrilos? —pregunté, sorprendida.

—¿Ya has olvidado nuestro primer encuentro? —respondió con una sonrisa torcida, guiñándome el ojo de una manera indecente mientras encendía un fósforo. Ese hombre era insoportable. Si no hubiera sido porque estaba atrapada en aquella situación, habría jurado que disfrutaba viéndome así, tan a su merced.

—¿Y a qué distancia está esa zona "libre de cocodrilos"? —le pregunté, intentando mantener la calma.

Alec se encogió de hombros, con el cigarrillo colgando de los labios. A continuación, golpeó el pedazo de madera con el hacha y este se partió en dos con un sonido nítido.

—Unos diez kilómetros.

—¿Qué? —exclamé, incrédula. No podía estar hablando en serio. ¿Diez kilómetros solo para lavar la ropa y luego cargarla de vuelta, mojada y...?

—¿Pero cómo haces tú para lavar la ropa? Quiero decir, ¿haces todo ese trayecto cada vez? —Siempre tenía ropa limpia. Gastada y pasada de moda, pero impecable.

—¿Yo? —Respondió, sosteniendo el hacha con la mano, listo para dar otro golpe.

—Sí, tú.

—Tengo un cómodo lavadero justo aquí, detrás de casa.

A duras penas contenía la risa, el muy bastardo. En ese momento, algo se encendió dentro de mí, una mezcla de rabia y desafío. ¿Cómo se atrevía a tomarme a broma, después de todo lo que me estaba haciendo? Avancé directo hacia él y, sin pensarlo, lo empujé con el índice en el pecho.

—¿Por qué me hiciste creer que tenía que hacer diez kilómetros?

—Fuiste tú la que dijo que quería ir al río.

—¡Eres un bastardo!

—Lo reconozco. —Su voz era fría, casi divertida. Bajó la hachita con fuerza sobre el tronco, sin apartar la mirada de mí.

—Deja de reírte de mí.

—Está bien —respondió, ahogando una carcajada. Era demasiado. Dejé caer el bulto al suelo y me lancé hacia él. No esperaba una reacción tan audaz, y efectivamente, con mi empujón vaciló un momento, retrocediendo ligeramente. El cigarrillo se le cayó de los dedos.

—¡Imbécil! —Lo empujé de nuevo, pero esta vez mi gesto no lo tomó desprevenido. Su expresión devino divertida mientras bloqueaba mis muñecas con un agarre del que era imposible desasirse.

—Tienes toda la razón, y cualquier otro insulto que quieras lanzarme también está más que justificado —dijo, sin dejar de sonreír, el maldito. Hubiera querido quitarle esa sonrisa de la cara a fuerza de cachetadas. Sin embargo, mis ojos no podían evitar fijarse en sus brazos, esos músculos grandes y tonificados que parecían más sólidos que los troncos que estaba partiendo. Su rostro estaba relajado, la boca ligeramente curvada en una sonrisa tranquila, y sus ojos, tan expresivos. Hubiera querido mantenerme fría, concentrada, distante, pero algo en él me desbordaba. Me encontraba temblando como una chiquilla en su primer flechazo y eso me hacía enfurecer.

Luego lo vi acercarse, y no podía creer que lo estuviera haciendo. Pero sí, era real. Luego lo vi acercarse, era imposible que lo estuviera haciendo. Pero sí, era real. Percibí el calor de su cuerpo aproximándose, cada vez más cerca. ¿Qué estaba pasando? ¿No estábamos peleando? Me adherí completamente a él y pude sentir cada centímetro de su cuerpo pegado al mío. Y a continuación bajó con su rostro sobre mí, me hizo cosquillas en el mentón con su barba apenas crecida y me besó. No pidió permiso o autorización y tampoco perdón. Invadió mi boca con su lengua para tomar lo que parecía que le correspondía por derecho. Ese era el momento exacto en el que hubiera tenido que alejarlo, cubrirlo de insultos, golpearlo. Pero mis piernas se habían aflojado por completo y no sentía más que a él dentro de mí. Alec debió darse cuenta de mi debilidad porque una mano cálida se abrió como un abanico sobre mi espalda sosteniéndome.

Estaba frita. Cada centímetro de mi cuerpo parecía rendido ante ese beso, como si el mundo se hubiera detenido. Pero, de repente, Alec se apartó lentamente, rompiendo el hechizo que me mantenía cautiva. Su rostro se alejó, pero su agarre en mi espalda seguía firme, como si temiera que cayera si me soltaba.

—Moses, detrás mío. Quédate quieta, finge que hablas conmigo.

Ese beso era solo una puesta en escena para su hermano mayor. Lo odiaba. Los odiaba a ambos.

—Eres una basura Alec.

—¿No tienes nada nuevo que decirme? Eso ya lo había oído antes. —Pero su expresión se había vuelto seria, cualquier rastro de diversión se había evaporado. Mis dientes rechinaban con tanta fuerza que temí que se rompieran bajo la presión de la rabia que me embargaba.

Como estaba previsto, Moses apareció detrás de él en ese mismo momento.

—Aquí están los tortolitos. —Había una disonancia evidente entre la dulzura de sus palabras y la frialdad que traslucía su mirada. ¿Cómo era posible que esos mismos ojos, tan profundos y enigmáticos en Alec, pudieran manifestar una maldad tan perturbadora en Moses?

—Moses, ¿qué quieres?

—No te pongas a la defensiva hermanito. Te traigo buenas noticias.

Alcé una ceja, mordiéndome la lengua y conteniendo las palabras que estaban a punto de salir de mi boca. Era imposible, Moses era un maldito bastardo que solo quería que yo saliera de escena de una vez por todas y, si podía hacerlo de la peor forma posible, mejor para él.

—¿Qué?

—Los últimos animales también fueron recapturados. Shein se ocupó de ello, no hemos perdido ni uno.

—Bien —replicó Alec.

—Veo que los animales les importan mucho más que las personas —me entrometí. Los ojos de Moses se posaron como dos carbones ardientes en mí.

—Nadie preguntó tu opinión.

—Que te den. —El insulto pareció divertirlo más que ofenderlo.

—Vaya, hermano, tu mujer tiene una lengua afilada. —Moses se dirigió directamente a Alec, ignorándome por completo. Fue en ese momento cuando comprendí, con una claridad aterradora, lo que ya había temido: Alec era mi única carta, mi única forma de sobrevivir, el único hilo que aún me mantenía atada a la vida.

Capítulo 17

Habíamos llegado a la ciudad de Port Douglas para reponer provisiones. Obviamente no estaba contemplada la opción de que yo me quedara en casa de Alec. No tanto por el riesgo de que intentara escapar, sino porque era mucho más probable que Grace me disparara a la cabeza, traicionándolo y diciendo luego que se había tratado de un “accidente”. Durante todo el trayecto, me negué a hablar, como una forma de castigo por la pantomima del beso. Estaba turbada, desconcertada y desilusionada de mí misma. Había caído dos veces. ¿Cómo podía ser una persona tan superficial y mezquina? Nos habíamos besado dos veces: la primera porque Alec estaba borracho, la segunda porque su hermano nos estaba espiando.

Me miré en el espejito lateral del jeep y la tentación de quitar los ojos fue fuertísima. Los cabellos parecían pertenecer a Medusa, la piel no tenía nada de su habitual palidez, estaba bronceada como nunca antes, de un color dorado. Los ojos parecían grandes y asustados. Me horrorizaba a mí misma. Despegué la mirada y la fijé en él. Alec era algo que ni yo estaba en condiciones de definir. Un concentrado de fuerza y determinación que nunca mermaba. Yo misma no lograba entender por qué motivo era tan terco como para tenerme con él y protegerme de su familia.

—¿Por qué no me dejas ir? —gruñí.

—¿Qué? —la pregunta pareció tomarlo por sorpresa, como si estuviera perdido en sus pensamientos.

—Te pregunté, ¿por qué insistes en tenerme aquí? ¿Hasta cuándo? Tu familia me odia, tú no me aguantas y yo no te soporto a ti. ¿Cuál es el puto sentido de todo esto?

Aunque me había escuchado perfectamente, no respondió. Al darme cuenta de que no lo haría, dejé de mirarlo y volví mi atención al paisaje que se deslizaba rápidamente por la

ventanilla.

Al llegar a la ciudad, primero repostamos combustible. Luego nos dirigimos a abastecernos de víveres. Me vi obligada a bajar del vehículo, ya que Alec no me habría permitido quedarme allí. La tienda a la que entramos era una especie de almacén de antaño, lleno de sacos de semillas y estantes abarrotados. El lugar tenía ese aroma característico de despensa y productos bien conservados.

El lugar estaba bastante concurrido, y mientras esperábamos para ser atendidos, una idea comenzó a tomar forma en mi mente. Una esperanza. Ni yo misma sabía bien qué era, pero cuanto más pensaba en ello, más plausible me parecía.

Tal vez esa era una buena ocasión para huir. En la selva no tenía una sola posibilidad pero ahora, ahí, en esa pequeña ciudad para mi desconocida, tenía una notable ventaja. Podía mezclarme entre la gente, tomar un medio de transporte cualquiera y llegar al aeropuerto. También me hubiera bastado con encontrar una estación de policía. Pero Alec no era estúpido, si me había llevado consigo, conocía el peligro y había evaluado todos los riesgos. Me giré y lo sorprendí mirándome con esos ojos negros magnéticos. Parecía relajado, ahí, apoyado en el mostrador pero yo sabía perfectamente que no lo estaba. Miré de golpe hacia las legumbres. Tuve el injustificado temor de que pudiera leerme el pensamiento. Si tan solo hubiera intuido lo que tramaba, todo habría llegado a su fin. Ni siquiera habría tenido la libertad de concebir la idea de escapar.

—¿Te gusta la sopa de lentejas?

—Pues.... —balbuceé al tiempo que me encogía de hombros. Alec no parecía escucharme del todo; su atención se desvió hacia el mostrador cuando llegó nuestro turno. Fui tras él y, mientras mi parco leñador pagaba, mi mirada viró hacia la puerta. El negocio estaba lleno, la oportunidad era ahora. Si actuaba con rapidez, podría desaparecer entre la multitud sin hacer ruido. Solo necesitaba una pequeña ventaja, una fracción de segundo para adelantarme, para que

no pudiera seguirme.

Miré a mi alrededor. Tenía que ser rápida, necesitaba ser discreta. *Solo un poco más*, me repetía. Hacía falta una distracción, algo que lo apartara de esa vigilancia maníaca que había ejercido sobre mí hasta ese momento.

La urgencia crecía con cada segundo que pasaba. Y entonces, como si no tuviera otra opción, me lancé. Como una flecha. Mi corazón latía a toda velocidad, pero ya no podía detenerme. Era mi última oportunidad. No podía permitir que se escapara.

Avancé con la cabeza gacha, golpeando sin querer a un par de cuerpos que no vi en mi camino. Solo escuchaba los improperios que me lanzaban. No me atreví a mirar atrás; no quería descubrir si tenía alguna ventaja o si Alec estaba a punto de atraparme. Si eso sucedía, significaría mi final. Alcancé la esquina y giré a la derecha, sin tener idea de adónde me llevaban mis pasos. Mi corazón latía con tal fuerza que parecía dolerme. Podría haber llamado un taxi, pero no sabía cómo pagarlo. De repente, comprendí que esta fuga sería mucho más difícil de lo que había imaginado, sobre todo porque no estaba planificada y no tenía la menor certeza de que tuviera un desenlace favorable.

De repente, sentí un agarre brutal en mi hombro. Un dolor agudo recorrió mi articulación, como si intentaran arrancármela de cuajo. La torsión en mi torso me obligó a girarme, y ahí estaba: la cara furibunda de Alec, como una máscara de ira. Sus cabellos despeinados caían sobre sus ojos, y su respiración entrecortada delataba que había corrido tras mis pasos. Estaba tan fuera de sí que temí que me abofeteara en pleno rostro. Pero no lo hizo. En lugar de ello, tiró de mí con fuerza, haciendo que aterrizara bruscamente contra su pecho.

—Eres una estúpida —susurró hablándome al oído. Y usó el tono más feroz que le hubiera escuchado nunca. Su mano apretó mi nuca y sentí el vello de mis brazos erizarse.

—¿Por qué? ¿Por haber intentado ponerme a salvo?

Su agarre se hizo más férreo.

—Mira a mis espaldas. Grace está sentada en ese café y tiene sus ojos fijos en nosotros. Ahora te besaré y tú me corresponderás. Diremos que estábamos haciendo un juego, un estúpido juego en el que tú corrías y yo te perseguía. No hagas bromas, Isabelle o la próxima vez te dejaré en sus manos.

Levanté la mirada más allá de sus hombros y lo que vi me hizo temblar. Era cierto: Grace estaba allí, observándonos con una intensidad que heló la sangre en mis venas. No sabía qué hacía en la ciudad, si acaso nos había estado siguiendo o si simplemente había coincidido en el mismo lugar. De todos modos, su presencia era un peso sobre mis hombros.

Pero algo cambió dentro de mí en ese momento. Una sensación nueva, casi poderosa, comenzó a germinar en mi pecho, disipando el miedo que me había perseguido hasta allí. Ya no era la fugitiva asustada; ahora, era una mujer que estaba haciendo uso de un poder. Y usaría ese poder, aunque fuera efímero, aunque detestara a Alec y aunque él me detestara a mí.

No tenía que pensar, tan solo debía dar rienda suelta a mi cuerpo. Sin pensarlo, llevé la mano hacia la nuca de Alec, mis dedos cerrándose sobre su piel caliente. Sus ojos estaban fijos en los míos, pero yo ya no los veía. Mi mente se había apagado, y solo quedaba el impulso de hacer algo. De nuevo, me aseguré de que Grace estuviera mirando. Lo estaba.

Entonces, lo besé.

Y cuando lo hice, todo cambió. Cerré los ojos y me dejé llevar, permitiendo que el momento me absorbiera. El mundo a mi alrededor se sacudió, todo se distorsionó, como si mi realidad hubiera perdido su equilibrio y los planetas su alineación. Por fin, me sentí viva de una forma que no había experimentado en mucho tiempo.

Olvidé por qué lo estaba haciendo y por quién.

Me dejé llevar por la lengua que, ardiente y dominante, exploraba cada rincón de mi boca. Apoderándose por completo de todo cuanto encontraba a su paso. Creí haber sido yo quien inició el baile, pero pronto comprendí que era ella quien marcaba el ritmo. Era suya. Y quería serlo.

Cuando Alec se separó de mí, respirando con dificultad, sentí que mis pies volvían a tocar el suelo. Sin embargo, él fue aún más allá y sus letales palabras me catapultaron definitivamente de regreso a la dura realidad.

—Ahora regresemos a casa.

Capítulo 18

La atmósfera se había vuelto eléctrica.

Mi cuerpo enviaba señales que prefería ignorar, pero que se volvían imposibles de evadir. El regreso fue tan silencioso como el trayecto de ida, aunque la atmósfera se sentía aún más densa, impregnada de una tensión palpable. Una tensión que no era solo incomodidad, sino algo mucho más visceral, como una corriente magnética entre nosotros que amenazaba con desbordarse. Alec mantenía las manos firmemente aferradas al volante, los músculos de sus brazos tensos, vibrando con una anticipación que podía sentir en el aire. Un relámpago atravesó el cielo, seguido de un trueno ensordecedor. Aún no llovía, pero las nubes cargadas parecían presagiar algo mucho más grande.

Cuando apagó el motor, un impulso me movió a bajar de un salto del coche, como si una rápida huida pudiera alejarme de él, como si el simple acto de caminar rápido pudiera ponerme a salvo de cualquier potencial peligro que amenazara con caer sobre mí. Mi único pensamiento era llegar al baño, esconderme allí, tal vez lavarme la cara con agua fría para disipar el calor de mi piel, para calmar la tormenta interna que me desbordaba. Pero antes de que pudiera dar un solo paso, la puerta se cerró de golpe detrás de mí, el sonido retumbó en mi pecho. Me giré, y allí estaba él, su figura sólida y silenciosa, proyectada contra la madera. Justo en ese instante, el cielo estalló con un trueno ensordecedor, como si la tormenta estuviera empeñada en subrayar el miedo que me recorría.

Alec avanzó hacia mí.

—Te respeté hasta hoy. —Sus palabras resonaron con una gravedad que superaba incluso al trueno que acababa de estallar—. Pero ahora creo que no lo haré. Ahora te follaré. —Su rostro era determinado, casi hostil.

Me erguí en toda mi estatura lista para hacerle frente.

—¿Qué quieres, Alec? ¿Castigarme?— Era una pregunta que no merecía respuesta. Sabía lo que quería, porque era exactamente lo mismo que deseaba yo. Solo que él, a diferencia de mí, había tenido el coraje de admitirlo. Y aunque lo hubiera dicho de una forma tan grosera, sabía que había un deseo que lo carcomía desde lo más profundo. Lo sabía porque era el mismo que me devoraba a mí. No retrocedí mientras él avanzaba; dejé que me alcanzara.

—Puedes decidir. Aquí o en la cama —me intimó sin dejar de mirarme. Parecía que la lengua se me había secado. ¿Cómo podía expresar toda mi urgencia?

—Aquí —murmuré con voz ronca. Ni siquiera sabía lo que estaba diciendo. Solo sabía que había desatado un proceso imparable y que me quemaría. Inevitablemente me arrepentiría, sufriría y me maldeciría por haber dado ese paso. Pero enloquecería si no lo hacía.

Alec asintió con un leve movimiento de cabeza y, de un tirón, desabrochó mi camisa, haciendo saltar todos los botones. Y a mí. Tenía fuego en la mirada y, cuando sus ojos recorrieron mi pecho, sentí que me quemaba por dentro.

Llevaba un sujetador sencillo, de algodón negro, nada que pudiera alimentar las fantasías de un hombre. Pero, al parecer, para despertar las de Alec, no hacía falta más. De pronto, el recuerdo de Leonard se hizo presente en mi mente. Siempre quería que lo sedujera, que inventara situaciones en las cuales yo era sexy y lo excitaba. Y la cosa me pesaba, porque me sentía continuamente a prueba y nunca a la altura de la situación. Era como si siempre tuviera una suerte de examen que aprobar.

Ahora las cosas habían cambiado. Alec me miraba como si quisiera devorarme, como si para él fuera la más fuerte de las tentaciones. Bajó, ignorando mi boca. Hubiera deseado tanto un beso, de esos profundos y llenos de pasión. No tenía ningún tipo de reparo en admitirlo: sus labios sobre los míos representaban el más grande de los placeres, algo que nunca habría pensado experimentar. Conocía el sabor, la potencia que podía derivar de un roce con ellos, con la lengua

que se retorció poseyendo mi boca. En cambio, se pegó a mi pecho, lamió un pezón con una intensidad tal que me arrancó un gemido y luego otro cuando comenzó a chupar. Y lo hizo con fuerza, con una voracidad casi desesperada. La sensación iba directamente del pezón a la vagina, como un rayo que golpeaba con toda su violencia la carne inflamada entre mis piernas. Comencé a retorcerme y, al instante, sentí el férreo agarre de sus palmas sobre mis bíceps, como si intentara mantenerme inmóvil.

Me hizo gemir un poco más probando también el otro pezón y estirándolo con la fuerza de sus labios. Me miraba a los ojos mientras chupaba alimentando mis ansias. Y las suyas.

Luego se enderezó y con su boca bajó detrás de mí oreja, besándome y lamiendo. Completamente apoyado en mí, podía sentir su erección presionando contra mi pubis. Ese miembro, cuya vista en reposo había robado, debía estar erecto en toda su orgullosa longitud. Estaba a merced de las sensaciones más apasionadas que podía experimentar.

—No deberías haber escapado hoy. Sabes que soy un salvaje. Verte huir ha desencadenado algo dentro de mí. —Suspiró, como si sus palabras hubieran salido de su boca sin que él pudiera evitarlo. Lo sentía verdadero, real, fuerte y vulnerable al mismo tiempo. —No puedo perderte, Isabelle.

—No lo hagas, no pares —murmuré, dejando escapar las palabras. Apartó sus brazos de mí por un momento y dio un paso atrás. Ahora podía verlo mejor, pero no podía huir. Él no lo habría permitido. Enganchó la parte inferior de su camiseta y, con un gesto rápido, se la quitó. Su pecho, firme y tonificado, estaba cubierto de vello oscuro en el centro, vello que disminuía hacia abajo, ahí donde el estómago era plano y duro y se veía el cinturón de cuero. Con un gesto decidido, llevó las manos a la hebilla y luego desprendió los botones uno a uno, velozmente. No sabía exactamente qué mirar, si sus ojos de fuego o el sexo que dentro de poco habría liberado. Por un lado, el miedo me invadía como una descarga eléctrica; por el otro, la excitación por lo que estaba a punto de suceder era un detonador que me tenía lista para explotar. Quería mirarlo a los ojos, pero al mismo tiempo, no podía apartar la vista de lo que sus manos estaban haciendo.

La lujuria fue más fuerte y desplacé mi mirada hacia abajo.

—Pero tú me pagaste con traición —prosiguió, bajando los pantalones hasta la rodilla y luego haciéndolos descender aún más allá.

La lengua se me pegó al paladar, inmovilizada por la sorpresa. Retrocedí, buscando un escape que no encontré. El sofá me detuvo, atrapándome en una burbuja de deseo y miedo. Tragué saliva, intentando ordenar mis pensamientos, pero era inútil. Sus pantalones cayeron al suelo, revelando una imagen que me dejó sin aliento. Un miembro viril, grueso y tenso, coronado por un espeso vello oscuro, pulsaba con vida propia. Mi cuerpo, presa de una excitación incontrolable, se entregó al instante. Sus manos fuertes me alzaron, llevándome hacia él. Era como si flotara, suspendida en el aire, a merced de su deseo. Su grueso pene presionaba contra mi vulva, caliente y húmedo. No había resistencia, solo entrega. Me sentí arrastrada hacia un abismo de sensaciones desconocidas, y en ese instante, supe que no quería escapar. La pregunta resonó en mi mente, insistente como un latido. ¿Qué textura tendría esa carne dura y palpitante entre mis labios? Su mano, ágil y experta, acarició su miembro, como queriendo aplacar una fiera. No era necesario, pues ya estaba listo para la batalla. Mis dedos temblorosos se deslizaron por mis muslos, liberándome de la tela que me aprisionaba. Antes de que pudiera reaccionar, sus brazos me envolvieron, levantándome como una pluma. El contacto de su miembro contra mi vientre fue un choque eléctrico que me recorrió entera. ¿Había alguna forma de oponerme? Dios santo, no quería, y ni siquiera me atreví a preguntármelo. Lo único que sabía era que él se comportaba como un animal y yo me sentía igual. Los dos, atrapados en un estado primitivo, sin más que el instinto.

Hurgó entre mis piernas, buscando mi humedad, y la encontró, porque la excitación es tal que es imposible no mojarme. No hay justificaciones, ni palabras. Su asalto fue casi brutal, pero no hubo resistencia. Su miembro, duro como una roca, encontró el camino solo. Un falo grueso que empujaba para entrar. Era un salvaje, y yo, arrastrada por su voracidad, me estaba dejando llevar. No había nada de qué sorprenderse: yo también me había transformado. Habíamos dejado

atrás la razón, entregándonos a la vorágine del deseo.

—Lo deseé desde el primer momento en que te vi —exhaló y empujó su duro miembro dentro de mí con una energía que me dejó sin aliento. Nada de ingresos graduales, nada de preliminares. Sexo puro y duro. Lo sacó. Me mordí la lengua para no responder que yo también lo quise desde el principio. Sus ojos me mantenían cautiva, como el hierro atraído por un imán. Una nueva estocada me ayudó porque me quitó la respiración y la razón. Y peor fue la siguiente. Sosteniéndome firmemente por las nalgas, Alec comenzó a encontrar el ritmo cadencioso, continuo y veloz que en pocos minutos me llevó a gritar de placer. Mi orgasmo desencadenó también el suyo, porque lo sentí gemir y jadear fuerte. Luego se retiró. Me giró, ofreciéndome una visión que me dejó sin aliento. Esperaba encontrar un miembro flácido, rendido después de tanto esfuerzo. Sin embargo, allí estaba, imponente y desafiante, tan erecto como al principio.

Regresé con los ojos a su rostro. Una sonrisa maliciosa curvaba sus labios mientras me observaba.

—Aún falta mucho para que se me ponga flácido, Isabelle —dijo, su voz rebosante de arrogancia. Hace falta bastante antes de ponérmelo flácido Isabelle.

Sus palabras fueron como una chispa que encendió una llama en mi interior. Lo aferré con fuerza y siempre mirándolo a los ojos, comencé a explorar su cuerpo con una audacia que me sorprendía a mí misma. A diferencia de Leonard, que se retiraba tan pronto como terminaba, Alec parecía disfrutar de mis caricias. Su polla, lejos de ablandarse, se endurecía bajo mis dedos, creciendo en respuesta a mis toques. Era como descubrir un nuevo mundo, un mundo de sensaciones intensas y placenteras.

Me permitió jugar con su virilidad unos momentos más, saboreando cada instante. Luego, con un movimiento fluido, sujetó con fuerza mis caderas y me posicionó sobre él. Me sentí como una marioneta en sus manos, ligera y obediente. Despacio, me guió hacia abajo, hasta que mi cuerpo se unió al suyo. No los dejaría ni por un instante, no lograba hacerlo. Eran de un negro

tan profundo que parecía que querían encerrarme en su mundo.

—¿Sabes que ahora todo cambió? —susurró contra mi oído mientras me elevaba y dejaba caer sobre su dura asta. Sus caderas me impulsaban hacia arriba y hacia abajo, como si yo fuera un simple objeto a su merced. La sensación de poder que emanaba de él era palpable, y me excitaba más aún. ¿Acaso estaba tomando el control de algo más que de mi cuerpo? Sus palabras se mezclaban con los gemidos que escapaban de mis labios, formando una melodía salvaje y embriagadora. ¿Qué había cambiado? ¿Qué estaba diciendo?

No cambia nada, te odio como antes," murmuré lentamente. Esa escena era tan absurda que parecía un sueño. Alec me dejó hablar manteniendo el rostro serio, como si no me hubiera escuchado, o mejor, como si lo que había dicho no tuviera ningún significado para él. Continuó dejándose cabalgar por mí, hasta que sentí algo que me sofocaba. Una urgencia, un anhelo de tal magnitud que se estaba convirtiendo en malestar. Abrí los ojos desmesuradamente. El orgasmo estaba tan cerca que lo sentía al alcance de la mano pero no lograba alcanzarlo. Por su mirada pasó un destello de comprensión y una de sus manos se separó de mis caderas para posarse en la tierna carne expuesta entre mis pliegues. En modo del todo natural, escupió sus dedos y luego buscó mi clítoris. Lo masajéo lenta pero rítmicamente mientras continuaba tomándome. —No te agites —susurró con voz persuasiva.

Sus caricias, sus embestidas y su voz, inicialmente lograron apaciguarme y, posteriormente, provocaron una explosión de sensaciones en mí. Asimismo, su pelvis se aceleró progresivamente, en una loca carrera que nos llevaría a ambos al clímax. Cuando todo acabó, me dejé caer sobre su pecho y dejé escapar un largo suspiro que combinaba tanto el placer como la desesperación.

Capítulo 19

Nos habíamos quedado dormidos en mi sofá. Ya lo consideraba mío, por fuerza de las circunstancias. No había sido una decisión consciente. Simplemente, después de haber hecho el amor por tercera vez, Alec se había arrastrado a sí mismo y a mí sobre el sofá, y ahí nos habíamos derrumbado uno encima del otro. Su pecho había sido mi almohada y, gracias al sexo, nos habíamos sumido en un sueño profundo los dos, tal vez yo antes que él, porque no recordaba que su respiración se hubiera hecho pesada.

El ruido de un auto me despertó bruscamente. Sacudí a Alec por un brazo.

—¿Lo oyes tú también?

Inmediatamente se puso alerta y se sentó, a pesar de que hasta ese momento había estado completamente dormido. El ruido del vehículo se oyó de nuevo, maniobrando cerca.

Alec se levantó del sofá y, rápidamente, se puso los pantalones. Ambos estábamos desnudos. Al darme cuenta de que ya no podía ponerme mi camisa, tomé su camiseta, luché por recuperar el tanga y me lancé detrás de él, que ya había abierto la puerta. Lo vi quedarse inmóvil en el momento en que salió y, poco después, lo seguí. Detrás de la puerta de madera, en la oscuridad de la noche, estaba Moses, tan pálido como un cadáver. En su rostro no quedaba ni rastro de la gallardía que había ostentado en cada uno de nuestros anteriores encuentros. Sus ojos estaban hundidos, su boca entreabierta, temblaba y su cuerpo reflejaba una agitación evidente.

—¡Alec, hazla venir! ¿Es médica, no? ¡Shein se está asfixiando, lo cargué en el Jeep! ¡Se está ahogando!

Ambos miramos el Jeep detenido. ¿Shein se estaba ahogando dentro? Alec se giró hacia mí sin decir una palabra. Era un momento delicado. ¿Por qué debería ayudar a Moses, que permitió que me persiguieran para matarme, o a Shein, que probablemente lo hubiera hecho con gusto?

Esa bestia de cara cuadrada merecía morir. La respuesta salió instantáneamente de mis labios mientras miraba a Alec. Sin articular sonido, en el más absoluto silencio, me lo estaba pidiendo. Me estaba pidiendo que ayudara a su amigo. Si Moses era su hermano de sangre, Shein y Grace eran lo más cercano a familia que tenía. Dentro de mí, una lucha interna se desataba, aunque sabía que ya había tomado la decisión. Lo haría, pero solo por él.

Asentí.

—Toma mi maletín —ordené. Entró rápidamente en la casa. Ya no era una rehén, ahora era médica y él mi maldito asistente, o algo que se le parecía. Miré a Moses directo a los ojos. Él no era nada de nada, salvo mi enemigo declarado.

—No lo hago por ustedes, lo hago por él. —No me tomé la molestia de escuchar lo que respondía, lo dejé atrás mientras corría hacia el Jeep. Alec, a mi lado, ya había abierto la puerta del pasajero. Shein estaba recostado, el rostro casi violeta por el esfuerzo de respirar, los ojos a punto de salir de sus órbitas.

Tenía las vías respiratorias obstruidas. No veía todo con claridad, pero sabía lo que estaba pasando. En el hospital, había atendido casos similares y, en esos momentos, siempre los había referido al quirófano. Pero esta vez no podía hacer eso. No había ningún sitio a donde enviar a ese gigante que se estaba asfixiando. Yo era su única esperanza y debía actuar rápidamente. Miré a Alec. Estaba junto a mí, tenso, pero presente.

—Algo le obstruye la respiración. Debo hacerle una traqueotomía.

Abrí el maletín y sentí la familiar seguridad de mis instrumentos, aquellos que me acompañaban en cada emergencia.

Le suministré dos dosis del analgésico más potente que tenía. Me coloqué los guantes quirúrgicos, cogí el bisturí desechable y realicé una incisión limpia y precisa en la tráquea. A partir de ese momento, actué en modo automático. Mis movimientos eran seguros: removí lo que obstruía la respiración, un fragmento óseo, con facilidad. Introduje la cánula, sellando la herida.

Mis manos enguantadas se tiñeron de un rojo familiar, un color que, en ese momento, me proporcionaba una extraña sensación de tranquilidad. Era más tranquilizador verme a mí misma operando ese hombre dentro de un auto y bajo las estrellas, que afrontar todo lo que me había pasado desde que había llegado a Australia.

Alec me pasó los instrumentos en el orden exacto en el que los pedía. Mis manos se movían con rapidez, redescubriendo la familiaridad de los gestos que, aunque no había hecho en semanas, conocía perfectamente. Levanté la vista hacia Moses. Su expresión reflejaba molestia, probablemente más por necesitarme que por la intervención improvisada.

—Ahora llévalo al hospital más cercano. Esto es solo un procedimiento de emergencia para liberar las vías respiratorias. Necesita antibióticos, pero en cualquier centro médico sabrán qué hacer. —Moses asintió, nos dio la espalda para subir al auto y se fue sin mostrar siquiera una pizca de agradecimiento. Yo me quedé con Alec en la oscuridad, bajo la luz de la luna, los guantes aun puestos y manchados de sangre, viendo como el Jeep se alejaba a gran velocidad. Dejé escapar un suspiro de alivio y cansancio. Lo había salvado de una muerte segura. Levanté los ojos al cielo, estaba lleno de estrellas. Luego me giré hacia Alec: me observaba. Sonreí ante esa mirada, reflejada en sus ojos, tratando de imaginar lo que podía estar sintiendo detrás de esa expresión impenetrable.

Capítulo 20

Nunca habría imaginado que algo así sucediera, pero esa mañana me levanté al amanecer y me adentré sola en la selva. Necesitaba tiempo para pensar y reorganizar mis ideas.

El paisaje se veía completamente distinto a todo lo que había conocido. La humedad cubría las hojas, y una bruma ligera hacía que todo pareciera envuelto en un filtro. Algo había cambiado entre Alec y yo, y ni siquiera yo sabía cómo me sentía. Habíamos hecho el amor, había salvado la vida de su amigo, un hombre que no lo merecía. Se había forjado entre nosotros un vínculo extraño, uno que no sabía cómo definir. A pesar de que seguía siendo prisionera, ya no lo era de la misma forma que cuando llegué. Era una sensación extraña. Ya no pertenecía al mundo que había dejado atrás, ni a Leonard ni a mi familia. Pensar sobre a quién pertenecía me llenaba de incomodidad. Continué adentrándome en la selva, hasta llegar al arroyo. Me quité la camiseta y bajé los pantalones antes de entrar poco a poco en el agua fría. El fondo era fangoso y estaba lleno de piedras, pero intenté no darle importancia, concentrándome en lo refrescante que era el agua y en cómo me ayudaría a ordenar mis ideas. Una vez superado el frío inicial, me adentré más en el agua, apresurándome un poco. No veía cocodrilos, pero aún así preferí ser rápida.

—Te aclimataste bien. —La voz de Grace me golpeó como una puñalada en la espalda, justo cuando salía y trataba de ponerme la ropa. Estaba de pie frente a mí, mirándome con disgusto, como si nunca hubiera visto algo más repulsivo que mi cuerpo desnudo. Intenté pasar los pantalones a través de las piernas empapadas sin perder el equilibrio y rodar por el suelo. Hubiera sido la segunda vez delante de ella y quería evitarlo.

—¿Qué quieres Grace?

—¿Te lo llevaste a la cama? ¿Al fin lo lograste?

Me había puesto la camiseta y me sentía mucho más cómoda. No pensaba darle la más

mínima satisfacción.

—No es asunto tuyo.

—No podrá amarte nunca —disparó a quemarropa.

No entendía el motivo detrás de esa advertencia, pero vi una grieta en su defensa y no dudé en aprovecharla sin piedad.

—¿Esta preocupación por mí, tiene algo de autobiográfico? ¿Estás hablando por experiencia propia?

Por primera vez desde que la conocía, la vi en problemas, pero solo fue un instante. Apretó los labios y arqueó la ceja, intentando mostrarse dura. Sin embargo, gracias a mi experiencia con los pacientes, conocía demasiado bien la psicología humana. Sabía que me atacaba por inseguridad. No sería indulgente; aprovecharía la oportunidad.

—Doy por hecho que, desde que estoy aquí, ya no te folla, ¿cierto? —Había dado en el clavo. Lo sabía, incluso sin esperar su respuesta.

—Lo conozco desde que era un niño, somos como una familia, y tú nunca serás parte de eso.

—Tal vez no lo sepas, pero me estás dando una excelente noticia.

—No sabes dónde te estás metiendo. Avanzas a tientas en la oscuridad.

—Y tú estás tan cegada por los celos que no sabrías qué hacer para liberarte de mí. Pero no te preocupes, no deberás soportarme mucho más. Mi estadía aquí llegará pronto a su fin.

—En realidad te odia. A ti y a tu familia. Si quieres saber algo, tal vez deberías preguntarle a tu padre de dónde sacaba a los niños para sus experimentos.

¿Niños? ¿Experimentos? La pregunta resonó en mi mente como un eco, fría y aterradora. Algo se agitó en las orillas de mi consciencia, algo doloroso como una herida abierta.

Avanzó hasta quedar frente a mí, sin apartar la mirada.

—Por el contrario, creo que sabes más de lo que crees. Haz un esfuerzo con tu memoria...

Fuimos interrumpidas por un repiqueteo de pasos detrás de ella. La figura de Moses apareció, elevándose tras Grace y proyectando una sombra alargada que oscurecía su rostro. Tenía la mirada baja y la cara surcada por la preocupación. Habló como si alguien le estuviera apuntando una pistola en la espalda, avergonzado y con dificultad.

—Shein se recuperará. Quiero agradecerte.

Solo verlo me provocaba náuseas. Era el mismo hombre que había dado luz verde a mi caza, no podía olvidarlo.

—Lo sabía. El agradecimiento, métetelo en el culo. No lo hice por ustedes —escupí. Y era cierto. Los odiaba y nunca hubiera hecho nada por ninguno de esos tres. Pero, al mismo tiempo, seguía turbada por las palabras de Grace. No lograba reconciliar lo que había dicho con los recuerdos confusos que conservaba, recuerdos que ella, de algún modo, había despertado.

Moses asintió, como si comprendiera mi reacción. Era un bastardo, pero los bastardos también tenían sus códigos. Los dejé allí, alejándome sin siquiera un saludo. Solo tenía una idea fija en la cabeza: hablar con Alec y descubrir toda la verdad.

Capítulo 21

Me impuse a mí misma caminar despacio. No quería que Moses y Grace pensarán que tenía prisa por regresar con Alec. No quería que pensarán eso, aunque en el fondo, era exactamente lo que sentía: un deseo espasmódico e incontenible de salir corriendo. Solo quería alcanzarlo, exigirle explicaciones, disipar todas esas dudas que martillaban mi conciencia. Mi mente era como un telón que se levantaba lentamente, revelando lo que se ocultaba en el escenario. Y lo que el telón desvelaba era algo inquietante y morboso.

Apenas estuve fuera del alcance de su vista, comencé a correr. Mis piernas seguían un ritmo propio que no lograba detener. De repente, el aire me faltó, y me encontré en medio de la selva, sola. La cabeza me dio vueltas. Miré a mi alrededor, girando a la derecha y a la izquierda, pero solo veía vegetación. Idéntica, infinita vegetación que me rodeaba y parecía ahogarme. La sensación de la garganta que se cerraba me bloqueó. Sentía que ya no podía más. ¿Qué era? ¿Un ataque de pánico? No me pasaría nada. Se lo repetía siempre a los pacientes, la sensación de muerte era intensa, pero la muerte no llegaría nunca. Sabía que el malestar era solo temporal. No estaba muriendo, no estaba muriendo. Pero todo a mi alrededor se hizo oscuro. Lo último cosa que logré pensar con lucidez fue que, si me desmayaba ahí, en medio de la selva, entonces sí moriría de verdad. Por mil motivos. No logré aferrar uno solo mientras mis piernas se aflojaban, pero sabía, con certeza, que no sobreviviría.

Mis párpados se levantaron lentamente. ¿Era de día o de noche?

¿Estaba en el hospital o en casa? En ninguno de los dos. Me encontraba en una habitación grande, de paredes blancas y techo alto. Estaba tendida en una cama matrimonial, cubierta por las mantas. Moví los brazos y las piernas, notando el frescor de las sábanas en mi piel. Estaba desnuda. Me senté, los sentidos aún aturdidos. Estaba sola en la habitación de Alec. La había

visto de pasada, pero nunca había entrado. Era sobria, completamente blanca, sin cortinas en las ventanas. Pero, ¿quién podría haberlo espiado si no tenía vecinos cerca? Un gran armario de madera oscura ocupaba toda la pared frente a la cama de hierro forjado en la que me encontraba. Intenté recordar. Estaba corriendo hacia Alec cuando el ataque de pánico me había abrumado. Me había desmayado.

La puerta se abrió con un suave crujido. Su figura apareció en el umbral, imponente, casi desbordando el espacio con su presencia. En sus manos sostenía una bandeja. Sobre ella descansaba un vaso, lleno de un líquido naranja que brillaba débilmente a la luz que se filtraba desde la habitación.

Tal vez esperaba encontrarme aún desmayada, porque en cuanto me vio, sus ojos se agrandaron y su expresión se volvió más seria, llena de preocupación.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con voz suave. Colocó la bandeja sobre la mesita de noche y se acercó rápidamente a mí. Con ternura, presionó sus labios contra mi frente para verificar mi temperatura. —No tienes fiebre. Luego tomó el vaso y lo acercó a mis labios, animándome a beber. El jugo tenía un sabor dulce y agradable. Bebí un par de sorbos, pero Alec volvió a presionar el vaso contra mi boca para que tomara más. Solo cuando terminé, lo volvió a colocar en la mesa.

—Me siento mejor ahora. ¿Fui tú quien me socorrió?

—Salí a buscarte y te encontré desmayada en la selva —respondió, su voz grave y tranquila.

—Intentaba regresar aquí... —dije, pero por alguna razón, las palabras "contigo" quedaron atrapadas en mi mente, sin atreverse a salir. Me mordí la lengua, sintiendo que, si las pronunciaba, podrían cambiar todo. No podía dejar de mirarlo. Había algo en sus ojos, una intensidad que parecía devorarme, y el músculo tenso de su brazo, como si nunca pudiera relajarse.

—¿Qué te sucedió? —Su voz resonó en la habitación, profunda y firme, sin dejar espacio para la evasión. Cerré los ojos. Sabía que la pregunta llegaría, sabía que tendría que enfrentarlo. Pero no estaba lista, no en ese momento. Cogí su mano, grande y cálida, que envolvió la mía, fría a pesar de estar bajo las mantas. Necesitaba su cercanía, su cuerpo, sentirme protegida. No quería nada más. En lo profundo, sentía que después de que habláramos, las cosas entre nosotros cambiarían para siempre. Ese lazo que había nacido entre nosotros, frágil pero real, se desmoronaría, aplastado por el peso del pasado y la verdad. Pero antes de todo eso, necesitaba sentirlo mío una última vez.

Me incorporé, dejando que la sábana resbalara por mi pecho. Me acerqué lentamente hasta que mis labios estuvieron a solo unos milímetros de los suyos.

—Hagamos el amor, antes —susurré, mientras con la otra mano acariciaba su rostro, que comenzaba a cubrirse con una incipiente barba.

—Tenemos que hablar ahora... ¿Fue Grace?

Hice un leve gesto con la cabeza, negando, porque en el fondo no era Grace la causa de mi malestar, sino lo que ella había dicho, lo que había desenterrado en mi memoria. Intenté apartar ese pensamiento, aunque me resultó difícil. ¿Era posible cerrar la mente, como si fuera un compartimento estanco, y posponer el razonamiento, la reflexión, el pensamiento? Lo intentaría.

—¿Me observaste mientras me desnudabas, Alec?

Estaba desnuda. No tenía ni siquiera las braguitas, me había quitado absolutamente todo. La mano con la que le acariciaba el rostro bajó al cuello. Sentí su vena palpitando fuerte, su sangre que fluía a un ritmo frenético bajo la piel. Continué mi camino descendente hasta llegar al corazón: también él latía en forma intensa y regular. Continué descendiendo, a los abdominales duros que con el contacto de mi palma se contrajeron, como un instrumento afinado y sensible al tacto. Y luego seguí bajando, hasta la hinchazón en su ingle. Acaricié la turgencia de la tela sintiéndolo gemir sobre mis labios. Me sentía potente, necesitaba tenerlo dentro, que fuera parte

de mí. Lo apreté apenas y gimió aún más.

—¿Te excitaste cuando me desnudaste Alec? Responde...

La habitación se llenó de una electricidad palpable. Cada respiración, cada roce, cada mirada, era una invitación al deseo.

La respuesta llegó con su mano presionando sobre la mía. Me encontré ejerciendo más presión de lo que hubiera imaginado que podía soportar. Pero esa maniobra lo excitaba porque la erección aumentó, como nunca hubiera pensado que podría suceder.

—Estás jugando con fuego, Isabelle.

Me gustaba jugar con el peligro. Profundicé el beso y Alec no se hizo de rogar. Tomó mi boca y la recorrió con decisión mientras guiaba mi mano en esa excitante caricia. Pero esa vez yo quería más. Quería probarlo, quería una intimidad que aún no habíamos tenido. Me separé y quité mi mano de debajo de la suya. Estaba desnuda, en ventaja. Aparté las sábanas y me deslicé fuera de la cama, de rodillas. Ubicada entre sus muslos, desnuda, llevé mi mano al cinturón y lo desabroché. Mi mirada estaba fija en la suya, al menos hasta que no se posó sobre sus pantalones, que parecían a punto de estallar. Volví con mis ojos a los suyos. Sus labios estaban apenas entreabiertos y su mirada, cargada de intensidad, parecía querer tragarse cada parte de mí. Lo miré mientras liberaba los botones de los ojales y deslizaba mi mano en sus bóxers para tomar lo que más deseaba en ese momento. Me sentía poderosa. Su polla salió dócil de la prisión e inmediatamente la recompensé con una bella caricia que la exponía ante mis ojos. Acerqué mi nariz, impregnando su aroma a hombre en mi memoria, y luego pasé una generosa porción de mi lengua sobre la superficie de la punta. Una vez, dos veces, hasta que el sabor me fue familiar. Luego aproximé mis labios para chuparlo. Lo devoré haciéndolo bajar entre las paredes de mi boca, lamiéndolo. La cadera de Alec se movía al ritmo de mi succión, incontrolable y excitado.

Pensar que en poco más gozaría del fruto de las atenciones que le estaba prodigando, en dureza y resistencia, bastaron para excitarme aún más. Alec recogió con delicadeza mis cabellos

en su puño y con decisión me apartó.

Con una facilidad que parecía natural en él, me levantó por debajo de los brazos y me colocó a horcajadas sobre su regazo.

—Lo preparaste bastante, ahora es todo tuyo. —Con ojos que me penetraban antes que el resto de su anatomía, me hizo tender sobre la cama. Sentí que se deshacía primero de su camiseta y después de los pantalones. Luego el calor de su cuerpo cubrió el mío, desnudos ambos.

Su mano se aventuró por mi cuerpo, explorando mi intimidad. Introdujo un dedo, el más largo, y lo retiró. Luego repitió el proceso, una vez más, dentro y fuera. Posteriormente, fue el momento de su virilidad; la deslizó en mí con un movimiento suave, facilitado por mis propios humores. En esa posición casi primitiva, yo abajo y él arriba, me poseía mientras yo lo ordeñaba con toda la fuerza de mis músculos.

—¿Lo supiste, cierto? Has descubierto que soy yo...

Sus palabras me quitaron el aliento. Estaba demasiado excitada para entender qué quería decir pero, en el fondo, sabía a qué se refería. No hablé, limitándome a absorber sus embestidas y a gozar. Alec usaba su polla como un instrumento de tortura y al mismo tiempo de placer.

—Has descubierto que soy el niño que tu padre y su socio mantenían en las jaulas. Y tú venías a visitarme, una vez a la semana.

Los recuerdos explotaron potentes junto al orgasmo. Era él. Todo volvió a mí en un instante. El niño, tan delgado, con sus enormes ojos negros llenos de miedo, fijos e inmóviles. Sus dedos, apretando con fuerza los barrotes de la jaula. Yo, temerosa de entrar en ese lugar, pero incapaz de evitarlo. Su boca sellada, de la que nunca salió palabra alguna ni mucho menos una sonrisa. Y junto a esa certeza explotó mi orgasmo, fuerte, potente, imparable.

Cuando toda la energía que habíamos liberado se agotó, me sentí débil, vacía, como si me hubieran robado las fuerzas. Alec, por el contrario, permaneció firme, lleno de vitalidad. Con una rapidez asombrosa, me tomó, sosteniéndome suavemente entre sus brazos. Los párpados caían

pesados, el sueño me envolvía. Mis ojos se dirigieron al vaso sobre la mesa de luz.

—Me has drogado... —murmuré. Él no lo negó, solo me miró a los ojos con una expresión que no logré descifrar.

—Ese niño era yo —dijo. Y todo se volvió oscuro.

Capítulo 22

Desperté sobresaltada, con una sensación de náusea inminente, los oídos tapados y un molesto zumbido en la cabeza. Me costaba orientarme. ¿No me había quedado dormida en la cama de Alec después de haber hecho el amor? Entonces, ¿qué hacía yo en un avión, probablemente privado, considerando el silencio y el lujo de la cabina? Tenía el cinturón abrochado y un sabor en la boca que me recordaba a algo podrido. ¿Una rata, quizás? De repente, una azafata se materializó junto a mí, como una aparición, un ángel. Tenía una sonrisa radiante y el cabello perfectamente recogido en la nuca.

—Quisiera un vaso de agua —balbuceé con tono suplicante.

—Por supuesto doctora Kent. —Nadie me llamaba así desde hacía semanas.

La observé alejarse en el reducido espacio, caminando en silencio sobre la alfombra, mientras hablaba con alguien al otro lado de una cortina pesada y azul. Luego apareció un hombre con un traje oscuro, posiblemente de mi edad. Su rostro reflejaba una expresión de satisfacción, como si verme despierta fuera un logro importante para él.

—Doctora Kent, es un placer ver que se despertó, ¿cómo se siente? Estamos regresando a casa.

¿A casa? Lo miré, confundida. Estaba bien peinado, su cabello negro grueso perfectamente ordenado hacia atrás, y sus ojos brillaban con una expresión casi transparente. La azafata apareció con un vaso de agua en las manos. Sin decir nada, lo tomé y bebí con ansias, esperando que el ardor en mi lengua se desvaneciera.

—Necesito ir al baño.

Quería hacerle tantas preguntas, pero la urgencia era tan grande que si no actuaba rápido,

corría el riesgo de mojar el asiento frente a Mister Elegancia y Miss Cabello Perfecto, lo cual no hubiera sido lo más beneficioso para mi orgullo.

—Por supuesto.

Cuando llegué al pequeño baño del avión, tambaleándome, me encerré de inmediato. Antes de aliviarme, me encontré con mi reflejo borroso en el diminuto espejo sobre el minúsculo lavamanos. Entrecerré los ojos, preguntándome si era realmente yo. ¿Dónde había quedado mi palidez y mis cabellos cuidadosamente peinados? La mujer que me miraba desde el espejo tenía el rostro dorado, los labios agrietados y líneas marcadas en la frente y entre las cejas. El cabello, en lugar de su antigua suavidad, parecía una maraña desordenada y pajosa, como una escoba. Y el color, que siempre había sido diáfano, había sido reemplazado por un bronceado cálido. ¿Cómo había logrado Alec verme atractiva?

Alec. La simple mención de su nombre, la idea de lo que éramos, me atravesó como una puñalada al corazón. Me había drogado. Lo último que recordaba era aquel maldito jugo que me obligó a beber. Sabía que había descubierto la verdad y que, al hacerlo, había querido alejarme. Yo podía vivir con eso. A pesar del dolor, no tenía nada con lo que defenderme. No podía cambiar esa realidad. Alec me odiaba por lo que mi padre le había hecho, y por mucho que lo deseara, nunca podría sentir algo distinto por mí. Se había dejado llevar por la lujuria un par de veces, pero eso era todo. El rencor siempre había sido más fuerte. Terminé, me enjuagué las manos y pasé las palmas húmedas por el cabello. Lo tiré hacia atrás y lo recogí con una banda elástica que tenía en la muñeca.

Al salir del pequeño baño, encontré a mi interlocutor esperándome en el mismo lugar donde lo había dejado. Se levantó al verme y solo se volvió a sentar cuando yo ocupé mi asiento. Ya no estaba acostumbrada a tanta caballerosidad

—Doctora Kent, soy Andrew Parker del FBI. Estamos en este avión para llevarla de vuelta a casa, nuestro destino es Charlotte. Pronto podrá abrazar a su novio y a su familia.

Permanecí en silencio.

—Su secuestro terminó.

Quizá el agente Parker esperaba ver en mi rostro una expresión de alivio, un estallido de lágrimas, o algo que indicara alegría. Pero no pude. Lo único que sentía en ese momento era abandono. Alec me había dejado. Me había descartado. De alguna manera, había logrado hacerme subir a ese avión y enviarme de vuelta al remitente.

No debería haberme sentido así; debería haber gritado, llorado de felicidad por estar regresando a casa, con Leonard, con mi familia. Pero en lugar de eso, lo único que sentía era un nudo enorme en la garganta.

—¿Cómo acabé en este avión?

—Recibimos una llamada anónima, seguida de un taxi que se detuvo frente a la estación de policía local. El taxista, quien fue contratado por un hombre que prefirió permanecer en el anonimato, informó que la había encontrado desmayada y la transportó hasta la estación. Según el protocolo, debería haberse llevado inmediatamente al hospital para una revisión, pero su familia se opuso. Su padre y su novio contrataron a un médico privado y exigieron que la trasladaran de inmediato a Estados Unidos. Estamos trabajando a toda velocidad para identificar a sus secuestradores.

—Comprendo.

—Estoy aquí para hacerle preguntas, Doctora Kent. A su llegada tendremos a disposición también un experto para confeccionar un identikit. Los atraparemos, se lo aseguro. —Asentí. ¿Cómo debía sentirme? ¿Y cómo me sentía en cambio realmente? Todo era tan confuso.

—¿Cuánto tiempo estuve afuera?

—Dos meses.

Dos meses lejos de casa, dos meses que me habían cambiado por completo la vida.

—Tenemos todavía cuatro horas de vuelo. Diría que las aprovechemos para empezar a reconstruir los hechos.

Inspiré hondo. Reconstruir los hechos. ¿Cómo iba a compartir con ese hombre los dos meses que casi me costaron la vida y que, de alguna manera, habían trastornado mi existencia? Apreté los dientes.

—Está bien, estoy lista.

Y comenzaron las preguntas.

Capítulo 23

Desde el momento en que aterrizamos, todo fue como estar dentro de una burbuja gigantesca. Apenas puse un pie en suelo estadounidense, mi madre me abrazó con tal fuerza que me sofocó. No recordaba que alguna vez lo hubiera hecho con tanta intensidad. Mi padre llegó inmediatamente después, pero su gesto fue menos efusivo. Se había restablecido bien desde la última vez que lo había visto; había recuperado peso y color. Finalmente, Leonard, que antes de abrazarme me miró con expresión asombrada, como si tuviera una escoba en la cabeza, algo que, en realidad, era bastante cercano a la verdad. Me dio un beso rápido, con los labios cerrados, y un par de palmadas en la espalda, como si fuera uno de sus amigos o un perro fiel que regresa a casa después de haberse perdido. Estaba confundida. Debería haberme sentido feliz, pero en cambio me sentía vacía, completamente privada de sentimientos, de calidez, de vida.

Las voces se convirtieron en un zumbido indistinto. Luego llegaron los flashes y los micrófonos de los periodistas que se acercaban. Miré todo sin ver nada en realidad, dejando que una mano me guiara del brazo hasta un sedán oscuro, donde estuve a salvo. Me encontré apretujada entre Leonard y mi padre. Ambos hablaban, hablaban y hablaban. No conseguía seguir lo que decían, como si, de repente, su lengua ya no fuera la mía. ¿Era posible que a ninguno de los dos le importara escuchar si yo tenía algo que decir?

—No te preocupes, los capturarán.

—Y nos devolverán hasta el último centavo.

—Puedes estar seguro, no se saldrán con la suya.

Estaban complotando entre ellos y el que yo estuviera presente en el auto, más precisamente en medio de ambos, parecía un mero hecho fortuito.

Llegamos rápidamente a mi hogar. Era mi departamento. Leonard y yo no vivíamos juntos,

al menos no aún. Yo tenía mi propio espacio y él el suyo, y en ese instante, me sentí profundamente agradecida por ello. Entrar a mi casa fue la primera emoción genuina y reconfortante que experimenté desde que me subieron al avión, la única capaz de sacarme de mi letargo. El sofá beige, la alfombra roja, las cortinas azules... Mis ojos se llenaron de lágrimas por un sentimiento que no sabía cómo definir. ¿Nostalgia? ¿Consuelo? Pero el hecho de que los objetos y el lugar que los albergaba pudieran evocar en mí emociones más intensas que las que había conseguido despertar mi familia era, sin duda, algo que merecía reflexión. Siempre que tuviera la claridad para hacerlo. Sabía que Leonard estaba detrás de mí. Sus manos se posaron suavemente sobre mis hombros. Respiré hondo, intentando calmar el sentimiento de repulsión que me provocaba.

—Sería bueno que fueras a darte una ducha caliente.

Mi padre ni siquiera había entrado en casa; mi madre había regresado a la Villa en otro auto. Estábamos solos, él y yo.

Me contuve de insultarlo, porque su invitación no había sido una cortesía, sino casi una exteriorización de su fastidio. Fui al baño y me encerré con llave para evitar sorpresas desagradables. Me quité la ropa mientras el agua se calentaba. La imagen de mí que me devolvió el espejo esta vez no se limitó solo al rostro, sino que reflejaba mi figura entera. Había perdido peso, pero mis músculos no habían sufrido ningún detrimento en cuanto a su firmeza. Las caminatas por la selva me habían mantenido en forma más que la actividad física que hacía en mi vida cotidiana. *Cotidiana*. Ni yo sabía lo que era la normalidad en ese momento.

El agua caliente reconfortó mi cuerpo, pero no podía hacer nada contra el malestar que me devoraba por dentro. Había crecido como una hierba venenosa en mi interior, amenazando con asfixiarme. ¿Dónde estaba mi lugar? ¿A qué mundo pertenecía? ¿Y, lo más importante, a quién pertenecía, además de a mí misma? Las lágrimas comenzaron a brotar sin cesar. No tenía respuestas, no tenía nada, excepto un dolor inmenso que me apretaba el pecho. No quería sufrir, quería sentirme tranquila, serena, satisfecha, finalmente en casa. ¿Por qué, entonces, no lograba

experimentar esas sensaciones?

Cuando el agua se volvió fría y mis ojos comenzaron a arder, salí de la ducha. Me envolví en mi bata gris perla y caminé hacia el salón. Leonard estaba recostado en el sofá, mirando televisión. Se había quitado la chaqueta del traje y arremangado las mangas de la camisa. Me quedé unos segundos observándolo, con el hombro anclado en el marco de la puerta. ¿Era ese mi hombre? ¿El que debía hacer latir mi corazón con fuerza? ¿El que debía hacerme sentir como si me deshiciera por dentro? ¿Era él quien debía mantenerme segura?

Leonard se levantó, como si hubiera sido evocado por mis pensamientos. Me miró con esos ojos claros, casi transparentes, y se acercó a mí.

—Ahora está mejor... —murmuró, tomándome las manos. Estaban heladas, a pesar de la ducha caliente. Me miraba como si hubiera llegado el momento tan esperado. Luego, de manera algo repentina, se acercó aún más y hundió su rostro en mi cuello. Su colonia era la misma de siempre: familiar, lujosa y, al mismo tiempo, abominable. Con las manos intentó introducirse dentro de mi bata, con una seguridad que parecía capaz de ignorar cualquier buen juicio. Murmuró una serie de obscenidades en mi oído, palabras que fueron suficientes para revolverme el estómago. Lo aparté, educada pero decididamente. No sabía bien lo que quería, pero sí sabía exactamente lo que no quería.

—Te lo suplico, Leonard, estoy conmocionada. No puedo.

Él se enderezó rápidamente, con la expresión molesta de quien hubiera preferido que le sacaran un diente antes que estar allí en ese momento.

—Por supuesto, estás cansada, lo entiendo.

Su alejamiento me permitió recuperar la respiración que había estado conteniendo por culpa de ese asalto.

—De hecho, ¿sabes qué hará? Me iré, así podrás descansar como corresponde. —Se puso la chaqueta, me dio un apresurado beso en la frente y se dirigió hacia la puerta. —Te llamaré por la

mañana. La policía quiere interrogarte.

La puerta se abrió y se cerró. En un instante estaba dentro, al siguiente, afuera. Y también fuera de mi vida, sin opciones. Mi cuerpo lo rechazaba. No era esa la boca que deseaba besar con toda mi alma, ni esos los brazos en los que quería encontrar consuelo. Me desplomé sobre el sofá, aferrándome a las solapas de mi bata. Estaba mejor sola; ya había cambiado demasiado. En el silencio de mi piso, rodeada de mis objetos familiares, podía pensar en cómo me sentía realmente. Ahora era libre de respirar sin Leonard, pero me sentía tan vacía que ni siquiera mi propio espacio podría haberme salvado de esa sensación de pérdida. Ser una extraña en mi propia tierra, en mi propia casa.

Avancé hacia el dormitorio como una zombie. Todo allí me era familiar, pero al mismo tiempo se sentía ajeno. Me senté en la cama y observé las gotas sobre la mesita de luz. Las miré un momento, pero aparté la vista. No pensaba caer en la tentación de las drogas otra vez. Me sentía traicionada, abandonada, sola. Y también enfadada. Mi alma estaba llena de sentimientos contradictorios que no podía comprender, pero que me drenaban por dentro.

Una hora después, seguía dando vueltas en la cama, incapaz de cerrar los ojos. Sabía que, si no lograba apartar esa idea de mi cabeza, la noche se me iría en vela. Así que cogí el teléfono y marqué un número que conocía de memoria.

Capítulo 24

—Isabelle, ¿eres tú?

La voz de Lucy, aunque adormilada, se volvió alerta en cuanto me reconoció.

—¿Estabas durmiendo?

—Bueno, considerando que son las dos de la madrugada, sí. ¡Pensaba ir a verte por la mañana para saber cómo estabas! Pero me alegra que me hayas llamado, aunque sea a esta hora. Siempre y cuando todo esté bien... Oh, Dios, ¿cómo puede estar todo bien si me llamas a esta hora?

—Lucy, basta. —Siempre había sido una máquina de hablar—. Estoy bien, estoy en casa, solo que no consigo dormir. Necesito hablar contigo. Ahora.

— ¿Ahora?

—Sí, no puedo esperar hasta mañana.

—Me cambio y voy para allá.

La espera no fue larga, ya que Lucy vivía cerca y tardó solo un cuarto de hora en llegar. Al abrir la puerta, me encontré con sus brazos abiertos, y me lancé en busca de su abrazo. Después de Wang, era la única persona a la que realmente había extrañado, la única cuya cercanía despertaba en mí un afecto sincero y profundo. Seguía siendo la misma, con sus cabellos rubios y finos, y su cuerpo regordete, a pesar de las mil dietas. Quería ser relaciones públicas, y sus padres finalmente habían cedido ante su insistencia, permitiéndole seguir el curso que había elegido.

—¿Entonces? ¿Estás molesta conmigo porque no vine hoy? No quería agobiarte...

Levanté las manos para detenerla. Lucy podía ser un torbellino cuando se lo proponía.

—No, no en absoluto. No es eso, Lucy.

Pareció relajarse de inmediato y todo el discurso que había preparado en su mente se desvaneció.

—Necesito pedirte algo. Algo muy importante. Tendrás que hacer un gran esfuerzo para recordar.

—Estoy lista. —Lo decía con una mirada fija y una concentración tan intensa que no podía dudar de su seriedad.

—Quiero que recuerdes los domingos cuando éramos pequeñas. ¿Te acuerdas de que siempre almorzábamos con tu familia en casa de tus padres?

—Sí.

Tragué, intentando calmarme.

—¿Recuerdas cuando bajábamos al sótano a escondidas?

—Sí —respondió suavemente, evitando mi mirada.

—¿Recuerdas a ese chico, Lucy? ¿Ese muchacho extremadamente delgado que estaba en la jaula, al que le llevaba pan?

Tan pronto como pronuncié esas palabras, sentí un ardor intenso en los ojos. La expresión de Lucy se transformó en un instante, y su rostro se volvió serio, como si la distancia temporal la hubiera hecho perderse en recuerdos lejanos.

—Sí, lo recuerdo.

Suspiré, entre alivio y tormento, no sabría decir cuál de los dos. Tal vez, en algún momento, había llegado a pensar que todo eso era solo producto de mi imaginación. Y en cierto modo, lo había deseado. Pero no, era real.

—Fui secuestrada por su familia, en realidad por el hermano y su banda. Estuve con él, en Australia.

Los ojos de Lucy se abrieron, desorbitados. —¿Con él? ¿El chico de la jaula?

—Sí.

—¿Pero cómo es eso posible?

—Primero secuestraron a mi padre, luego tomaron el dinero del rescate y finalmente me secuestraron a mí. Pero, en mi caso, debía ser eliminada. Era una especie de resarcimiento por el pasado.

—Dios mío... ¿Y él se acordaba de ti? ¿Qué ocurrió luego? ¿Cambió de parecer?

—Sí. En realidad, al principio no supe que era él. Es complicado. Pero de alguna manera, me protegió. De hecho, me salvó la vida.

No podía explicarle todo lo que había sucedido en pocas palabras, pero lo que le había dicho era cierto. Si no hubiera sido por Alec, estaría muerta.

—¿Sabes lo que le hicieron nuestros padres a ese niño?

—Isabelle, nunca hablamos de eso, ni siquiera entre nosotras. Lo que sucedía en el sótano de casa de mi padre permaneció como un secreto. Yo misma no había vuelto a pensar en lo ocurrido en aquellos días, no hasta ahora.

—Dejando de lado lo que ellos hacían, Lucy, tenían a un niño secuestrado. ¿Te das cuenta? ¿Cómo pudimos no intervenir?

—Isabelle, éramos niñas, no lo olvides. ¡Bajábamos al sótano sobre todo para jugar con los animales! Y sí, él estaba allí... hasta que un día ya no estuvo. ¿Qué podíamos hacer?

—No lo sé, pero es absurdo pensar que nuestros padres estuvieran involucrados en algo así. ¿Crees que todo eso quedó en el pasado?

Lucy inhaló profundamente. —No tengo la menor idea, Isabelle. Dejamos esa casa hace mucho tiempo.

—No podemos simplemente ignorar lo que pasó.

—¿Qué quieres hacer, denunciarlo?

—¿Deberíamos fingir que nunca ocurrió?

—Ha pasado tanto tiempo...

—Pero no la magnitud de lo que hicieron.

—Piensa en tu familia. ¡Tu padre, tu madre, Leonard!

—Leonard no me importa en absoluto. Tendrías que haberlo visto hoy: estaba a punto de lanzarse sobre mí.

—¿Ya no lo amas?

—Creo que nunca lo amé.

—¿Es por él?

Sentí un breve momento de duda. No quería mentirle a Lucy, pero tampoco estaba segura de poder ser completamente honesta.

Me sentía en confianza, pero no estaba preparada para una confesión de esa magnitud.

—No, me di cuenta de que eso no es lo que quiero para mí. —Al decirlo, las palabras me parecieron apropiadas y llenas de sentido. Lo único que tenía claro era que no quería a Leonard.

—Pero ahora deberías dejar de pensar en esta historia e intentar dejarla atrás. Estoy segura de que había una explicación para todo lo que pasaba ahí abajo. Tal vez incluso era legal. Éramos demasiado pequeñas para comprenderlo, y ahora... no sé, me parece absurdo seguir rebuscando en el pasado. Tu familia ha pasado por tanto últimamente, y la mía también.

Miré a Lucy. Tenía razón, desde cierto punto de vista. Las pruebas habían sido muchas y difíciles. Pero, ¿olvidar? ¿Cómo podría?

Cuando Lucy se fue era noche cerrada. Sin embargo, sabía que no conseguiría dormir.

Capítulo 25

Cuando las puertas corredizas del hospital se abrieron ante mí, sentí de inmediato esa atmósfera familiar, esa sensación de estar en casa que experimentaba mucho más en el Charlotte Medical Center que con mis propios padres... o con mi novio. Un par de caras curiosas se volvieron hacia mí. Una enfermera que no reconocí pareció recordar mi rostro. Seguramente me habían mostrado en la televisión varias veces. Su expresión pasó de indiferente a sorprendida, y luego estalló en una sonrisa radiante.

—¡Ha regresado nuestra doctora Kent!

Decenas de miradas se volvieron hacia mí, y de repente, toda la agitación de la sala de emergencias se congeló por un instante que pareció eterno. Una pequeña multitud animada se acercó, rodeándome, abrazándome, estrechándome y besándome. Luego, mi enfermero preferido se abrió paso entre la multitud.

—¡Wang! —Le rodeé el cuello con los brazos, abrazándolo con fuerza, y él hizo lo mismo conmigo.

—¡Entonces, es cierto lo que vimos en la televisión!

—Parece que sí. —Contuve unas lágrimas que amenazaban con escapar.

—Bienvenida.

Fui asediada un rato más, hasta que Wang y yo conseguimos refugiarnos en nuestra salita. Todo parecía igual a antes de mi secuestro: la luz cálida, la cocinita, el café, la mesita frente a la cual nos habíamos sentado tantas veces. Me dejé caer en mi silla, y Wang me puso una taza de café caliente entre las manos.

—¿Fue difícil?

¿Tenía que mentirle también a él, como había hecho con Lucy? No podía.

—Estoy tan cansada, Wang... Sí, pensaba que no saldría viva.

—Lo entiendo, el secuestro... y todo lo demás. Pero verás que ahora, poco a poco...

—No, no se trata solo de eso, hay algo más.

—¿A qué te refieres?

Sentí un dolor en el pecho al pronunciar esas palabras. —Dejé a alguien allá. Una persona.

—Continúa. —Pero su voz había cambiado; me conocía demasiado bien, parecía haber intuido algo.

—¿No me vas a decir que te has enamorado de alguno de ellos?

—Yo...no lo sé. Sólo sé que siento un gran vacío dentro.

—¿Leonard?

—No, lo envié a casa. No quiero compañía.

—¿Ni siquiera la mía? Si quieres, llevo un paquete enorme de palomitas a tu casa y vemos una película esta noche. ¿Un clásico, como Austin Powers?

Cerré los ojos. Aunque necesitaba tener a alguien a mi lado, lamentablemente, ese alguien no era Wang.

—Estaré bien. Quiero regresar al trabajo cuanto antes. Para no pensar.

—Si lo que sospecho es cierto, parece ser normal desarrollar simpatía por los secuestradores a veces. Tómame el tiempo que necesites, todo pasará.

Asentí. Tenía que pasar.

—El trabajo, a veces, es la mejor de las medicinas.

—Eso suena como algo que diría tu padre.

Me sobresalté involuntariamente. —Necesito trabajar Wang —repetí.

—Está bien, pero sabes que trabajar no va a evitar que pienses en esto.

—Lo sé, pero siento que enloqueceré si me quedo encerrada en casa. O peor aún, con Leonard.

—¿Las cosas no están funcionando entre vosotros?

—Es complicado. Es como si estuviera con un extraño.

—Deberías darle una oportunidad.

—Sí. —¿Acaso había dicho que sí? Dentro de mí, cada fibra de mi ser se rebelaba ante la idea de compartir algo con Leonard. Cualquier cosa.

—Ve a hablar con el Director, estoy segura de que harán que te reincorpores pronto.

Estaba en la puerta cuando el móvil comenzó a sonar. Como una tonta, una pequeña parte de mí se aferró a la esperanza de que, por algún milagro, Alec podría estar llamándome. La idea de escuchar su voz, de sentir que aún había algo entre nosotros, habría sido como tocar el cielo con las manos. Pero no era él, sino Leonard.

—¿Dónde estás? —La frialdad de su voz me sorprendió. No hubo ni un atisbo de "¿cómo estás?" ni un simple "¿todo bien?". Nada. Solo una exigencia.

—En el hospital —respondí, intentando mantener a raya el fastidio por su prepotencia.

—¿Ya volviste al trabajo? ¡No habíamos hablado de eso aún! —Su tono no tenía ni la más mínima preocupación, solo pura irritación, como si yo le estuviera causando un inconveniente.

—¿Por qué teníamos que hablar? —Mi voz salió más cortante de lo que había planeado. El tono autoritario que se filtraba en sus palabras comenzaba a ponerme de los nervios. Ese comportamiento despótico comenzaba a despertar lo peor de mí.

Una sensación incómoda se instaló en el aire, como si, a cada palabra, estuviera cerrándose una puerta más entre nosotros.

—Simplemente no quiero que te apresures. Esta noche cenaremos juntos, pasaré a recogerte a las ocho.

Una ola de irritación me invadió. —No quiero salir. Dejémoslo para otro momento.

—Te llevaré a casa —insistió, sin ceder. Su voz mostraba una determinación que solo aumentaba mi incomodidad.

—Te enviaré un mensaje si cambio de idea y me apetece hacerlo —respondí, buscando una forma de cerrar la conversación. Tal vez funcionará, tal vez no.

Cuando finalicé la llamada, ya estaba en la puerta de la oficina del Director. Necesitaba dejar de pensar en todo lo demás y concentrarme en lo que realmente importaba: recuperar mi vida, retomar el trabajo. Leonard ya era parte del pasado, y debía encontrar la fuerza para enterrarlo de una vez por todas.

Capítulo 26

Ya había pasado una semana desde mi regreso a casa, y me encontraba en el hospital desde temprano. La rutina de los turnos había vuelto rápidamente a su lugar. La sala de urgencias, con su constante actividad, me ofrecía la distracción perfecta, y aproveché para cubrir turnos adicionales cuando algún compañero necesitaba tiempo libre. Mis visitas a la familia eran mínimas, solo lo esencial, y con Leonard nos comunicábamos lo mínimo, a través de unos pocos mensajes con los que siempre rechazaba sus invitaciones. Lo evitaba. Esa era la verdad. Sabía que eventualmente tendría que enfrentarme a él, pero no encontraba el momento oportuno, y en el fondo tampoco quería hacerlo. Mis pensamientos, en cambio, se centraban en otro hombre. Un hombre que no deseaba nada de mí, y que yo, a mi vez, tampoco debía desear. Reflexioné durante días sobre todo lo sucedido, intentando encontrar respuestas. Alec me había liberado, pero también se había distanciado de mí. Era hora de cerrar ese capítulo, dejarlo atrás y seguir adelante. Mi vida ya no pertenecía a ese mundo, sino a uno más ordenado, con reglas claras.

Acababa de enviar a un paciente al quirófano. Me sentía satisfecha por haber hecho todo lo que estaba en mis manos, pero algo en mi interior me impulsaba a seguir trabajando.

Sin embargo, Wang se acercó a mí, levantando la mano en un gesto claro, como si pidiera mi atención.

—Hiciste suficiente por hoy —dijo, con un tono firme pero tranquilo.

—Pero... —empecé a protestar, aunque sabía que no tenía mucho sentido seguir en ese estado.

—Tu turno ha terminado. Ese paciente estará demasiado tiempo en el quirófano. No puedes estar aquí todo el día, de la mañana a la noche —me interrumpió, con determinación.

Miré el reloj y suspiré. Tenía razón. Aunque sentía el cuerpo lleno de adrenalina, como si pudiera seguir trabajando sin parar, sabía que no podía exigirme más. Si lo hacía, corría el riesgo de afectar mi capacidad para tomar decisiones o incluso poner en peligro la salud de otros pacientes, sólo porque no quería regresar a casa y quedarme a solas con mis pensamientos. Con Alec, que entraba en mi cabeza y se quedaba allí como un clavo fijo, desgarrando todo a su paso. Pensaba en él, en su rostro, en todo lo que había sucedido. No podía dejar de hacerlo, aunque lo intentara. Necesitaba ese espacio, pero al mismo tiempo temía la quietud que llegaría al estar sola.

—Tienes razón, voy a cambiarme.

Bajé al vestuario, abrí mi casillero y me puse la ropa rápidamente. No me apetecía ir a casa, pero Wang tenía razón. Era necesario que retomara poco a poco la rutina. Abrumarme con trabajo no sería la solución a mis problemas. ¿Qué debía hacer? ¿Ir a terapia? Mientras me ponía el suéter, me imaginé recostada en el diván de un psicólogo, contándole cómo me había enamorado de mi secuestrador, cómo ese sentimiento enfermizo se mezclaba con la culpa que sentía por ser la hija del hombre que lo había tenido prisionero cuando él era un niño. Gran material para un manual. Golpeé la puerta del casillero, ahuyenté esos pensamientos y traté de concentrarme en la pizza congelada que me esperaba en casa. Me envolví en mi abrigo y subí las escaleras.

Crucé el vestíbulo del hospital, lleno de actividad, con gente que iba y venía. Emergencias, pacientes tranquilos. Era una noche normal de diciembre.

Las puertas corredizas se abrieron ante mí. La nieve comenzaba a caer, lenta y persistente, y pronto todo quedaría cubierto de blanco. Si no me daba prisa, podría quedar atrapada. El estacionamiento era amplio, pero recordaba exactamente dónde había dejado mi pequeño Ford. Desactivé la alarma y, en ese momento, una sombra apareció a mis espaldas, provocándome un sobresalto. Luego sentí una mano en el hombro.

—Isabelle...

Giré rápidamente, llevándome la mano al pecho. Era Leonard.

—¡Dios, Leonard! Me has dado un susto de muerte, ¿qué haces aquí?

Estaba impecable, con su abrigo color camello y el cabello rubio perfectamente peinado de lado. Sus rasgos fuertes, que alguna vez me habían atraído, ahora parecían tan distantes, casi ajenos. ¿Cómo habíamos llegado a este punto?

—¿Hay algo que pueda hacer por ti, Leonard?

—Vine a recogerte, vamos a cenar y luego iremos a mi casa. —Su tono era autoritario, como siempre, con esa expresión de control en sus ojos que me resultaba tan familiar.

—Esto no era lo que habíamos planeado.

Resopló, claramente exasperado. —No hagas un drama, Isabelle. Han pasado varios días desde tu regreso, y creo que me corresponde pasar tiempo contigo. —El tono de su voz era firme, con una nota de enojo apenas disimulada. "Me corresponde"... Siempre tenía esa manera de hablar, como si el mundo le debiera algo y él tuviera derecho a exigirlo. ¿Por qué hablaba siempre de derechos, de tomar, y nunca de dar?

—No estaba en nuestros planes y esta noche no quiero. —Me armé de determinación y avancé hacia el auto, pero su mano me detuvo al instante. Su agarre en mi brazo era fuerte, como si no tuviera intención de soltarme. —No me dirás que no también esta vez.

—Déjame —siseé, apretando los dientes. Pero Leonard no se movió. Fue entonces cuando noté que estábamos en una zona aislada del estacionamiento, lejos de las luces y del bullicio del hospital. Él y yo, solos. Mi mente empezó a dar vueltas, preguntándose qué podría ocurrir ahora. Nadie podría vernos ni oírnos. Leonard, con su altura y su presencia imponente, se erguía frente a mí como una pared, una fuerza que me atrapaba.

Mi reacción no lo intimidó, por el contrario, parecía avivar su ira. Su rostro se tornó rojo,

un color que se extendió hasta el cuello de la camisa, como si la rabia lo desbordara por completo.

—Esta noche dejarás que te folle, Isabelle. No voy a tolerar más tus evasivas —su voz era dura, fría, pero algo más había en ella, algo que no lograba identificar. Me tomó por la nuca y, rabioso, me obligó a acercarme a sus labios. El sabor de la boca de Leonard debió serme familiar, pero en lugar de eso, me resultaba extraño y distante. Era un beso suave y frío, sentía su lengua deslizándose en mi boca y me provocaba náuseas. No era Alec, maldición. Todo estaba mal porque no era Alec. Mi mente gritaba por salir de allí, por escapar, pero mi cuerpo estaba atrapado en una lucha que no podía ganar. Comencé a forcejear, a intentar liberarme, a buscar una salida, pero cuanto más me agitaba, más él aumentaba su control sobre mí. Cada movimiento que hacía para zafarme solo parecía hacerlo más fuerte, más decidido. La desesperación me invadió, pero me negaba a rendirme. No iba a dejar que él me dominara así. Lo pateé, golpeándolo en las espinillas, pero parecía que mis golpes iban a dar al vacío.

—Suéltala.

Las palabras llegaron, duras y secas, justo cuando la presión del cuerpo de Leonard comenzaba a disminuir. Esa voz, esa maravillosa voz profunda que me había fastidiado por días, que no había tolerado, que me había ofendido y ultrajado. Pero era él. Alec se interpuso entre nosotros, colocando su palma abierta sobre el pecho de Leonard. No me había dado cuenta de lo alto que era hasta que lo vi sobrepasar la cabeza de mi agresor. Sus cabellos oscuros caían sobre su frente y sus hombros. Era la versión urbana de un salvaje de la selva, vestido de negro de pies a cabeza.

—¿Y tú quién demonios eres? —Leonard, furioso y desconcertado, lo miró con los ojos azul pálido, completamente inyectados de rabia.

—Mantente lejos o te mato.

Tragué. La voz de Alec era tan firme y grave que no tenía ningún tipo de duda: cumpliría

su amenaza. Podía hacerlo, sin necesidad de armas, solo con su cuerpo. Se enfrentaba a cocodrilos sin titubear, y con ese mismo aplomo, podría destrozar a Leonard en un par de movimientos. Leonard retrocedió un paso y sacó su teléfono.

—¡Eres un loco! Voy a llamar a la policía. —Alec redujo la distancia en un par de pasos y, sin perder tiempo, le arrebató el teléfono de las manos. Lo lanzó al suelo con desprecio y, con un gesto frío, lo pisoteó con su bota. Luego lo tomó por el cuello del abrigo, levantándolo ligeramente del piso del estacionamiento. La fuerza en sus brazos era impresionante; parecía que no le costaba lo más mínimo manipular el cuerpo de su oponente, casi como si estuviera jugando con él.

—No vuelvas a acercarte a ella. De lo contrario, te dejaré en tal estado que ni tu madre será capaz de reconocerte.

Leonard tembló de miedo. Se soltó torpemente y acomodó su abrigo con un gesto digno, pero solo porque el agarre de Alec se había aflojado. Dio un paso atrás y comenzó a alejarse, mirando de reojo por encima de su hombro. No dijo una palabra más, solo lanzó miradas llenas de miedo y desprecio mientras se retiraba.

Fue entonces cuando Alec giró hacia mí. Mi corazón latió con fuerza. Mi mente casi no podía procesarlo. Dios mío, durante tanto tiempo había soñado con verlo, con abrazarlo, con sentir su cercanía. Y ahora, ahí estaba, tan tangible como siempre lo había imaginado, en el estacionamiento de mi hospital. Había venido por mí, para salvarme.

Sus ojos estaban oscuros y serios.

—Tu Leonard es un imbécil por dejarte sola con un desconocido en plena noche. Yo habría luchado hasta la muerte para defenderte.

Era cierto lo sabía. Esas palabras me reconfortaron el alma, percibía toda su intensidad y quedé turbada.

—No es mío y yo no soy suya. Fue exactamente eso lo que lo hizo perder el control. —Di

un paso hacia delante y, antes de dirigirle cualquier pregunta, acerqué mi rostro al suyo buscando sus labios. Ya no podía seguir esperando, ni seguir cuestionándome si era lo correcto o no. Algo me decía que había recibido una segunda oportunidad y no pensaba dejarla escapar.

Alec se inclinó sobre mí. Su fragancia me envolvió, esa que solo él tenía. Sus labios se abrieron en contacto con los míos. Era lindo sentirse invadida de ese modo, como si finalmente estuviera recuperando la posesión de algo que le pertenecía inextricablemente. Y yo estaba dispuesta a dársela. Me aferré con los brazos a su cuello, como si temiera que se escapara. Era absurdo, porque si hubiera querido, podría haberse liberado fácilmente de ese agarre tan débil. Pero no lo hizo.

Me separé por un instante, y mi frente se presionó contra la suya mientras intentaba recuperar el aliento.

—¿Por qué viniste?

—Tengo un trabajo que terminar.

No era precisamente lo que había esperado. Quería decir todo, pero a la vez nada.

—Alquilé un auto en el aeropuerto, pero lo dejaré aquí por esta noche. Ahora vayamos a tu casa.

Llegamos a mi piso sin intercambiar una palabra. Yo conducía tensa, creyendo que todo aquello era un sueño. Él, inmóvil a mi lado, erguido como una estatua, macizo, imponente, fuerte. Y silencioso.

Mi mano temblaba al intentar abrir la puerta, como si su presencia me pusiera tan nerviosa que ni siquiera podía mantener la mano firme.

—¿Por qué viniste? —pregunté, tan pronto como nos quedamos a solas en mi casa. Temblaba, no solo por la emoción de tenerlo allí, sino también por el deseo que ardía en mi interior, y el miedo a que él pudiera irse nuevamente. Alec observó el ambiente con la rapidez de

quien solo necesita familiarizarse con el lugar, luego sus ojos se reencontraron conmigo. Como brasas encendidas, su mirada era tan intensa que casi me quemaba. ¿Cómo había podido sobrevivir sin esa mirada, aunque solo fuera unos días?

—No vine por ti. Vine por otro asunto, pero luego... —suspiró profundamente, como si estuviera reconsiderando lo que iba a decir. Si no quería hablar, sabía que sería inútil intentar arrancarle una sola palabra más, lo había aprendido por experiencia propia.

—¿Pero luego qué? —lo presioné.

Lo vi apretar los dientes.

—No pude resistir la tentación de verte, aunque solo fuera de lejos.

—Por suerte estabas allí —exhalé, sintiéndome agotada. Entonces, comprendí que me había observado desde la distancia. exhausta.

—Ese tipo necesita entender que no le perteneces —escupió, con una rabia contenida en su voz.

—Fue mi novio hasta ahora —respondí con aire desafiante. Alec tenía que entender que no podía conformarme con sus celos, necesitaba algo más. Necesitaba que él estuviera allí, tomando un rol activo si quería estar presente en mi vida. Necesitaba sentirme suya, una necesidad que ya no podía disimular.

—¿Entonces por qué no querías tener sexo con él? —Me lo preguntó acercándose y apretando los dientes. Me estaba acorralando. Nuestros cuerpos se pegaron por completo, tanto que percibí su erección en todo su desconcertante grosor. Suspiré casi de alivio por ese descubrimiento. Estaba excitado y listo para tener sexo. Conmigo. El pensamiento me encendió, desencadenando dentro de mí una reacción exquisitamente femenina.

—Porque es contigo que quiero hacerlo —lo provoqué frotándome contra él. Lo sabía, estaba jugando sucio, pero no me importaba nada. Me sentía lasciva, tenía un poder, sabía que lo

tenía y lo estaba ejercitando sin restricciones.

—Y también tú lo quieres. —Me froté de nuevo. Podía hacer todo menos negar la evidencia de su deseo. Tal vez era solo lujuria, pero me conformaría. En lugar de responder con la voz, me besó. A pesar de la magnitud de su excitación, el beso fue lento y prolongado, como si estuviera saboreando el momento para imprimírselo mejor en la memoria.

—No quiero que estés más con él —murmuró en mis labios. Estaba enojado y cachondo, la combinación que era absolutamente capaz de enloquecerme.

—Tú lugar está debajo de mí, sobre mí, donde tú quieras estar en mi cuerpo. Pero solo yo. —Sus palabras me dejaron desconcertada y sin aliento. Era una reivindicación brutal y primitiva, precisamente eso que yo necesitaba casi como respirar. Pero no hubo más tiempo para hablar, sino para nuestras manos y nuestras bocas.

—Durante todo el tiempo que duró el viaje me repetí que no era verdad que había venido por ti. —Mi cabeza reposaba en su pecho, en una posición de absoluta relajación, y su voz resonaba con fuerza, llegando directo a mi corazón.

—¿Por qué, entonces? —Mi voz salió casi en un susurro, mientras mi respiración se detenía, pendiente de cada palabra que pudiera pronunciar.

—Mi objetivo era castigar a quien me había hecho daño. Estar contigo, día tras día, despertó recuerdos que había intentado olvidar. Pensé que había superado esa etapa de mi vida, pero tu cercanía lo revivió todo. Y trajo algo más. Algo para lo que no estaba preparado.

Mi garganta estaba seca mientras escuchaba sus palabras. Ese "algo" era lo mismo que había cambiado mi vida también, lo que nos había arrastrado a ambos hacia este punto.

—La muerte de mis padres fue un precio demasiado alto, pero a veces no se puede elegir. Contigo, sin embargo, no pude evitarlo. Tuve que rendirme. Ante ti. —Las lágrimas comenzaron a acumularse en mis ojos—. Y el deseo de venganza también regresó, más fuerte que nunca.

Me estremecí. ¿A quién planeaba castigar? ¿A mi padre? ¿A Leonard?

—Quería ser resarcido, de todas las maneras posibles. Pero lo cierto es que, tan pronto como bajé del avión, en lugar de ir tras tu padre, lo primero que hice fue venir a ti, al hospital.

—Su mano bajó buscando la mía y su boca depositó en ella un beso. Era un beso lleno de fuego, tan intenso que reavivó en mi memoria todo lo que habíamos vivido poco antes.

—Te ruego, no les hagas daño a ellos.

—Guardé mi dolor y la rabia dentro de mí durante mucho tiempo. No quería que me devoraran, como le sucedió a Moses. La furia y el deseo de venganza lo envenenaron y no quiero tener el mismo final. Había cerrado con el pasado, así como el pasado había terminado conmigo.

—Sé que te pido mucho, pero no podría estar cerca de ti sabiendo que has hecho daño a mi familia. —Lo vi ensombrecerse, el fuego de la venganza brillando en el fondo de esos ojos oscuros. Me rodeó con sus brazos, presionándome con tal fuerza que me sentí pequeña.

—Nunca haría nada que te lastime. No más de lo que ya he hecho.

Y al fin le pregunté lo que tanto me atormentaba.

—¿Qué recuerdos tienes de esos tiempos? —Mi voz tembló de impaciencia y miedo.

—Sufría hambre —dijo, mirando al vacío como si las imágenes del pasado lo atraparan de nuevo.

Un nudo se formó en mi garganta. Lo sabía.

—Los dolores de estómago eran tan intensos que, a veces, aún los sueño en las noches. —Apreté mi mano, y solo en ese momento me miró a los ojos—. Pensaba en las grandes cantidades de comida que tenía mi familia, en lo mucho que los extrañaba, en mi madre —Intenté ponerme en la piel de un niño secuestrado, privado de todo, sometido al hambre y la desesperación. Era tan monstruoso que no podía soportarlo—. Cuando me traías pan, era una felicidad tan grande que no podría describirtela.

Mi corazón se derritió escuchando su relato. Mil fragmentos se recompusieron también en mi memoria y el recuerdo de nosotros dos, separados por los barrotes de la jaula, se hizo nítido y presente, como si fuera real y estuviera pasando frente a mí.

En ese momento escuché que golpeaban la puerta.

—Es Violet, el ama de llaves de mi madre, olvidé decirle que no viniera. —Me levanté y me coloqué la corta bata color plata—. Mis padres insisten en enviarla todos los días, para que no me canse.

Alec permaneció en la cama, apoyado en un codo, observándome en silencio.

—Voy a decirle que hoy no hace falta, quédate aquí.

Dejé el cálido nido de la cama para ir a abrir. Todavía estaba conmocionada por el relato. ¿Cómo se podía perdonar algo así?

Abrí la puerta con brusquedad, sin pensarlo, pero en el umbral no encontré a Violet. En su lugar, un hombre con un pasamontañas que dejaba solo sus ojos descubiertos, entró empujándome y haciéndome a un lado. Un segundo individuo, con la misma vestimenta, me inmovilizó rápidamente. No pude gritar porque el primero presionó su mano sobre mi boca.

—Recuerda las instrucciones. A la mujer no se le debe tocar ni un cabello. —No era a mí a quien buscaban, lo sabía con certeza. Lo querían a Alec. El segundo hombre se escurrió hacia el dormitorio y un ruido sordo fue todo lo que rompió el silencio que siguió.

Alec había neutralizado al segundo miembro del equipo, pero en cuanto escuchó la amenaza, liberó a la presa como si fuera un acto inevitable.

—Ven con nosotros o ella está acabada.

Le grité a Alec que no me harían daño, que lo había oído, pero no sirvió de nada. Desde el instante en que fui tomada como rehén, él no opuso resistencia alguna.

—¿Qué hacemos con ella?

—Lo que nos indicaron. Átala a ese caño.

El segundo de los dos ejecutó la orden sin titubear.

—Deja de chillar, vendrán a buscarte. —¿Deja de chillar? Usaría todo el aire que tenía en los pulmones con tal de impedir que se lo llevaran. Pero no lo logré. Lo vi ser arrastrado lejos de mí, como a un prisionero. La casa se sumió en una oscuridad abrumadora. Me había quedado sola. Se lo habían llevado.

Los hombres de mi padre probablemente pensaban que se enfrentaban a una novata, o que simplemente, bastaría con dejarme inmovilizada el tiempo que tardaran en llevarse a Alec, y que luego ya no representaría ningún obstáculo para ellos. Se equivocaban. Había trabajado tanto con la cuerda que me ataba las muñecas que, en el transcurso de una hora, había conseguido aflojarla. Mientras luchaba por liberarme, mi mente estaba en mi padre, en todas las veces que me había cuidado de amenazas que ni siquiera existían, en aquellos días en que me llamaba su princesa. Todo era una farsa. Si no había dudado en tratarme como la peor de las criminales, eso quería decir que no le importaba nada de mí. Era un dato fáctico. O, en el mejor de los casos, le importaba mucho menos de lo que le importaba su obsesión científica con Alec. Cuando di el último tirón, el nudo se aflojó, y tras un poco más de trabajo con los dientes, se deshizo por completo. Estaba libre. Libre y furiosa. Me levanté de un salto, recuperé mi ropa y cogí la pistola que guardaba en la mesita de noche. No sabía si me serviría de algo, pero de algún modo, necesitaba poder amenazar yo también a algo o a alguien. Salí con las llaves del auto. No tenía la menor idea de dónde ir, ni a dónde se lo habían llevado.

De repente, algo rasgó el velo de niebla. ¿Dónde llevaban a cabo esos terribles experimentos, mi padre y el de Lucy? En la casa de Lucy, donde nos recibían todos los domingos. Di media vuelta y me preparé para el viaje, sin perder tiempo.

Capítulo 27

Los padres de Lucy ya no vivían allí desde hacía mucho tiempo. Ella misma me lo había confirmado, pero yo ya lo sabía, incluso antes de que lo mencionara.

Habían dejado el campo atrás para mudarse a una villa en el corazón de la ciudad. Sin embargo, no habían vendido la propiedad, al menos no que yo supiera, y esperaba que así siguiera siendo, porque de lo contrario no sabría a dónde ir a golpear. Las calles estaban sumidas en la oscuridad, y por un momento pensé que, si me quedaba a pie en medio de alguno de esos cruces, tendría razones para temer. Me deshice de ese pensamiento, sacudiendo la cabeza. Mi mente estaba completamente absorbida por Alec; nada más me preocupaba, ni mi vida ni mi seguridad. Tal vez porque, sin Alec, no era nada, mi vida no tenía ningún sentido. Había necesitado la distancia para darme cuenta de ello, pero ahora lo entendía claramente y no dejaría que nada cambiara esa certeza.

Finalmente avisté la vieja villa a la distancia. Parecía un gran esqueleto que dominaba el campo. Eran las primeras luces del alba y el gran edificio y el jardín sin cuidar que lo circundaban, daban la idea de abandono. Sin embargo, me aferraba a la esperanza de que alguien estuviera dentro. Estacioné el auto a una distancia prudente del portón. No había otros vehículos, y esa ausencia me hizo estremecer de desesperación. Quizás los secuestradores habían dejado a Alec allí y se habían ido. Si era así, todavía había una oportunidad de liberarlo.

Por el contrario, mi corazón se encogió al ver, oculto entre la vegetación, el auto de mi padre, el pequeño que siempre usaba para moverse por la ciudad. Un nudo se formó en mi estómago, como si acabara de recibir una bofetada en pleno rostro. No había tiempo para dejarme llevar por la desesperación. Empujé la verja oxidada, avanzando hacia la entrada, aplastando las malas hierbas bajo mis pies. El portón estaba cerrado. Quise gritar, golpear la madera empapada con las manos. Había llegado hasta allí. Alec estaba adentro, no podía

rendirme ahora. Tenía que pensar, debía haber una solución. Miré a mi alrededor: un felpudo viejo y mohoso, dos grandes vasijas a ambos lados de la puerta, que en otro tiempo habían contenido exuberantes enredaderas, y un par más pequeñas. Entonces, un recuerdo apareció en mi mente. Lucy y yo rodeábamos la casa, detenidas frente al portón. ¿Cómo entrábamos sin que nos descubrieran? Tomábamos las llaves que los padres de Lucy tenían bajo la maceta con ciclámenes. Me giré rápidamente hacia el lugar donde recordaba que estaba la planta. Solo quedaban restos del ciclamen, pero no me importó. Me incliné, levanté la maceta y allí estaba la llave, vieja y oxidada. Dejé escapar un suspiro de alivio mientras abría la puerta. El interior estaba oscuro y olía a moho. Sin embargo, conocía esa villa como a la palma de mi mano y, esquivando los muebles cubiertos con sábanas, me dirigí directamente hacia la escalera que bajaba al sótano, iluminando el camino con mi móvil.

Bajé la rampa con el corazón en la garganta, con una sensación completamente distinta a la que tenía cuando era niña, corriendo escaleras abajo con Lucy. Si antes me impulsaba la curiosidad, ahora lo único que sentía era miedo y furia. Empujé las puertas vaivén que daban al acceso principal del laboratorio. Como recordaba, las jaulas seguían allí, pero ahora vacías. Del fondo llegaba una luz tenue, proveniente de la última habitación, esa en la que el niño permanecía prisionero cuando Lucy y yo lo visitábamos.

Avancé, sin estar segura de si debía quedarme en la penumbra o mostrarme. Pero, antes de que pudiera decidirlo, fue él quien me vio. Alec estaba tendido sobre una cama metálica, completamente desnudo, los brazos y las piernas abiertas. Sus ojos estaban fijos en mí, como si me hubieran percibido tan pronto como entré y me hubieran encontrado. No hizo nada para darme a entender que me había visto. Permaneció inmóvil atravesándome con esos ojos oscuros e impasibles. Un nudo de pena y rabia se formó a la altura de mi garganta impidiéndome respirar. Ya no era un niño, sino un hombre, pero se encontraba otra vez en la misma posición de indefensión, completamente a merced de sus torturadores.

La voz de mi padre me devolvió a la realidad.

—Bart, date prisa.

Bartolomew, el padre de Lucy además de viejo amigo de la familia y socio de mi padre, apareció de repente. Estaba oculto en las sombras de la habitación, vestía una bata blanca y preparaba una inyección intravenosa. Su apariencia era la de un loco, con la mirada extraviada y una sonrisa perversa curvando sus labios.

—Es lo que estoy intentando hacer. Tuve que aumentar la dosis de calmante, este bastardo tiene el cuerpo de un toro.

—No puedo creer que estemos ante esta oportunidad. ¡Es un milagro! ¿Te das cuenta? ¡Poder evaluar los resultados del experimento que comenzó hace veinticinco años! ¡Es increíble! Ya había perdido toda esperanza. ¡Mira su musculatura, completamente restaurada!

El disgusto que sentí al ver a esas dos figuras tan familiares inclinadas sobre el cuerpo potente pero inerte de Alec fue abrumador. El contraste era insoportable, algo que me costaba procesar. Ellos estaban entusiasmados, exultantes por lo que consideraban un golpe de suerte. Pero yo no había llegado hasta allí para quedarme oculta. Estaba allí para hacer algo.

—¡Deténganse! —Mi voz tronó en el laboratorio, fuerte y decidida. Salí de las sombras, revelándome bajo la fría luz de los neón. Mi padre palideció, y Bartolomew levantó la cabeza con tal brusquedad que casi podría haberse dislocado el cuello.

—¡Isabelle! ¿Qué haces aquí? —La voz de mi padre, desconcertada, resonó en la habitación. Me obligué a ignorar a Alec. El ver su cuerpo en ese estado me rompía por dentro. Hubiera querido abrazarlo, consolarlo, decirle que todo iba a estar bien, pero no podía. Debía concentrarme en salvarnos a ambos de esos dos monstruos.

—¿Te refieres a cómo logré liberarme de vuestros secuaces? —Lo vi tragar saliva con dificultad.

—¿Cómo pudiste, papá? ¿Cómo pudisteis ambos?! ¿Y qué estáis haciendo?! —La furia y la incredulidad se peleaban dentro de mí, y no sabía cuál de las dos era más fuerte.

—Isabelle, solo le he inyectado un calmante, por nuestra seguridad. No podemos hacerle ninguna prueba sin sedarlo antes. —Los ojos de Alec estaban vacíos, y en ese momento entendí: la droga era lo que lo tenía así, completamente ausente.

Avancé un paso.

—Deberías avergonzarte, ambos me repugnáis. No sois más que monstruos, ambos.

Mi padre, al escucharme, se enderezó y me miró por encima de sus gafas con desdén, como si mis palabras no tuvieran valor.

—No sabes lo que dices, ¡este descubrimiento nos valdrá el Nobel! ¡Kent y Ross, ambos seremos premios Nobel! ¿Sabes qué quiere decir? Hemos estudiado por años los efectos de la privación de alimentos en niños. Ahora podemos estudiar las consecuencias sobre la estructura músculo esquelética de este hombre. Es fundamental para la ciencia saber cuáles pueden ser las consecuencias del pasaje de un estado de desnutrición avanzado...

—¡Papá! —lo interrumpí, gritando—. ¡Es una aberración, no un descubrimiento! ¡No os dais cuenta de lo que estáis haciendo! ¡No veis el daño que le habéis causado a este hombre, cuando aún era un niño! ¡Vosotros le arrebatasteis su familia, lo habéis hecho pasar hambre, lo...

—¡Isabelle, pero esto es ciencia! —rebatí mi padre con enojo, como si la demente fuera yo. Reconocí una chispa de locura en su mirada, la absoluta ausencia de remordimientos y una flagrante distorsión de la realidad. Mientras hablaba con mi padre Bart se movió.

—Quédate quieto o te disparo —le grité, apuntándole con la pistola.

Pero él continuaba caminando hacia mí.

—No lo harías nunca, Isabelle. Soy como un viejo tío para ti. Y sabes bien que todo lo que tu padre y yo hacemos es por el bienestar de la familia. Siempre te ha gustado la comodidad de ser rica, ¿verdad? Te aseguro que seguirás disfrutando de esa vida si dejas que...

—Bartolomew, si sigues avanzando juro que te dispararé.

Sin embargo, a mis palabras pareció llevárselas el viento, porque él confiaba en que podría embaucarme, hablando sin cesar sobre mi futuro, mi familia, sus supuestas razones, todo mientras caminaba recortando la distancia que nos separaba. Pero aún no comprendía que sus palabras no podían hechizarme.

—...podrás beneficiarte también tú...

—Bart, detente o juro que te dispararé.

Pero él no se detuvo y yo apunté a su pierna. El golpe fue fuerte, pero la empuñadura de la pistola no vaciló en mi mano y permanecí firme en mi lugar. Él, en cambio, soltó un grito desgarrador, como un cerdo siendo sacrificado, y cayó al suelo mirándome con ojos abiertos por el estupor.

Apunté la pistola hacia mi padre.

—Lo lamentaría muchísimo, pero sabes que no dudaría en hacerlo.

Mi padre levantó las manos, como hipnotizado.

—Desátalo, pronto.

Tomé el teléfono del bolsillo mientras mi padre obedecía.

—Nueve once, ¿cómo puedo ayudarla?

—Me encuentro en... —recité la dirección de esa casa de los horrores y di a la policía los detalles necesarios para encontrarnos.

Capítulo 28

Mi familia le había quitado mucho.

Yo, en representación de mi familia, traté de darle lo que pude para resarcir el daño, aunque sabía que nunca sería suficiente. Alec, sin embargo, no pensaba lo mismo. Tras su liberación, logré que lo ingresaran en el hospital donde trabajaba, sólo para una revisión, aunque él no estaba nada contento con ello. Mi padre y Bart le habían dado un potente sedante, y yo quería estar segura de que no sufriría consecuencias.

—Ahora, te quedarás aquí sin dar problemas, en silencio, portándote bien toda la noche, en observación.

Recostado en la cama, levantó una ceja en el momento exacto en que dije “portándote bien”. Tenía el cabello suelto y parte de su cuello y hombro se asomaban por debajo de la bata. Sabía que debajo de ella estaba desnudo porque había sido yo misma quien se la había puesto, luego de que los socorristas lo rescataran del sótano de la Villa. Y además, cualquiera hubiera notado esa voluminosa protuberancia que se elevaba a la altura de la ingle, bajo la sutil tela. Una gran sombra inconfundible.

—Ser bueno no es mi fuerte, deberías saberlo. Tengo otras cualidades.

Ignoré la insinuación, aunque entendía perfectamente a qué se refería.

—Te conseguí una habitación individual y para hacerlo tuve que utilizar todas mis influencias. Deberías mostrar algo de gratitud.

Sonrió socarrón, como pocas veces lo había visto hacer. Sus sonrisas eran cosa rara y verlas me llenaba el corazón.

—Ven aquí que te demuestro mi gratitud, estoy listo.

No hubiera podido huir, no quería hacerlo. Sonreí y me acerqué a la cama, sentándome junto a él. Tomé su mano y la llevé a mis labios, y él me correspondió, haciendo lo mismo conmigo. Su piel era cálida, y con solo ese contacto, me sentí más tranquila, más segura que en mucho tiempo.

—Debes deshacerte del hipnótico que te suministraron mi padre y Bart.

Asintió, sabiendo perfectamente lo que había ocurrido. Habían tenido que administrarle una gran cantidad de fármacos para dejarlo fuera de combate. Eran dos hombres viejos, incapaces de hacerlo de otra forma.

—¿Qué pasó con Leonard? —preguntó en voz baja, mirándome directamente a los ojos. Mi mano seguía cerca de sus labios, y no pude evitar quedarme allí, hipnotizada por el gesto tan cercano, tan íntimo. ¿Se podía excitarse por el roce de unos labios sobre la piel de la mano?

—Lo denuncié por agresión —suspiré. Sí, se podía.

Asintió. Era justo. Tal vez estaba involucrado en los negocios de mi padre, pero no podía saberlo con certeza. Sin embargo, eso no cambiaba nada. Estaba decidida a hacerle pagar, aunque solo fuera por haber intentado aprovecharse de mí. Ese era el primer paso. El resto, ya lo vería. Si era responsable, tendría que afrontar las consecuencias. Sin embargo, había algo que seguía rondando en mi mente, un obstáculo que me pesaba en el estómago como una piedra imposible de digerir. No sabía cómo explicarlo. Era su familia, contra la cual había tomado una medida drástica. Pero ellos me habían causado un daño profundo, se habían apropiado de una parte de mi vida, y hasta habían intentado matarme.

—Le dije a la policía toda la verdad sobre el secuestro. Hablé de Moses, de Grace y también de Shein. De todos. —Me tomé un momento para mirarlo a los ojos. Sabía que me estaba jugando el todo por el todo, un salto al vacío sin paracaídas. Alec podría haberse puesto de su lado. Grace y Shein habían estado con él desde la infancia, y Moses, su hermano. ¿Existían lazos más fuertes que esos? Apreté la manta entre los dedos, intentando aliviar la tensión que me

consumía desde dentro. El silencio se alargó, estirándose entre nosotros, denso y palpable. Un silencio eterno.

Asintió con calma.

—Yo también di la misma versión.

Abrió la boca, sin palabras, completamente atónita. ¿Qué había hecho?

—Tú...

Lo vi encogerse de hombros, como si fuera la cosa más natural del mundo, y luego me miró con una intensidad tal que sentí un dolor agudo en el pecho, un alivio inesperado que me dejó sin aliento.

—Son mi familia, pero se equivocaron. Te hicieron daño, y no puedo perdonárselos. Yo también te fallé. Debería haberte enviado a casa de inmediato, pero no pude. Te quería para mí, contigo. Había jurado protegerte de todo, pero no siempre lo logré. En varias ocasiones, estuve a punto de perderte. Fui un bastardo egoísta y sé que aún lo soy. Y eso no cambiará nunca. Pero te amo. Dios, cómo te amo.

—¡No! —exclamé, incapaz de permitir que cargara con culpas que no le correspondían.

—Tú no eras quien quería que me secuestraran. Tú me defendiste, me salvaste la vida. Si no hubiera sido por ti, diría que ya estaría acabada.

—Si no hubiera sido por mi encarcelamiento, nunca habrías sido secuestrada.

—Si no hubiera sido por Bart y mi padre no hubieras sido arrancado a tu familia. Alec, no podemos pagar por culpas que no son nuestras.

Lo vi asentir, su mirada recorriendo la sábana arrugada antes de encontrar la mía. Sus ojos brillaron con una intensidad que me desarmó.

—Quiero comenzar de nuevo contigo, en otro sitio. Que no sea Australia ni Carolina. Un lugar solo tuyo y mío.

—Sí, pero te aviso que, sea donde sea, quiero agua caliente y energía eléctrica.

Su boca se torció en una mueca que no alcanzaba a disimular la sonrisa traviesa que encendió su mirada.

—Está bien, pero yo seguiré con duchas frías y carne asada.

Me acomodé entre sus brazos, el único lugar en el mundo donde sabía que siempre sería feliz.

Agradecimientos

Mis más profundas gracias a todas vosotras, chicas, por el apoyo constante y la fidelidad con la que me acompañáis. Es gracias a vuestro reconocimiento y al cariño que me brindáis, que puedo considerarme escritora. Escribir *Salvaje* ha sido, como siempre, una experiencia increíblemente emocionante y divertida. Cada día agradezco al cielo por contar con una pasión que, para mí, es tanto un hobby como un trabajo, todo fusionado en uno. Me siento verdaderamente afortunada.

Estoy feliz de que me contactéis en privado para darme consejos, sugerencias o simplemente vuestras opiniones. Todo lo que queráis, siempre estaré a vuestra disposición.

[Mi página de Facebook](#)

[Mi perfil de Facebook](#)

[Mi Instagram](#)

[Mi sitio](#)

[Mi e-mail](#)

¡Besos a todas y os doy cita para la próxima historia!

Gwendolen H.

Il Capo

El primer volumen de la serie “La historia de la familia Caruso”

Capítulo 1

Luna Rossa

Cenar en el Luna Rossa siempre podía considerarse una excelente idea. El pescado era muy fresco, la cocina italiana formidable, el servicio puntual, el ambiente relajado.

Era posible hablar de negocios con la suave música sonando de fondo y sin peligro de ser escuchados, aunque Víctor rara vez iba al restaurante con ese propósito. De hecho, siempre dejaba los negocios fuera. Cuando cenaba en el Luna Rossa, la mayoría de las veces era para relajarse un poco, para aligerar la tensión a la que lo obligaban ciertos días. Además, ofrecían platos de la tradición italiana que le recordaban a los almuerzos del domingo, el aroma del ragú y las berenjenas, todo lo que era su mundo de niño. Mundo que ya no existía. Los sabores de esos platos hablaban de las historias de tres generaciones atrás, cuando los Caruso aún estaban en Sicilia, antes de que su bisabuelo intentara la aventura allende el océano.

Los compañeros de velada eran Riko, el primero de sus escoltas, y Catarina, su futura esposa. Lo habían invitado a cenar para anunciar su inminente boda y porque para Riko era importante tener la bendición del jefe. Víctor había recibido con satisfacción la noticia, en general se sentía feliz de que su hombre estuviera llevando una vida normal. O casi.

Tenía una relación especial con él, no se trataba lisa y llanamente de trabajo. Riko arriesgaba su vida a cada momento y eso hacía que su vínculo no pudiera ser normal. Había algo que iba más allá del simple dar y recibir.

Eran la confianza, la estima y el honor, los ingredientes que hacían que todo fuera

diferente.

Casarse por amor, a Víctor nunca le sucedería, ni siquiera en una vida futura. Le resultaba imposible de concebir que pudiera experimentarse un sentimiento tan fuerte como para colocarse a sí mismo en segundo lugar, haciendo de otra persona la prioridad; pero al mismo tiempo comprendía que ese sentimiento era para Riko verdadero. Lo leía en sus ojos.

Los ojos nunca mentían.

—Otros dos días aquí y no entraré en ninguno de mis vestidos. Riko no hace más que alimentarme.

Catarina rio, una risa genuina. En parte era el alcohol y en parte la alegría de una vida que prometía ser tan serena como aquella noche. Los dientes blancos resplandecieron contra la piel ambarina.

Víctor pensó que nunca podría estar enamorado por el simple hecho de que no tenía suficiente reserva de alegría dentro de él para encontrarse tan despreocupado como parecían ellos dos en ese momento. El pensamiento lo atravesó sin lastimarlo. Era su vida, después de todo, su naturaleza.

Una vez concluida la cena, atravesaron la puerta de cristal del restaurante entre charlas y risas.

—El pescado es ligero, puedes tomarlo —la consoló su futuro marido.

De nuevo esa mirada llena de adoración. De nuevo esa pizca de incrédulo estupor.

—Eso es una leyenda urbana, no me lo creo.

—No, no es así. Es el tiramisú lo que no debes ordenar al final.

Catarina rio de buena gana. Una vez más.

La calle estaba casi desierta a las once de la noche. Henderson no era un centro tan chispeante, a pesar de su cercanía con Las Vegas. Las luces seductoras de la ciudad del pecado no llegaban hasta allí, a esa hora se podía dar un paseo a la luz de la luna sin ser molestados, en paz.

Pero el silencio y la noche no siempre eran portadores de buena suerte.

A veces incluso podían ser letales.

Como en ese caso.

Acababan de llegar a los coches. Víctor al SUV y Riko y Catarina al sedán oscuro. Víctor había quitado los seguros con el control remoto y estaba a punto de subirse al asiento del conductor cuando todo sucedió.

En un instante, apenas un puñado de segundos.

La moto llegó desde el final de la calle a velocidad constante. El sonido del motor rompió el silencio como un horrible presagio, mientras Catarina continuaba hablando despreocupadamente. Riko y Víctor, en cambio, enmudecieron de repente y se miraron.

Calle solitaria de noche, motocicleta con dos pasajeros con cascos integrales, en su mundo sólo podía significar una cosa.

—¡Catarina! ¡Abajo!

—¡Abajo! ¡Detrás del coche!

Los gritos de Víctor y Riko se superpusieron.

—¿Qué sucede?

La respuesta llegó con un rugido creciente de la motocicleta y el brazo extendido del motorista que estaba sentado detrás. Víctor no supo si Catarina había acatado la orden, no podía girarse en ese momento o no habría tenido ninguna esperanza de escapar al asalto.

Sacó su Glock y estiró ambos brazos. Si había algo que necesitaba en ese preciso instante era mantener la sangre fría. Había salido airoso de varias emboscadas, esa no habría sido la última, se lo juró a sí mismo antes de apuntar. ¡No moriría esa noche, maldita sea, no lo haría!

Sobreviviría aunque sólo fuera para matar a esos dos malditos bastardos y a quienquiera que los hubiera enviado. Todo sucedió demasiado de prisa. El silencio interrumpido únicamente por el rugido de la moto, el corazón que Víctor escuchaba latir en sus oídos, los disparos.

Muchos.

Un dolor agudo estalló en su hombro.

Su visión se nubló. Más disparos. Definitivamente tenía que saber qué estaba pasando con Riko y Catarina, pero el dolor aniquiló prepotentemente sus sentidos y en un instante todo se volvió completamente oscuro.

Los ojos de Víctor se abrieron de repente, como si alguien hubiera conectado la corriente eléctrica a una bombilla.

Se encontraba de espaldas al asfalto y miraba al cielo.

Tenía frío. Estaba vivo.

Intentó levantarse pero el dolor en su brazo se hizo sentir tan fuerte que temió perder el conocimiento nuevamente. ¿Qué demonios había ocurrido? Le habían disparado, eso había pasado. A él, a Riko y a Catarina.

Giró apenas la cabeza, lo poco que pudo, y los vio. Parecía un sueño, de hecho una pesadilla, pero todo era terriblemente cierto. Sus cuerpos yacían sobre el asfalto, inconscientes. Descompuestos, la sangre como miel densa y oscura en la calle.

Sus ojos se cerraron de nuevo.

Volvieron a abrirse.

¿Cuánto tiempo había pasado? No sabría decirlo. Lo único que sabía era que su brazo estaba inutilizado. ¿Se habían marchado los motoristas? ¿Por qué era el único que todavía seguía con vida? Había silencio.

Se giró de nuevo. Su hombre y Catarina aún se encontraban inertes, exactamente como antes. Debía hacer algo por ellos, al menos comprobar si realmente estaban muertos. Quizás había esperanza, si hubiese podido pedir ayuda de inmediato.

Pensó rápidamente tratando de mantenerse lúcido. Había una razón por la que estaba vivo. Si los motociclistas hubieran querido acabar con él, uno de ellos le habría disparado mientras yacía inconsciente en la acera. No albergaba dudas al respecto: habían tenido

todo el tiempo y la posibilidad de hacerlo. Si no lo habían hecho era porque él debía seguir con vida. No iban a volver, no esa noche.

La precisión de ese razonamiento le dio la frialdad para pensar en cómo actuar. Tenía que alejarse de allí.

Comenzó a moverse pero el dolor en su brazo lo golpeó agudo y muy fuerte en el momento en el que trató de levantarse. Necesitaba pedir ayuda. Con la mano que no le dolía palpó el bolsillo de la chaqueta buscando su teléfono, pero encontró lo que aún no había imaginado. Lo sacó con la esperanza de poder hacer al menos una llamada telefónica, una solamente. Sin embargo, cuando lo tuvo frente a sus ojos, Víctor se dio cuenta de que no hubiera sido posible ni con un milagro. El aparato había quedado destrozado como consecuencia de la caída.

Tenía que buscar ayuda a la vieja usanza.

Miró a su alrededor. La avenida era grande y su SUV estaba estacionado junto a la acera. Había algunas casitas bajas a unos cuantos metros de donde se encontraba. Podría alcanzar la primera y pedir hacer una llamada telefónica. Si tan sólo hubiera conseguido levantarse.

Con un enorme esfuerzo se incorporó y luego, apretando los dientes, trató de ponerse de pie. El mareo llegó fuerte y en el mismo instante se hizo presente también el dolor, parecido a un hierro al rojo vivo empujado con fuerza contra la carne. Pero Víctor no se rindió. El instinto de supervivencia lo impulsaba a hacer algo, cualquier cosa, desafiando el dolor.

No podía mantenerse erguido pero no importaba, lo esencial era tratar de encadenar un paso tras otro. Y con un inmenso esfuerzo lo consiguió. Un paso, luego otro y otro más.

La primera casa parecía deshabitada o quizás simplemente estaba cerrada por la noche.

Víctor esperó con todas sus fuerzas que fuera la segunda de las hipótesis, de lo

contrario seguramente se habría vuelto a desmayar y en ese caso tarde o temprano alguien, un peatón piadoso, lo habría socorrido llamando al 911 y conduciéndolo al hospital más cercano. Él, en cambio, quería que lo llevaran a casa.

Sin hospitales. Su médico de confianza se habría encargado de dejarlo nuevamente en óptimas condiciones de salud. Como siempre.

La puerta de entrada de esa casa parecía muy lejana. Víctor se encontraba en el camino de grava del jardín. Podía hacerlo. Habría bastado con llegar al timbre, sólo eso.

Pero había una clara diferencia entre lo que hubiese querido hacer y lo que habría sido capaz de hacer y, una vez más, alguien bajó la persiana de su consciencia provocando que todo volviera a oscurecerse inexorablemente.